

# BIBLIOTECA POÉTICA



POESIAS

de

*Man. Acuña*

Garnier Hermanos  
Paris



M. ACUNA



POESIAS



PQ7297

.A37

1899

GANNIER  
LEMANOS

1899

4225

28  
A.  
7184.

POESÍAS

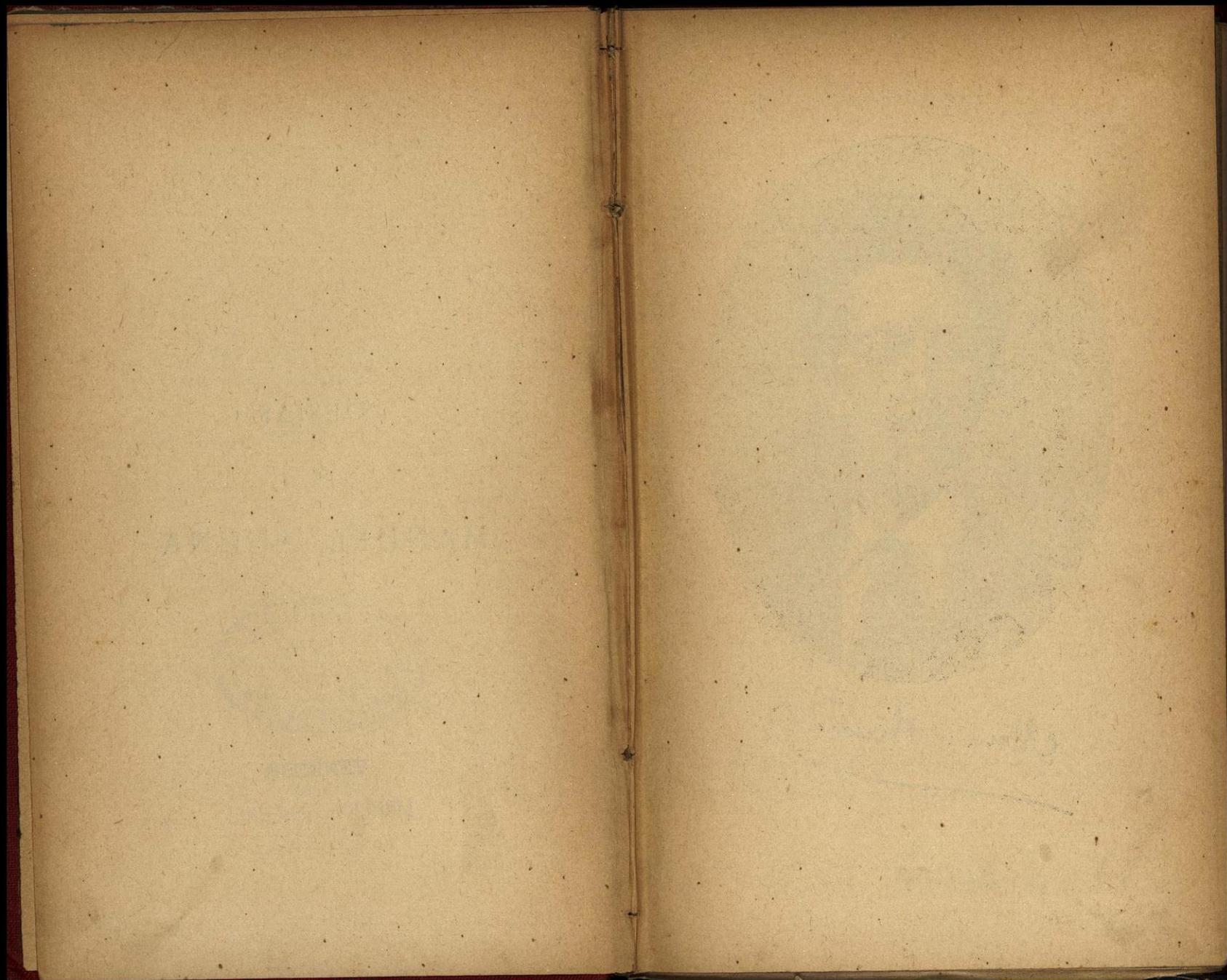
DE

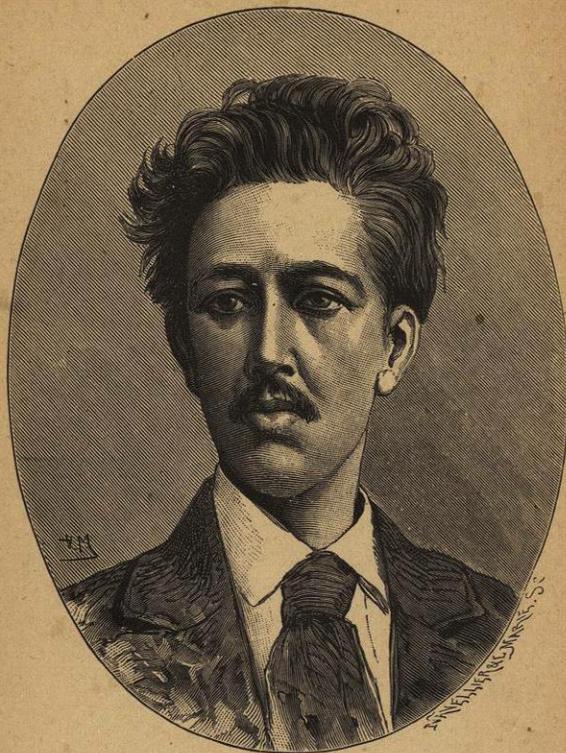
MANUEL ACUÑA



**VENDESE**  
EN LA  
**LIBRERIA GENERAL.**  
COMERCIO 21.  
MONTERREY, N. L.

24





Man. Acuña

04500

POESÍAS

DE

MANUEL ACUÑA

CON UN PRÓLOGO

DE

D. FERNANDO SOLDEVILLA

SÉPTIMA EDICIÓN

*Aumentada con EL PASADO, drama del mismo autor*



PARÍS

LIBRERIA DE GARNIER HERMANOS

6 — RUE DES SAINTS-PÈRES — 6

1899

30746

24

PQ7297

.A37

1899

## MANUEL ACUÑA

## SU SIGNIFICACIÓN POÉTICA

Tarea enojosa, por lo difícil, es ésta que nos imponemos al querer formular en breves líneas un juicio exacto, siquiera sea ligero, acerca de la vida y de las poesías del inspirado vate mejicano, Manuel Acuña. Son tan extraordinarias y variadas sus condiciones, tan diferentes los prismas bajo los cuales puede estudiarse, tan múltiples las observaciones á que dan lugar sus escritos, sus dotes poéticas tan relevantes, sus pensamientos tan delicados y á la vez tan profundos, que se necesitaría un espacio infinitamente mayor que el de un sencillo artículo para estudiar su obra con la extensión y el detenimiento que por su valor merece.

Procuraremos, sin embargo, dar á este brevisimo trabajo la mayor claridad posible; haciendo constar primeramente que lo hacemos con satisfacción grandísima, tanto por contribuir en lo que esté de nuestra parte al mayor esplendor y brillo de la literatura mejicana, cuanto por

demostrar que, en los esplendorosos cielos del arte, desaparecen los apasionamientos y rivalidades de nacionalidad y de política, quedando sólo almas hermanas, espíritus gemelos, con los mismos sentimientos, iguales deseos, é idénticas aspiraciones; que no otra cosa significa este modesto homenaje tributado al inspirado poeta mejicano, por un hijo de aquella España, á la cual, Acuña en su acendrado y honroso patriotismo, miraba con prevención, y acaso con rencor.

Los tiempos de las discordias han pasado, y hoy sólo quedan pueblos que se aman, como no pueden menos de amarse aquellos á quienes vivifica una misma sangre y tienen un origen común.

Un corazón apasionado y entusiasta, una imaginación inspirada y ardiente, un entendimiento perspicuo y clarísimo; tales son los dones con que la naturaleza dotó al malogrado Acuña, dones que rarísima vez se adunan en un individuo, y que á decir verdad, no nos atrevemos á declarar si el que los reúne, los posee para su felicidad ó para su desgracia.

Descendiente de una familia modesta nació Manuel Acuña en Saltillo, el 27 de Agosto de 1849. Sus padres, D.<sup>a</sup> Francisco Acuña y D.<sup>a</sup> Refugio Narro, se encargaron de darle por sí mismos los conocimientos relativos á la instrucción primaria, inculcando en el corazón del joven alumno, tan predispuesto á los sentimientos dulces, aquel

cariño filial tan acendrado de que dió tan repetidas muestras durante su vida, y que le hace exclamar con ingenuidad y apasionamiento en una de sus poesías:

“ Mi madre, la que vive todavía,  
Puesto que vivo yo.”

frase bellísima, que encierra todo un poema de abnegación y de cariño.

En 1865 se trasladó Acuña á la capital con el objeto de dedicarse á estudios superiores, ingresando el 66 en la Escuela de Medicina, donde puso de relieve su vehemente amor al estudio y su clara inteligencia, haciendo progresos rápidos y profundos en las diversas asignaturas de su profesión.

Mas no fué obstáculo este afán incansable que por adquirir conocimientos y profundizar las ciencias le dominaba, para que su exuberante fantasía se dirigiese también con alto vuelo al campo de la literatura y de la poesía; campo en el cual no tardó en cosechar gloriosos laureles, y en el que hubiera obtenido también ópimos frutos si una muerte aciaga y prematura no le hubiese arrebatado á sus amigos de quienes era encanto, y á su patria de la cual era, con justicia, orgullo y ornamento.

De una actividad incansable, al mismo tiempo que de una inventiva poderosa, infiltraba su espíritu y su aliento por todas partes, especialmente á la juventud que le rodeaba,

logrando fundar la sociedad literaria "Netzahualcoyolt" — en recuerdo del célebre sabio y poeta de Texcoco, en tiempo de la conquista, — sociedad que fué una verdadera academia en Méjico, y que ejerció en todo el país una justísima influencia literaria.

En esta sociedad empezó á dar á conocer sus poesías, siendo una de las primeras que por entonces vieron la luz, la dedicada á la instalación de la "Sociedad Filoiátrica", en cuya composición ya se mostraba Acuña el poeta valiente defensor de la civilización y del progreso, cuando dirigiéndose en enérgico apóstrofe á las sombras de Scipion Ciro, César y Alejandro, exclama con arrogancia:

Vuestros nombres sublimes  
no hacen arder la sangre de mis venas;  
yo canto á Atenas enseñando á Roma,  
no canto á Roma conquistando á Atenas.

Varias poesías publicó sucesivamente por entonces el joven poeta, todas recibidas con júbilo y aplaudidas por sus compatriotas; pero llevado por sus alientos á luchar en esfera más amplia, para lo cual, con razón, se sentía conbríos, escribió su célebre drama, "El pasado" que tan gloriosa aureola había de reportarle. Pero entonces le ocurrió, lo que sucede á todos los autores noveles que no tienen un padrino poderoso que haga representar su obra, sea buena ó mala; tropezó con los actores, que después de tres

meses le devolvieron la obra sin leerla; y Acuña desalentado por tal decepción, no volvió á acordarse de ella hasta dos años después, en que D<sup>a</sup> Pilar Belaval la estrenó para su beneficio el 9 de Mayo de 1872, obteniendo un éxito extraordinario, que se ha repetido posteriormente siempre que el drama ha sido puesto en escena.

Pero esta gloria puede decirse que fué tardía para el inspirado poeta. Uno de sus más ardientes anhelos, al ambicionar los aplausos y los laureles que sus compatriotas le prodigaron, era honrar y regocijar con ellos á sus padres, á los cuales profesaba un cariño sin límites; y cuando las coronas y las flores llegaron á premiar los desvelos y la inspiración del autor de *El pasado*, Acuña, acongojado y triste cubrió con ellas la sepultura de su padre, que algunos meses antes había dejado de existir.

Fué bajo la impresión de esta desgracia, cuando Acuña escribió su magnífica poesía titulada "Lágrimas", que es un modelo de ternura y de amor filial.

Nadie creía, sin embargo, que aquel joven lleno de vida y esperanzas, cuyas poesías eran el encanto y la admiración de sus contemporáneos, había de tardar tan poco tiempo en seguir al sepulcro al autor de sus días. Así fué por desgracia. El 6 de Diciembre de 1873, día desde entonces nefasto para las letras mejicanas, el laureado poeta, que acababa entonces de terminar brillantemente el cuarto año de medicina, se dió la muerte, cubriendo de luto y de amargura

el corazón de su triste madre y de sus numerosos amigos.

¿Qué causa pudo impulsar al desdichado Acuña á llevar á cabo tan fatal resolución, cuando apenas á las puertas de la vida vislumbraba ya un porvenir de gloria y de esperanza? Fuesen cualesquiera los motivos determinantes, de tan triste acontecimiento, para nosotros está fuera de duda que la principal causa fué, que en Acuña había dos seres distintos, dos principios antiéticos, que como los polos de una pila voltaica se repelían, y que habían, como en éstos, de determinar la explosión destructora de la existencia del poeta.

Acuña llevaba en su corazón y en su cerebro los dos capitales principios que libran sin tregua. lucha terrible en las modernas sociedades. Idealista por temperamento, soñador, verdadero poeta, sus anhelos, sus aspiraciones, sus ansias, van siendo á poco minadas y destruidas por sus estudios materialistas, determinando en él esa serie de decepciones que le conducen como por la mano al borde del sepulcro.

Bien claramente manifestado está lo que decimos, en su bellísima composición, "Entonces y hoy". Es en la primera parte el pintor de la dicha y de la felicidad tranquila, como puede juzgarse por este trozo:

La madre selva alzando entre las rejas  
su tallo trepador,  
enlazaba sus ramas y sus hojas  
en grata confusión,

formando un cortinaje, en el que había  
por cada hoja una flor,  
en cada flor una gotita de agua,  
y en cada gota un sol.

.....

y luego termina diciendo, con la amargura propia del desdichado:

Bajo el cielo nublado de mi vida,  
donde esa luz murió,  
¿qué hará este mundo de los sueños míos?  
Qué hará mi corazón?

El mismo contraste, el mismo progresivo desfallecimiento, la misma muerte de sus ilusiones, se advierte comparando sus dos poesías, "Esperanza" y "Nocturno".

Es en la primera el espíritu valiente que anima á su alma diciéndola, en una estrofa de primorosa sencillez y armonía:

Ya es hora de que altivas,  
tus alas surquen el azul como antes;  
ya es hora de que vivas,  
ya es hora de que cantes;  
ya es hora de que enciendas en el ara  
la blanca luz de las antorchas muertas,  
y de que abras tu templo á la que viene,  
en nombre del amor, ante tus puertas.

Y en la segunda, resuelto ya á dejar la mortal envoltura que tanto cansaba á su elevado espíritu, exclama con

el ay doliente y la desesperación triste del cisne que agoniza :

¡ Adiós por la vez última  
amor de mis amores, !  
la luz de mis tinieblas,  
la esencia de mis flores,  
mi lira de poeta,  
mi juventud, adiós !

Esta poesía, bellísima por todo extremo, modelo de facilidad y de sentimiento, pone de manifiesto á más de las grandes dotes poéticas de Acuña, su sensibilidad exquisita, su corazón generoso, y sus nobles y honradas aspiraciones. No pueden leerse, sin que las lágrimas acudan á los ojos, estas dos estrofas, en que se ven á la par el talento y el corazón del desdichado Acuña :

Y luego, que ya estaba  
concluido tu santuario,  
Tu lámpara encendida,  
tu velo en el altar,  
El sol de la mañana  
detrás del campanario,  
chispeando las antorchas,  
humeando el incensario,  
y abierta allá á lo lejos,  
la puerta del hogar...

Qué hermoso hubiera sido  
vivir bajo aquel techo,  
los dos unidos siempre  
y amándonos los dos :

Tú siempre enamorada,  
yo siempre satisfecho,  
los dos una sola alma,  
los dos un solo pecho,  
y en medio de nosotros  
mi madre como un Dios.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de ir citando los bellísimos pensamientos, las descripciones hermosas, los rasgos brillantes que enriquecen como valiosas piedras la corona poética de Acuña : quèremos dejar á los lectores el placer del hallazgo, pero no pasaremos en silencio su magnífica composición, " Ante un cadáver " que es sin disputa la mejor del libro. En ella se muestra Acuña, además de poeta original y dulcísimo, el hombre de las ideas modernas, de civilización y de progreso, aunque inficionado del materialismo ; y también, como en otras poesías, el espíritu agobiado por la pena, para el cual el cuerpo no es mas que " la cárcel que retiene al alma en el dolor " y que parece que lleva consigo la nostalgia de la muerte.

No puede darse pensamiento más bonito ni más bien expresado, que el siguiente :

Y en medio de esos cambios interiores,  
tu cráneo lleno de una nueva vida,  
en vez de pensamientos dará flores,  
en cuyo cáliz brillará escondida  
la lágrima, tal vez con que tu amada  
acompañó el adiós de tu partida.

*En resumen, Manuel Acuña, aparte de algunas ligeras incorrecciones que se notan en las poesías de su primera época, y aparte también de su injusticia y apasionamiento al hablar de D. José Zorrilla, cuyo genio todos debemos respetar, merece figurar en primera línea entre los poetas mejicanos. Causa admiración, á la par que amargura, el considerar lo que hubiera podido hacer durante una laboriosa vida, el que apenas entrado en ella ya se había conquistado mercedamente una corona de refulgente gloria.*

*La significación poética de Manuel Acuña es grandísima. Él representa mejor que nadie el renacimiento literario de Méjico después de la guerra de la intervención y del imperio.*

*Su actividad, su imaginación, su valer inmenso, influyeron muchísimo sobre aquella generación juvenil que había de ser la base de la regeneración literaria de su patria.*

*Las poesías de Acuña serán siempre leídas con admiración en todos los ámbitos de la tierra en que se hable la hermosa lengua castellana; y la memoria del inmortal poeta será eternamente una brillante estrella del pueblo mejicano, hijo predilecto del pueblo español.*

FERNANDO SOLDEVILLA.

París, Setiembre de 1884.

## Poesías de Manuel Acuña

### Á LA SOCIEDAD FILOIÁTRICA EN SU INSTALACIÓN

¿Hasta cuándo llegará el día en que  
se aprecie más al hombre que enseña  
que al hombre que mata?

M. OCAMPO.

S OMBRAS gigantes de Scipión y Ciro,  
De César y Alejandro,  
No os alcéis de la tumba á mis acentos;  
Que si es verdad que vuestra gloria admiro,  
Me espanta vuestra gloria resonando  
Ente ayes de dolor y entre lamentos,  
Yo no canto á vosotros, cuyos lauros  
En la sangre crecidos

Respiran con el aire de la muerte;  
 Yo no canto á vosotros los temidos,  
 Los que formáis las leyes con la espada  
 Sin tener más derecho que el del fuerte.  
 Vuestros nombres sublimes  
 No hacen arder la sangre de mis venas;  
 Yo canto á Atenas enseñando á Roma,  
 No canto á Roma conquistando á Atenas.  
 Como el águila audaz que surca el viento  
 En pos de espacio que bastante sea  
 Para dar á sus alas movimiento,  
 Lo mismo mi alma cuando hallar desea  
 La luz de la poesía,  
 No busca sus raudales en la noche,  
 Sino en la aurora al despuntar el día;  
 Y al encontrar la llama indeficiente  
 De la verdad sagrada,  
 Mi pecho entonces se electriza y siente,  
 Y de mi lira tosca y olvidada,  
 Brotan cantares que sonar quisieran  
 Desde el nuevo hasta el viejo continente.

Era la sombra: entre su negro manto  
 Vegetaban los hombres,  
 Nutriéndose con penas y con llanto,  
 Sin otra ciencia que sufrir humildes

Del infortunio las amargas leyes,  
 Y sin otros señores que verdugos  
 Con el pomposo título de reyes.  
 Esqueletos del cuerpo  
 Y esqueletos del alma,  
 Los seres como Dios, no eran entonces  
 El Adán pensador del primer día,  
 Sino siervos que ató, con mano airada,  
 Á su carro triunfal la tiranía.  
 Momias vivientes que al dejar el mundo  
 Para volver al hueco del osario,  
 Legaban á sus hijos en recuerdo  
 La cicuta del Sócrates profundo  
 Y la sangre del Cristo del Calvario.  
 Y así pasaron siglos y más siglos  
 Que de su inmensa huella en la distancia  
 Sólo dejaban sombras y vestiglos,  
 Vagando entre las nieblas  
 De la noche sin fin de la ignorancia.  
 Mas de pronto la luz del pensamiento  
 Iluminó vivífica y radiante  
 De la santa Razón el firmamento,  
 Y Dios apareció, bello y gigante,  
 Haciendo despeñarse en el abismo  
 Al soplo de sus labios soberanos  
 El sangriento puñal de los tiranos

Y la máscara vil del fanatismo.  
 Entonces fué cuando la Europa vía,  
 Trémula y espantada,  
 La mansión ignorada  
 Que la voz de Colón le predecía,  
 Y á Franklin elevándose al espacio  
 De su genio atrevido tras la huella,  
 Para robar á la rojiza nube  
 El fuego aterrador de la centella.  
 Entonces fué cuando se alzó la ciencia,  
 Disipando las sombras  
 Que huyeron en tropel á su presencia;  
 Y entonces cuando Méjico miraba  
 En la mansión maldita  
 Del crimen y del miedo,  
 En vez de la cadena y del levita  
 La figura grandiosa de Escobedo.  
 Y no tembléis al recordar la historia  
 Del lugar maldecido,  
 Donde el buitres feroz de la ignorancia,  
 Ocultó sus polluelos y su nido;  
 No tembléis á la tétrica memoria  
 Del calabozo inmundos  
 Repitiendo los últimos lamentos  
 Del mártir moribundo;  
 Ya está lavada de su impura mancha

La guarida del crimen,  
 Que hasta la infamia misma desaparece  
 Donde las huellas del saber se imprimen.  
 En vez de los verdugos,  
 Y del hirviente plomo y el veneno,  
 La Medicina que consuela y sana,  
 Y los hijos de Herófilo y Galeno.

Sublime redención, misión sublime  
 La del que sufre al consolar las penas,  
 La del que llora y gime  
 Al enjugar las lágrimas ajenas;  
 Misión de caridad y bienandanza,  
 Empezada por Cristo en el calvario,  
 Que redime y que canta en su santuario  
 Los himnos del amor y la esperanza.  
 Seguidla, pues, vosotros, que impasibles  
 Desafiáis á la muerte y los pesares;  
 Y si queréis que el mundo agradecido  
 Conserve vuestro nombre en la memoria,  
 Y que os levante altares,  
 Seguid vuestro sendero bendecido,  
 Que al fin de ese sendero está la gloria;  
 Y continuad sin dirigir la vista  
 Al espinado y escabroso suelo,  
 Y si ansiáis la conquista

Del lauro inmarcesible de la fama,  
 Elevad vuestros ojos hasta el cielo  
 Donde está quien os mira y quien os llama.  
 Y no penséis en la escarpada roca,  
 Ni en la espina punzante  
 Que atraviesa la planta que la toca;  
 No cejéis ni un instante  
 En vuestra noble y celestial carrera,  
 ¡Adelante...! Adelante...!  
 Aun está muy distante  
 La corona de rosas que os espera.

1868

## LA BRISA

(IMITACIÓN)

A MI QUERIDO AMIGO J. C. FERNÁNDEZ

**A** LIENTO de la mañana  
 Que vas robando en tu vuelo  
 La esencia pura y temprana  
 Que la violeta lozana  
 Despide en vapor al cielo:

Dime, soplo de la aurora,  
 Brisa inconstante y ligera,  
 ¿Vas por ventura á esta hora  
 Al valle que te enamora  
 Y que gimiendo te espera?

¿Ó vas acaso á los nidos  
 De los jilgueros cantores

Que en la espesura escondidos,  
Te aguardan medio adormidos  
Sobre sus lechos de flores?

¿Ó vas anunciando acaso,  
Soplo del alba naciente,  
Al murmurar de tu paso,  
Que el muerto sol del Ocaso  
Se alza ya niño en Oriente?

Recoje tus leves alas  
Brisa pura del Estío,  
Que los perfumes que exhalas  
Vas robando entre las galas  
De las violetas del río.

Detén tu fugaz carrera  
Sobre las risueñas flores  
De la loma y la pradera,  
Y ve á despertar ligera  
Al ángel de mis amores,

Y dila, brisa aromada  
Con tu murmullo sonoro,  
Que ella es mi ilusión dorada,  
Y que en mi pecho grabada  
Como á mi vida la adoro.

## YA SÉ POR QUE ES

DOLORA

A ELMIRA

**E**RA muy *niña* María,  
Todavía,  
Cuando me dijo una vez:  
— Oye, ¿por qué se sonríen  
Las flores tan dulcemente,  
Cuando las besa el ambiente  
Sobre su aromada tez?  
— Ya lo sabrás más delante,  
Niña amante,  
La contesté yo... después!  
Y más tarde, una mañana,  
La niña pura y hermosa,  
Al entreabrirse una rosa,

Me dijo : *¡ Ya sé por que es !*  
 Y la graciosa criatura,  
     Blanca y pura  
 Se ruborizó... y después,  
 Ligera como las aves  
 Que cruzan por la campiña,  
 Corrió hacia el bosque la niña  
 Diciendo : *¡ Ya sé por que es !*  
 Y yo la seguí jadeante,  
     Palpitante  
 De ternura y de interés,  
 Y... oí un beso dulce y blando,  
 Y una voz después del beso,  
 Que fué á perderse en lo espeso,  
 Diciendo : *¡ Ya sé por que es !*  
     Era muy *joven* María,  
     Todavía,  
 Cuando me dijo una vez :  
 — Oye, ¿ por qué la azucena  
 Se abate y llora marchita  
 Cuando el aura no la agita  
 Ni besa su blanca tez ?  
 — Ya lo sabrás más delante,  
     Niña amante,  
 La contesté yo... después!  
 Y más tarde ¡ ay ! una noche,

La joven de angustia llena,  
 Al ver triste á una azucena,  
 Me dijo : *¡ Ya sé por que es !*  
 Y ahogando un suspiro ardiente,  
     La inocente  
 Me vió llorando... y después,  
 Corrió al bosque, y en el bosque  
 Esperó mucho la bella,  
 Y al fin... se oyó una querrela  
 Diciendo : *¡ Ya sé por que es !*  
     Era muy *linda* María,  
     Todavía,  
 Cuando me dijo una vez :  
 — Oye, ¿ por qué se sonríe  
 El niño en la sepultura,  
 Con una risa tan pura,  
 Con tan dulce sencillez ?  
 Ya lo sabrás más delante,  
     Niña amante,  
 La contesté yo... después!  
 Y... murió la pobre niña,  
 En vez de llorar, sonriendo,  
 Y voló al azul, diciendo,  
 Diciendo : *¡ Ya sé por que es !*  
     Ya lo ves, mi hermosa Elmira,  
     Quien delira

Sufre mucho, ya lo ves!  
 Y así, ilusiones, ni encanto,  
 Ni acaricies ni mantengas,  
 Para que al llorar, no tengas  
 Que decir : *¡ Ya sé por que es!*

1868

## YA VERÁS

DOLORA

(IMITACIÓN)

GOZA, goza, niña pura,  
 Mientras en la infancia estás;  
 Goza, goza esa ventura  
 Que dura lo que una rosa.  
 — Qué, ¿ tan poco es lo que dura?  
 — Ya verás niña graciosa,  
 Ya verás.

Hoy es un verjel risueño  
 La senda por donde vas;  
 Pero mañana, mi dueño,  
 Verás abrojos en ella.  
 — Pues qué, ¿ sus flores son sueño?  
 Sueño nada más, mi bella,  
 Ya verás.

Hoy el carmín y la grana  
 Coloran tu linda faz;  
 Pero ya verás mañana  
 Que el llanto sobre ella corra...  
 — Qué, ¿los borra cuando mana?  
 — Ya verás como los borra,  
     Ya verás.

Y goza, mi tierna Elmira,  
 Mientras disfrutas de paz;  
 Delira, niña, delira  
 Con un amor que no existe,  
 — Pues qué, ¿el amor es mentira?  
 — Y una mentira muy triste,  
     Ya verás.

Hoy ves la dicha delante  
 Y ves la dicha detrás;  
 Pero esa estrella brillante  
 Vive y dura lo que el viento.  
 — Qué, ¿nada más un instante?  
 — Sí, nada más un momento,  
     Ya verás.

Y así, no llores, mi encanto,  
 Que más tarde llorarás;

Mira que el pesar es tanto,  
 Que hasta el llanto dura poco.  
 — ¿Tampoco es eterno el llanto?  
 — Tampoco, niña tampoco,  
     Ya verás,

## LA AUSENCIA Y EL OLVIDO

DOLORA

A LOLA

**I**BA llorando la Ausencia,  
 Con el semblante abatido,  
 Cuando se encontró en presencia  
     Del Olvido,  
 Que al ver su faz marchitada,  
     Sin colores,  
 La dijo con voz turbada :  
 — “ Ya no llores niña bella,  
     Ya no llores,  
 Que si tu contraria estrella  
 Te oprime incansable y ruda,  
 Yo te prometo mi ayuda  
 Contra tu mal y contra ella. ”<sup>ss</sup>  
 Oyó la Ausencia llorando  
 La propuesta cariñosa,

Y los ojos enjugando  
     Ruborosa,  
 — “ Admito desde el momento,  
     Buen anciano, ”  
 Le dijo con dulce acento,  
 “ Admito lo que me ofreces  
     Y que en vano  
 He buscado tantas veces,  
 Yo que, triste y sin ventura,  
 La copa de la amargura  
 He apurado hasta las heces. ”

Desde entonces, Lola bella,  
 Cariñoso y anhelante  
 Vive el Olvido con ella,  
     Siempre amante;  
 Y la Ausencia ya ni gime,  
     Ni doliente  
 Recuerda el mal que la oprime;  
 Que un amor ha concebido  
     Tan ardiente  
 Por el anciano querido,  
 Que si sus penas resiste,  
 Suspira y llora muy triste  
 Cuando la deja el Olvido.

## MENTIRAS DE LA EXISTENCIA

DOLORA

Qué triste es vivir soñando  
Con un mundo que no existe!

Y qué triste

Ir viviendo y caminando,  
Sin ver en nuestros delirios,  
De la razón con los ojos,  
Que si hay en la vida lirios,  
Son muchos más los abrojos.

Nace el hombre, y al momento  
Se lanza tras la esperanza,

Que no alcanza

Porque no se alcanza el viento;  
Y corre, corre, y no mira  
Al ir en pos de la gloria,

Que es la gloria una mentira  
Tan bella como ilusoria.

No ve al correr como loco  
Tras la dicha y los amores,  
Que son flores  
Que duran poco, muy poco!  
No ve cuando se entusiasma  
Con la fortuna que anhela,  
Que es la fortuna un fantasma  
Que cuando se toca vuela!

Y que la vida es un sueño  
Del que, si al fin despertamos,  
Encontramos,  
El mayor placer pequeño;  
Pues son tan fuertes los males  
De la existencia en la senda,  
Que corren allí á raudales  
Las lágrimas en ofrenda.

Los goces nacen y mueren  
Como puras azucenas,  
Mas las penas

Viven siempre y siempre hieren;  
 Y cuando vuela la calma  
 Con las ilusiones bellas,  
 Su lugar dentro del alma  
 Queda ocupado por ellas.

Porque al volar los amores  
 Dejan una herida abierta

Que es la puerta  
 Por donde entran los dolores;  
 Sucediendo en la jornada  
 De nuestra azarosa vida,  
 Que es para el pesar "entrada"  
 Lo que para el bien "salida."

Y todos sufren y lloran  
 Sin que una queja profieran,  
 Porque esperan  
 Hallar la ilusión que adoran...!  
 Y no mira el hombre triste  
 Cuando tras la dicha corre,  
 Que sólo el dolor existe  
 Sin que haya bien que lo borre.

No ve que es un fatuo fuego  
 La pasión en que se abrasa,  
 Luz que pasa  
 Como relámpago, luego :  
 Y no ve que los deseos  
 De su mente acalorada  
 No son sino devaneos,  
 No son más que sombra, nada.

Que es el amor tan ligero  
 Cual la amistad que mancilla  
 Porque brilla  
 Sólo á la luz del dinero;  
 Y no ve cuando se lanza  
 Loco tras de su creencia,  
 Que son *la fe y la esperanza*  
 Mentiras de la existencia.

## LA RAMERA

A MI QUERIDO AMIGO MANUEL ROA

**H**UMANIDAD pigmea,  
 Tú que proclamas la verdad y el Cristo,  
 Mintiendo caridad en cada idea :  
 Tú que, de orgullo el corazón beodo,  
 Por mirar á la altura  
 Te olvidas de que marchas sobre lodo :  
 Tú que diciendo *hermano*,  
 Escupes al gitano y al mendigo  
 Porque son un mendigo y un gitano :  
 Allí está esa mujer que gime y sufre  
 Con el dolor inmenso con que gimen  
 Los que cruzan sin fe por la existencia ;  
 Escúpela también...! anda...! ¡no importa  
 Que tú hayas sido quien la hundió en el crimen  
 Que tú hayas sido quien mató su creencia!

¡Pobre mujer, que abandonada y sola  
 Sobre el oscuro y negro precipicio,  
 En lugar de una mano que la salve  
 Siente una mano que le impele al vicio ;  
 Y que al fijar en su redor los ojos  
 Y á través de las sombras que la ocultan  
 No encuentra más que seres que la miran  
 Y que burlando su dolor la insultan...!

Y antes era una flor... una azucena  
 Rica de galas y de esencias rica,  
 Llena de aromas y de encantos llena ;  
 Era una flor hermosa,  
 Que envidiaban las aves y las flores,  
 Y tan bella y tan pura,  
 Como es pura la nieve del armiño  
 Como es pura la flor de los amores,  
 Y como es puro el corazón del niño.

Las brisas la brindaban con sus besos,  
 Y con sus tibias perlas el rocío,  
 Y el bosque con sus álamos espesos,  
 Y con su arena y su corriente el río ;  
 Y amada por las sombras en la noche,  
 Y amada por la luz en la mañana,  
 Vegetaba magnífica y lozana

Tendiendo al aire su purpúreo broche;  
 Pero una vez el soplo del invierno  
 En su furia maldita,  
 Posó sobre ella y la arrancó sus hojas  
 Pasó sobre ella y la dejó marchita;  
 Y al contemplar sin galas  
 Su cálice antes de perfumes lleno,  
 La arrebató implacable entre sus alas  
 Y fué á hundirla *cadáver* en el cieno.

Filósofo mentido.....!  
 ¡Apóstol miserable de una idea  
 Que tu cerebro vil no ha comprendido!  
 Tú que la ves que gime y que solloza,  
 Y burlas su sollozo y su gemido.....  
 ¿Qué hiciste de aquél ángel  
 Que amoroso y sonriente  
 Formó de tu niñez el dulce encanto?  
 ¿Qué hiciste de aquel ángel de otros días.  
 Que lloraba contigo si llorabas  
 Y gozaba contigo si reías.....?  
 ¡Te acuerdas.....! Lo arrancaste de la nube  
 Donde flotaba vaporoso y bello,  
 Y arrojándole al hambre,  
 Sin ver su angustia ni su amor siquiera,

Le convertiste de camelia en lodo :  
 Le trasformaste de ángel en ramera !

¡Maldito tú que pasas  
 Junto á las frescas rosas,  
 Y que sus galas sin piedad les quitas !  
 ¡Maldito tú que sin piedad las hieres,  
 Y luego las insultas por marchitas!  
 ¡Pobre mujer!.....! ¡juguete miserable  
 De su verdugo mismo.....!  
 Víctima condenada  
 Á vegetar sumida en un abismo  
 Más negro que el abismo de la nada  
 Y á no escuchar más eco en sus dolores,  
 Que el eco de la horrible carcajada  
 Con que el hombre le paga sus amores.

¡Pobre mujer, á la que el hombre niega  
 El sublime derecho  
 De llamar hijo á su *hijo*!  
 Pobre mujer que de rubor se cubre  
 ¡Cuando le escucha que la grita *madre*!  
 Y que quiere besarle, y se detiene,  
 Y que quiere besarle, y calla y gime,  
 Porque sabe que un beso de sus besos  
 Se convierte en borrón donde lo impone !

Deja ya de llorar, pobre criatura,  
 Que si del mundo en la escabrosa senda,  
 Caminas entre fango y amargura,  
 Sin encontrar un sér que te comprenda,  
 En el cielo los ángeles te miran,  
 Te compadecen, te aman,  
 Y lloran con el llanto lastimero  
 Que tus ojos bellísimos derraman,

¡Y que te burle el hombre, y que se ría!  
 Y que te llame harapo y te desprecie!  
 Déjale tú reír, y que te insulte,  
 Que ya llegará el día,  
 En que la gota cristalina y pura  
 Se desprenda del lodo  
 Para elevarse nube hasta la altura.

Y entonces en lugar de un anátoma,  
 En lugar de un desprecio,  
 Escucharás al Cristo del Calvario,  
 Que añadiendo tú pena  
 Á tus lágrimas tristes en abono,  
 Te dirá como ha tiempo á Magdalena;  
*Levántate mujer, yo te perdono.*

## EL HOMBRE . . .

AL SEÑOR DON IGNACIO M. ALTAMIRANO

HOMENAJE

. . . . Oú va l'homme sur terre?

V. Hugo

\*  
 \*\*

**A**LLA va... como un átomo perdido  
 Que se alza, que se mece,  
 Que luce y que después desvanecido  
 Se pierde entre lo negro y desaparece.  
 Allá va... en su mirada  
 Quién sabe qué fulgura de profundo,  
 De grande y de terrible...  
 Allá va, sin destino y vagabundo,  
 Tocando con su frente lo invisible,

Con sus plantas el mundo...

¿De dónde vino...?

Preguntadlo al caos

Que dió forma á los seres

De su potente voz al "levantaos;"

Decídselo á la nada.

Que ella, tal vez, sabrá cual fué la cuna

De ese arcangel vestido con harapos

Á que llamamos hombre;

Que ella, tal vez, sabrá de donde vino

Ese titán pigmeo

Tan grande y tan mezquino,

¿Del lodo? puede ser; pero su frente

Está demasiado alta para el lodo;

¿Del cielo? puede ser; pero la tumba

Donde concluye todo;

No dista de sus plantas más que un paso,

Y si fuera del cielo, debería.

Ya que tiene un ocaso,

Tener también su oriente como el día.

Aborto incomprensible de la nada

Que lo lanzó, destello de su abismo,

Esperad, esperad á que las sombras

Entre sus negros pliegues os cobijen,

Que allí tal vez, escrito entre esos pliegues

Encontraréis su origen...

Esperad el momento en que se os abra

Negro y aterrador ante los ojos,

Ese libro de sangre donde labra

La triste muerte en caracteres rojos

De sus calladas víctimas el nombre,

Y allí veréis, acaso, la palabra

Que os ayude á saber quien es el hombre.

\*  
\*\*

Y entre tanto... allá va...

Solo... en el mundo

Que tiembia con su peso de gusanos

Y que al mirarle se estremece y duda;

Sobre la tierra inmensa,

Que le siente su rey y le saluda,

Que le siente su dios y que le inciensa.

Allá va... soberano cuya frente

Circunda por diadema el infinito,

Monarca cuyo trono omnipotente

Es el trono de mármol y granito

Tallado por los buitres en la roca;

Y que marcha, y que marcha dominando

Lo mismo en lo que ve y en lo que toca,

Desnudo y mendigando  
Un pedazo de pan para su boca.

\*  
\*\*

Polluelo de ese cóndor de lo oscuro  
Que se llama el misterio,  
Y que sin alas y sin luz se lanza  
Por el supremo espacio de la idea  
En pos de una esperanza...  
Polluelo que adormido entre la noche  
Sueña ver una estrella,  
Y enamorado de ella, y atrevido,  
Se escapa de su nido  
Creyéndose capaz de ir hasta ella;  
Quien sabe anoche en su delirio blando  
Que luz ó que ilusión distinguiría,  
En medio de esas nubes caprichosas  
Que pueblan, al soñar, la fantasía;  
Quien sabe lo que en su alma  
Durante la embriaguez germinaría;  
Pero capullo que despierta rosa  
Con los halagos de la brisa amante,  
Él, creciendo de formas en el sueño,

Durmió pequeño y despertó gigante.  
Y “ El Universo es mío ”  
Clamó al sentirse poderoso y fuerte,  
Y agitando su cráneo en el vacío,  
Sin escuchar la ruda carcajada  
Que como eco á su voz daba la muerte,  
“ Adelante! ” — se dijo — ¡El mundo es poco  
Para encerrar mi espíritu... hasta el cielo!  
Y sin mirar siquiera por donde iba,  
Se lanzó despeñado como un loco,  
Con la mirada arriba... siempre arriba.

\*  
\*\*

Sonámbulo que duerme y deja el lecho  
Al supremo mandato  
De yo no sé que voz grande y divina  
Que alzándose en su pecho  
Le sorprende y le grita poderosa;  
“ ¡Levántate y camina...! ”  
Pisando aquí una espina y una rosa,  
Y más allá una rosa y una espina,  
El hombre con un cielo de esperanzas  
Germinando en montón en su cerebro,

Sigue á tientas y á oscuras por la senda  
 Desde antes á sus pasos señalada,  
 Soñando... y en los ojos una venda  
 Que con sus pliegues lóbregos y espesos  
 Le impide que comprenda  
 Su marcha entre sepulcros y entre huesos.

\*  
 \*\*

Y allá va.... ¡pobre niño que aun suspira  
 Como en los dulces tiempos de la infancia!  
 Mas dejadle seguir, y será el hombre  
 Que haga nacer la vida del osario,  
 El apóstol sin nombre,  
 Que dios admire y que mortal asombre  
 Lo mismo en el Tabor que el Calvario.  
 Dejadle caminar, dejad que siga  
 El vuelo de su genio por los mares,  
 Y mañana ese niño  
 Será el anciano pálido y fecundo,  
 Que, moderno criador, haga que brote  
 Del seno de las olas otro mundo.

\*  
 \*\*

Allá va... con un tronco por apoyo  
 Y un girón miserable por abrigo,  
 Valiente y ambicioso y soberano,  
 Bajo su mismo harapo de gitano  
 Y su corteza sucia de mendigo.  
 ¿Qué busca? ni aun él sabe  
 Lo que busca en su loco devaneo...  
 Ni aun él acierta á definir ese algo  
 Que le hace encontrar siempre su deseo;  
 Pero titán del sueño que en la sombra  
 Forja un espacio y á escalarlo sube,  
 Él, mientras pisa en el inmundo cieno,  
 Se duerme con el pie sobre una nube.

\*  
 \*\*

Soñar... esa es la vida, ese es el puente  
 Que entre la cuna y el sepulcro media,  
 El papel miserable del viviente  
 De la existencia vil en la comedia :

Soñar un cielo en que revueltos vagan  
 Hermosos y magníficos vapores,  
 La esperanza, la dicha,  
 La gloria y el placer y los amores;  
 ¡Ondinas que se tienden por el aire  
 Al despuntar la vida, allá á lo lejos  
 Y que con ella crecen y con ella  
 Mueren entre los últimos reflejos!

\*  
 \*\*

Y, hermoso cisne que en el limpio lago  
 Agitando las olas con su pluma,  
 Ve brotar de su juego al dulce halago  
 Mil copos blancos de rizada espuma,  
 Y arroja un canto dolorido y vago  
 Al mirarlos perderse entre la bruma;  
 El hombre en su tristeza,  
 Al ver rodar sus blancas ilusiones,  
 Sin colores, sin luz y sin belleza,  
 De la noche que empieza  
 Por yo no sé qué lóbregas regiones;  
 Suspirando y en lágrimas deshecho  
 Ante la triste realidad que asoma,

Arranca un ¡ay! terrible de su pecho,  
 Y luego, al dar un paso, se desploma.

\*  
 \*\*

Atleta del dolor, de nuevo emprende  
 La lucha formidable  
 Con ese gladiador de las tinieblas  
 Que se llama el destino;  
 Y cantando y sonriendo  
 Para insultar la palpitante pena  
 Que le destroza el corazón mezquino,  
 Lanza un grito feroz y entra á la lucha...  
 Pero vencido al fin, rueda en la arena  
 Que su alma es poca y su amargura es mucha.

\*  
 \*\*

Y entonces... cuando hambriento de placeres  
 Soñándolos su presa,  
 Se mira débil y abatido y solo  
 Sobre el oscuro borde de la huesa,



No alcanza á descifrar esos arcanos  
 Escritos entre huesos y mortajas  
 Por yo no sé que fétidos gusanos...  
 Remueve y busca en el inmundo hueco  
 Donde ha visto rodar un sér inerme,  
 Y sin hallar á sus preguntas eco,  
 Sólo ve un cráneo seco  
 Que entre sus antros asquerosos duerme

\*  
 \*\*

Y entre tanto... allá va...  
 Luz tenebrosa  
 Cuyo destino y cuyo sér esconde  
 La impenetrable niebla del abismo...  
 Allá va... tropezando y caminando,  
 ¡Sin comprender adónde,  
 Sin comprenderse el mismo...!

1869

## EN LA APOTEOSIS

DEL ACTOR

## MERCEÐ MORALES

**M**ENTIRA el *más allá!* ¡Mentira el alma  
 Que el retroceso impuro  
 Hace nacer llenando lo futuro,  
 Del triste cementerio entre la calma!  
 ¡Engaño esa creación que el fanatismo  
 Hace brotar del último lamento  
 Que nos lleva al abismo!  
 ¡Mentira ese *ad terrorem* que el convento  
 Lanza á la humanidad mezquina y necia  
 Que, oyendo á la razón y al pensamiento  
 No abarca esa mentira y la desprecia!  
 El hombre es sólo el hombre,  
 Pobre criatura de miseria y lodo,

Que sueña, que delira, y que en la fosa  
 Mira rodar con su existencia todo;  
 Pobre sér que termina la jornada  
 Con el eco de su último latido,  
 Para volver en sombra convertido  
 Á su punto de origen, á *la nada*.  
 Es un astro-misterio que atraviesa  
 La curva de la vida y se derrumba  
 Al concluir la carrera de ese cielo  
 Que en el Oriente de la cuna empieza  
 Y acaba en el Ocaso de la tumba;  
 Molécula que, oculta entre la gasa  
 De la noche, sin ruta y sin destino,  
 Como una exhalación flébil y escasa,  
 Nace, se mece y pasa  
 Sin dejar una huella en su camino,  
 Y que á veces llegándose valiente  
 Hasta el sol de la gloria,  
 Se enciende en él y vuela,  
 Pero dejando entonces, donde acaba,  
 El germen de otra luz sobre su estela.  
 Luz-inmortalidad con que deliran  
 El sabio y el artista y el guerrero,  
 En medio á esos éxtasis soberanos  
 Qué son la hora suprema  
 En que el genio prepara con sus manos,

Para ceñir sus frentes la diadema;  
 Hora en que el hombre alcanza,  
 Por el zodiaco de la fe y del arte,  
 Llegar hasta el zenit de su esperanza,  
 Para robarle el rayo que algún día  
 Sobre su pobre lápida mortuoria,  
 Caiga á encender, sublime de poesía,  
 La antorcha fulgurante de la gloria.  
 Luz-inmortalidad con que soñaban  
 Sonriendo de placer en su delirio,  
 El mártir libertad en el cadalso  
 Y el espectro-conciencia en el martirio,  
 Fulgor que en la conquista  
 Del saber y el talento, se levanta  
 Descorriendo grandioso ante la vista,  
 El soñado horizonte de una tierra  
 Donde bendita y mágica se encierra  
 La tierra prometida del artista;  
 Esplendor auroral que era el ensueño  
 Consolador y grato en su pobreza  
 Del actor inspirado,  
 Que aun ayer se encontraba circundado  
 Con la aureola del genio en la cabeza;  
 Del audaz fingidor que ayer hacía  
 Sollozar ó reir bajo este techo,  
 Y que hoy, cadáver, duerme

De un pedazo de tierra sobre el lecho.  
 Cayó... sobre su tumba  
 Gime el arte, y la patria inconsolada  
 Con sus hermosos besos maternos  
 Deposita una lágrima adorada,  
 En tanto que la fama que abandona  
 De la muerte en los antros funerarios  
 Al despojo... y al hombre,  
 Vuela augusta á escribir en sus santuarios  
 Las letras de su nombre.

.....

Muerto, reposa en paz! y si en la fiebre  
 De tu ambición y tu querer fecundo  
 Soñaste con un mundo más risueño  
 Que este pequeño y miserable mundo;  
 Si astro que cruza la extensión vacía  
 Soñaste con dejar escrito en ella  
 Algo como la luz que en tí vivía  
 Para hacerte inmortal con esa huella,  
 Tu sueño está cumplido... tus cenizas  
 Ya no son más que escoria;  
 Pero el azul radioso de tu patria  
 Cuenta otra luz, la luz de tu memoria.  
 Los hombres como tú, jamás perecen  
 Al tocar los umbrales

De la oscura región de lo ignorado;  
 Los hombres como tú, mueren y crecen  
 Con la figura inmensa de granito  
 Que de pie y majestuosa se levanta  
 De entre el polvo impalpable que la planta  
 Envuelve al resbalar en lo infinito.  
 Para tí no hay sepulcro, que el reflejo  
 De tu luz poderosa  
 Te basta en la caída,  
 Para seguir viviendo en otra vida,  
 No en la estrechez de tu escondida fosa...  
 Tú como el astro nermoso de la aurora  
 Que rueda en el ocaso,  
 Dejando como huella de su paso  
 La luna brilladora,  
 Caíste en el abismo,  
 Nítido soñ del mejicano cielo:  
 Pero dejando al terminar el vuelo,  
 La luna de tí mismo.

Sacerdote titánico del arte,  
 Envuélvete sonriendo en la mortaja  
 Que te arroja en la huesa...  
 Envuélvete inmortal bajo la losa  
 Donde tu cuerpo mísero reposa  
 Y se alza el pedestal de tu grandeza.

¡Adios, muerto sublime!  
 ¡Sublime y noble atleta del proscenio!  
 Descanza en paz mientras tu patria gime  
 Sobre el recuerdo que tu gloria abona,  
 Y mientras teje en su santuario el genio,  
 Para rodear tu nombre, una corona.

## O C A M P O

“**A**LLA...!” se dijo, y extendiendo al aire  
 Las gigantescas plumas,  
 Con la mirada fija en los fulgores  
 Que á través de las brumas  
 Conducen en su vuelo á los condores,  
 Subió asentando la atrevida garra  
 Sobre la cumbre inmensa,  
 Donde el mundo genésico concluye  
 Y se levanta el mundo del que piensa;  
 Sobre la blanca cima de esa roca  
 Cuyas piedras de mármol y granito  
 Se alzan entre lo azul del infinito,  
 De pedestal sublime al que las toca;  
 Allí donde se encienden los tabores  
 Con su grandiosa y santa refulgencia  
 Al resonar del cántico que entona  
 Como un grito de alarma la conciencia.

\*  
\* \*

Subió, llegó, y al extender los ojos,  
 Sobre la turba de hombres  
 Que germinaba de sus pies debajo,  
 Anhelando mirar lo que es un pueblo  
 Que marcha por la senda del trabajo,  
 En vez de la ilusión de su utopía,  
 Halló un pueblo de libres  
 Envuelto del incienso entre el aroma,  
 Y enlazando á su cuello esa cadena  
 Cuyo eslabón primero empieza en Roma;  
 Halló la libertad aprisionada  
 Entre los negros muros del convento,  
 Y un *más-allá* de luto y de tinieblas  
 Marcando el *hasta-aquí* del pensamiento;  
 Al Dios-dulzura convertido en otro  
 De sangre y de venganza,  
 Al Dios creador entrando en la pelea  
 Con el rojo puñal de la matanza;  
 Y gozando al murmullo de los salmos  
 Y gozando al gemir de la agonía,  
 Al Dios que sólo quiere en sus altares  
 Los himnos del amor y la poesía.

\*  
\* \*

Y "No!" dijo él, ardiendo  
 En esa inspiración sencilla y santa  
 Que hizo del vagabundo de Judea  
 El muerto más sublime de los muertos  
 En el martirologio de la idea;  
 "Ya es tiempo de volver á su santuario  
 El dulce amor de la familia humana,  
 Sustituir el hogar al relicario,  
 Sustituir la violeta al incensario,  
 Y el trino del turpial á la campana;  
 Ya es tiempo de rasgar el negro abismo  
 Que oculta la verdad á la existencia,  
 Y cambiar por el Dios del fanatismo  
 El Dios de la razón y la conciencia."  
 Dijo, y abandonando las remotas  
 Cumbres de la esperanza y de la vida,  
 Bajó á la tierra entre las dulces notas  
 De esa cántiga tierna y bendecida  
 Cuya primera vibración se escucha  
 Brotando de las arpas del delirio,  
 Y la última en la lucha  
 Con el ay! estertóreo del martirio.

\*  
\*\*

Bajó, y apóstol de la *buena-nueva*  
 De la luz y el derecho,  
 Su palabra de paz sonó en los aires  
 Anunciando al Mesías  
 Que el porvenir en su ilusión espera,  
 Y de quien son augustas profecías  
 Las protestas del mártir en la hoguera.  
 Bajó, y envuelto entre el vapor espeso  
 De los blancos perfumes conventuales  
 El pueblo suyo, por el monje opreso,  
 Escuchó la palabra de progreso  
 Salida de sus labios inmortales;  
 Y al buscar al apóstol atrevido  
 Donde su airado grito resonara,  
 Ovó el nombre de Dios... luego un gemido,  
 El incienso quedó desvanecido...  
 Y allí estaba el cadáver junto al ara.

\*  
\*\*

La lucha fué un instante...  
 Un instante no más, y aquel vidente,

Misionero de luz entre los ciegos,  
 Se hundió en la sombra y ocultó la frente.

\*  
\*\*

Fué el cóndor que se lanza de las nubes  
 Sobre el tigre feroz que le arrebató  
 Los polluelos hermosos de su cría,  
 Y que baja, se mece,  
 Lucha, se aparta, vuelve, le provoca,  
 Y en el punto de herirle se estremece  
 Cayendo á agonizar sobre una roca.

\*  
\*\*

Murió... su apostolado  
 Hizo temblar en su poder al fraile,  
 Y el fraile en nombre de ese dios maldito  
 Que vive entre la noche y lo encubierto,  
 Armó su mano entre la niebla impía,  
 Y después, al nacer del otro día,  
 Halló el mundo... *un patibulo y un muerto.*

\*  
\*\*

Ese muerto allí está... dentro el sepulcro  
 Cavado para ahogar en su silencio  
 La gigante protesta de sus labios...  
 Esqueleto sublime y majestuoso  
 Más grande y elocuente en el reposo  
 De su lecho eternal y soberano,  
 Que en medio de la grita atronadora  
 Que alzara en su redor el Vaticano.  
 Allí está... en ese túmulo sombrío  
 Regado con el llanto de los libres...  
 Santa reliquia que la edad presente  
 Guarda de su cariño  
 En el inmenso y dulce relicario,  
 Como un recuerdo de tristeza y gloria,  
 Que evoca del pasado en la memoria  
 Su camino de sangre y su calvario.  
 Allí está... murmurando una esperanza  
 De miel y libertad para el futuro,  
 Precursor auroral de esa lumbrera  
 Tanto soñada y esperada tanto  
 Y á cuya luz en hoy vienen tus hijos  
 Á arrullar tu dormir con sus canciones,

Á gemir en tu polvo, y á decirte  
 Sus nobles y sentidas bendiciones.

\*  
\*\*

Mártir! descansa ya de la tarea,  
 Y duérmete en el lecho de perfumes  
 Con que la gratitud cubre tu fosa...  
 Duérmete ya... mientras la fe y el templo  
 Cuyo poder al cabo se derrumba,  
 Vienen á despertarte en su caída,  
 De tu sueño inmortal bajo la tumba.

## UNO Y QUINIENTOS

---

PENSANDO las quinientas unidades  
 Que el número quinientos componían  
 Que si quinientas eran  
 Al uno y nada más se lo debían;  
 En sociedad se unieron, y los miembros,  
 Sin vacilar ni protestar alguno,  
 Levantaron un templo y en sus aras  
 Pusieron como Dios al número uno.

\*  
 \*\*

Mientras que unidos todos le adoraron  
 A nadie aquello le causó extrañeza;  
 Pero cierta ocasión en que uno de ellos  
 Llegó solo del templo á los umbrales,

À pesar de la fe y el fanatismo,  
 Se halló con que él y Dios eran lo mismo,  
 Puesto que el uno y él eran iguales.

\*  
 \*\*

Después de recorrer estos renglones  
 Que tantas reflexiones nos ofrecen,  
 Deduzco entre otras muchas conclusiones,  
 Que en materia de Dios y religiones  
 Los quinientos y el mundo se parecen.

1870

---

## LA SOÑADORA

## ODA

Leída por José Zamora, á nombre de su autor,  
en el beneficio de María Servin

**P**UEBLO : tú que prorrumpes en gigantes  
Himnos de admiración y de entusiasmo  
Ante el arte y lo bello;  
Tú, de cuya alma toma  
La vestal de la gloria y de la fama  
Fuego para encender á su destello  
De su lámpara mística la llama;  
Tú, que eres soñador y eres artista  
Lo mismo entre la paz que entre la lucha,  
Prepara una guirnalda de tus flores  
Más queridas y... escucha.

Era una cuna, un lecho entretrejido  
De gasas y jazmines...  
Pequeño, vaporoso, recogido...  
Una forma de nido  
Como esos que se ven en los jardines.  
Y en ese nido columpiado al aire  
Con el vaivén arrullador del viento,  
Era una niña hermosa que soñaba  
Con yo no sé que blanco pensamiento;  
Una niña inocente que dormía  
Entre los chales de su tibia cuna,  
Como una de esas hadas misteriosas  
Que finjen las tinieblas y la luna  
Entre el húmedo cáliz de las rosas;  
Virgen de amor en cuya casta frente  
El sol de lo inmortal resplandecía  
Majestuoso y ardiente,  
Con su rayo de luz grabando en ella  
Esa chispa radiosa que, más tarde,  
Ante el sepulcro abierto se alza estrella  
Y en la *vía-láctea* de los genios arde.

Y la noche era negra, era una noche  
Que flotaba impalpable como un velo  
Prendido en las montañas,  
S'n la luz de un zig-zag entre las sombras

Ni la luz de un cocuyo entre las cañas;  
 Negro y vasto ropaje  
 Que cobijaba al átomo del mundo  
 Como al grano de arena el oleaje,  
 Quedando aquella niña en el vacío  
 De las tinieblas, escondida y sola,  
 Como queda la gota de rocío  
 Cuando cierra la brisa una corola...

Mas de pronto la curva de los cielos  
 Recogió su gigante vestidura,  
 Y libre de los pálidos fantasmas  
 Que rodaban informes en la altura,  
 El aire se cubrió de resplandores  
 Que se acercaron tibios y temblantes,  
 Circuyendo la frente de la niña  
 Como un laurel inmenso de diamantes;  
 Y entonces una voz cuya cadencia  
 Sonaba arrulladora  
 Como el canto de amores de la virgen,  
 Se oyó que repetía  
 En su dulce cascada de gorgoros :  
 — Duérmete, vida mía,  
 Gozando con la luz y la poesía  
 De la región que pueblan tus deseos...  
 Duérmete, flor del arte,

A la que el beso de las auras mece...  
 Duérmete... y cuando venga á despertarte  
 La voz de tu destino,  
 Yo, el angel de tu cuna,  
 Regaré de perfumes y de galas  
 La áspera cumbre que tu genio adora,  
 Y á donde tienden las inmensas alas  
 Tu ambición y tu fe de soñadora.

Dijo la voz : y la corona ardiente  
 Ensanchando su cerco luminoso  
 De estrellas inmortales,  
 Se perdió en los lejanos horizontes,  
 Mezclada con el fuego de la aurora  
 Que asomaba su luz tras de los montes

Después, aquella niña  
 Despertó de su mágico letargo,  
 Y emprendiendo el camino  
 De la jornada que á la gloria lleva  
 Entre el dolor y el desaliento amargo,  
 El mundo la miró sobre el proscenio  
 Arrancando un laurel á su destino  
 Y esculpiendo su busto peregrino  
 Sobre el augusto pedestal del genio.  
 Blanca y tierna paloma

Que hasta el templo del arte alzó las alas  
 Para robar al arte sus secretos,  
 Descendiendo después sonriente y bella  
 Entre el aplauso universal de un mundo  
 Lleno de amor y admiración por ella.

Por ella, que eres tú, la que hoy recojes  
 El ideal de tus sueños infantiles  
 Entre el incienso embriagador del triunfo...  
 Por tí que haces latir entusiasmado  
 El corazón del pueblo que hoy arranca  
 La cadencia más dulce y más sentida  
 Del arpa de su gloria,  
 Para arrojarla con su flor más blanca  
 Sobre el gigante altar de tu victoria,

Por ella, que eres tú, la más querida  
 Esperanza de Méjico, la virgen  
 Á quien el porvenir desde la cuna  
 Prometiera su espléndida guirnalda,  
 Y que hoy viene al rumor de las conquistas  
 Que tu celeste inspiración abona  
 Á ceñir en tu frente esa corona  
 Que hace iguales á Dios y á los artistas.

## OBLACION

---

A LOS MUERTOS DE LA SOCIEDAD FILOIÁTRICA

---

C UANDO la aurora enciende las montañas,  
 Y el águila que duerme  
 Se siente acariciada por sus besos,  
 El águila se agita entre las rocas  
 De su salvaje y solitario nido,  
 Tiende la vista al cielo  
 Dominio de su empuje soberano,  
 Y desatando el poderoso vuelo,  
 Cruza la selva, el llano,  
 Del llano se levanta hasta las cumbres  
 Que la extensión corona,  
 Y allí, fuerte y robusta,

En pie sobre la nieve y el granito,  
Se alza de nuevo y sube hasta que incrusta,  
Sus formas de gigante en lo infinito.

Cuando el sol de la gloria,  
Surtiendo en el espacio-inteligencia  
Baña á un niño en su luz, el niño se alza  
Sobre el desierto oscuro de la vida;  
Y guiado por la fe que en su conciencia  
Lleva como una lámpara encendida,  
Desterrado del cielo sobre el mundo  
Y entreviendo su patria  
Á través de la bruma de su ensueño  
Se lanza de su ensueño por la vía,  
Dejando al confundirse con la nada,  
De su carrera de astros como huellas,  
Las letras de su nombre,  
Que son como las mágicas estrellas  
Que brillan al crepúsculo del hombre.

Letras que al proyectar sobre la tumba  
Sus luces inmortales,  
Son la más grande historia  
Que pudiera grabar en sus anales  
La virgen soberana de la gloria.

En la cuna de aquellos  
Que hoy tienen nuestras almas por santuario,  
Y por incienso, el de las rosas blancas  
Que nacen en los bordes del osario,  
También surgió con su fulgor de aurora  
La chispa de la idea, también ellos  
Sintieron palpar sobre su frente  
Los ósculos de ese ángel que en la noche  
Baja á inspirar sus sueños al creyente...  
Sueños blandos y dulces como todos  
Los que su ánfora encierra  
Y que al fundirse con el hombre, lo hacen  
La encarnación de Dios sobre la tierra.

El ideal de sus almas, el que en ellos  
Infiltraba la luz de sus caricias,  
Era el amor bajo la doble forma  
Del espacio y del mundo,  
Del mundo, en la expresión de sus dolores  
Marcados por la faz de un moribundo,  
Y del espacio, como la hostia blanca  
En donde oculta su divina esencia,  
Ese Cristo del pobre y del que sufre,  
Que se llama la ciencia.

Y esa fué su visión, esa la doble  
 Senda en que dividieron el camino,  
 Señalado en su afán supremo y noble  
 Por la sonrisa de ángel del destino,  
 Esa la ardiente cima en que se alzaron  
 Pensadores y apóstoles á un tiempo,  
 Buscando la verdad mientras vertían  
 La miel de sus virtuosos corazones...  
 Iguales á esas nubes que se lanzan  
 Tras la huella del sol por el vacío,  
 Derramando á la vez sobre la tierra  
 Las caricias de amor de su rocío.

Y así fueron en tanto que la vida  
 Latió bajo de sus cráneos;  
 Fe y corazón, estrellas y perfumes;  
 Sublime dualidad de una alma misma  
 Que en distinta región alzando el vuelo,  
 Arriba, era la forma de la idea,  
 Y abajo, era la forma del consuelo!

Así fueron... constante sacrificio  
 Sobre el altar del bien, mártires prontos  
 Á morir por sus creencias en el ara  
 De la impiadada suerte:

Grupo de caridad que aparecía  
 Fiel en cumplir su augusto pensamiento,  
 Donde quiera que hallaba un sufrimiento  
 Ó el buitre de la muerte se mecía!...

Y cuando llenos de ese santo orgullo  
 Que la virtud derrama en la conciencia,  
 Tocaban ya la cumbre brilladora  
 De su visión querida,  
 La vida los dejó!... pero las frases  
 Que al dolor arrancaron con su muerte,  
 Fueron bajo el destello sacrosanto  
 Que irradiaba al fulgor de su memoria,  
 Las primeras estrofas de ese canto  
 Que hoy los arrulla en su mansión de gloria.

Allí duermen, y allí como un perfume  
 Se alzan las bendiciones por la noche,  
 Flores del corazón que agradecidas  
 Bajo el ojo de Dios abren su broche:  
 Allí duermen, y allí los que en el mundo  
 Les dijimos hermanos,  
 Depositando la oblación sencilla  
 De nuestro amor, hacemos de sus nombres  
 El grito de entusiasmo que en la lucha

Dará al cobarde animación y brío;  
 Y del radioso albor de su recuerdo  
 Un astro suspendido en el vacío,  
 Que será en los instantes de la prueba,  
 Cuando el cansancio nuestra frente amague,  
 La antorcha sideral en donde el alma  
 Encenderá su fe cuando se apague.

E871

## RASGO DE BUEN HUMOR

---

Y qué? Será posible que nosotros  
 Tanto amemos la gloria y sus fulgores,  
 La ciencia y sus placeres,  
 Que olvidemos por eso los amores,  
 Y más que los amores, las mujeres?

¿Seremos tan ridículos y necios  
 Que por no darle celos á la ciencia,  
 No hablemos de los ojos de Dolores,  
 De la dulce sonrisa de Clemencia,  
 Y de aquella que, tierna y seductora,  
 Aun no hace un cuarto de hora todavía,  
 Con su boca de aurora,

“No te vayas tan pronto,” nos decía?  
 ¿Seremos tan ingratos y tan crueles,  
 Y tan duros y esquivos con las bellas,

Que no alcemos la copa  
Brindando á la salud de todas ellas?

Yo, á lo menos por mí, protesto y juro  
Que si al irme trepano en la escalera  
Que á la gloria encamina,  
La gloria me dijera:

— Sube, que aquí te espera  
La que tanto te halaga y te fascina;  
Y á la vez una chica me gritara:  
— Baje usted, que lo aguardo aquí en la esquina;  
Lo juro, lo protesto y lo repito,  
Si sucediera semejante historia,  
Á riesgo de pasar por un bendito,  
Primero iba á la esquina que á la gloria.

Porque será muy tonto  
Cambiar una corona por un beso;  
Mas como yo de sabio no presumo,  
Me atengo á lo que soy, de carne y hueso,  
Y prefiero los besos y no el humo,  
Que al fin, al fin, la gloria no es más que eso

Por lo demás, señores,  
¿Quién será aquel que al ir para la escuela

Con su libro de texto bajo el brazo,  
No se olvidó de Lucio ó de Robredo  
Por seguir, paso á paso,  
Á alguna que nos hizo con el dedo  
Una seña de amor, así... al acaso?  
¿Ó bien, que aprovechando la sordera  
De la obesa mamá que la acompaña,  
Nos dice: — ¡No me sigas!  
Porque mamá me pega y me regaña?

¿Y quién no ha consentido  
En separarse del objeto amado  
Con tal de no mirarlo contundido?

¿Quién será aquél, en fin, que no ha sentido  
Latir su corazón enamorado,  
Y á quién, más que el café, no ha desvelado  
El *café* de no ser correspondido?

Al aire pues, señores,  
Lancemos nuestros hurras por las bellas,  
Por sus gracias, sus chistes, sus amores,  
Sus perros y sus gatos y sus flores  
Y cuanto tiene relación con ellas.

Al aire nuestros hurras  
 De las criaturas por el sér divino,  
 Por la mitad del hombre,  
 Por el género humano femenino.

1871.

## EN EL TERCER ANIVERSARIO

DE LA

SOCIEDAD FILOIÁTRICA Y DE BENEFICENCIA

**F**ALANGE de soñadores  
 Que de tu delirio en pos,  
 Marchas entre los negros  
 De la vida, á los fulgores  
 Que en tu alma refleja Dios.

Juventud grande y ardiente  
 Que á la luz que centellea  
 Tu porvenir esplendente,  
 Muestras ceñida la frente  
 Con el laurel de la idea.

Tú, que llevando contigo  
 Cuanto hay de noble y humano

Al que miras sin abrigo,  
En vez del nombre de amigo  
Le das el nombre de hermano.

Tú, que siguiendo la huella  
Que á tu conciencia se ajusta,  
Has atesorado en ella  
La virtud que te hace bella,  
Y el saber que te hace augusta.

No cejes en tu camino  
Aunque el destino te mande  
Luto y penas de continuo,  
Que si es muy fuerte el destino  
Tú también eres muy grande.

Y si en tu alma de inspirada  
Hay fuerza y valor de sobra  
Para concluir la jornada,  
Ya que tu obra está empezada,  
Juventud, completa tu obra.

Sigue, sigue tras el vuelo  
De esa virgen cuyo encanto  
Forma tu vida y tu anhelo;

Sigue tu marcha hacia el cielo  
De tus delirios, y en tanto,

Recibe de quien te admira  
Proclamando tus victorias,  
Los acentos de una lira  
Que con tus glorias se inspira  
Porque hace tuyas sus glorias

1871

---

## LÁGRIMAS

A LA MEMORIA DE MI PADRE

Quum subit illius tristissima noctis imago  
 Quæ mihi supremum tempus in urbe fuit:  
 Quum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui,  
 Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.

OVIDIO. — ELEGÍA III.

A UN era yo muy niño, cuando un día,  
 Cogiendo mi cabeza entre sus manos  
 Y llorando á la vez que me veía  
 “¡Adios! ¡Adios!” me dijo;  
 “Desde este instante un horizonte nuevo  
 Se presenta á tus ojos;  
 Vas á buscar la fuente  
 Donde apagar la sed que te devora;  
 Marcha... y cuando mañana  
 Al mal que aun no conoces  
 Ofrezcas de tu llanto las primicias,

Ten valor y esperanza,  
 Anima el paso tardo,  
 Y mientras llega de tu vuelta la hora,  
 Ama un poco á tu padre que te adora,  
 Y ten valor y... marcha... yo te aguardo.

Así me dijo, y confundiendo en uno  
 Su sollozo y el mío,  
 Me dió un beso en la frente...  
 Sus brazos me estrecharon...  
 Y después..... á los pálidos reflejos  
 Del sol que en el crepúsculo se hundía  
 Sólo vi una ciudad que se perdía  
 Con mi cuna y mis padres á lo lejos.

El viento de la noche  
 Saturado de arrullos y de esencias,  
 Soplaba en mi redor, tranquilo y dulce  
 Como aliento de niño;  
 Tal vez llevando en sus ligeras alas  
 Con la tibia embriaguez de sus aromas,  
 El acento fugaz y enamorado  
 Del silencioso beso de mi madre  
 Sobre del blanco lecho abandonado...

Las campanas distantes repetían  
 El toque de oraciones... una estrella  
 Apareció en el seno de una nube;  
 Tras de mi oscura huella  
 La inmensidad se alzaba...  
 Yo entonces me detuve,  
 Y haciendo estremecer el infinito  
 De mi dolor supremo con el grito:  
 "Adiós, mi santo hogar," clamé llorando;  
 "¡Adiós, hogar bendito,  
 En cuyo seno viven los recuerdos  
 Más queridos de mi alma...  
 Pedazo de ese azul en donde anidan  
 Mis ilusiones cándidas de niño...  
 Quién sabe si mis ojos  
 No volverán á verte...!  
 ¡Quién sabe si hoy te envió  
 El adiós de la muerte...!  
 Mas si el destino rudo  
 Ha de darme el morir bajo tu techo,  
 Si el ave de la selva  
 Ha de plegar las alas en su nido,  
 ¡Guárdame mi tesoro, hogar querido,  
 Guárdame mi tesoro hasta que vuelva!"

Las lágrimas brotaron  
 Á mis hinchados párpados... las sombras  
 Espesas y agrupadas, de repente  
 Se abrieron de los astros á la huella...  
 Cruzó una luz por lo alto, alcé la frente,  
 El cielo era una página y en ella  
 Vi esta cifra: — ¡Detente!  
 Detente... y á mi oído  
 Llegó como un arrullo de paloma  
 La nota de un gemido;  
 Algo como un suspiro de la noche  
 Rompiendo del silencio la honda calma;  
 Algo como la queja  
 De una alma para otra alma...  
 Algo como el adiós con que los muertos,  
 Del amor al esfuerzo soberano,  
 Saludan desde el fondo de sus tumbas  
 Al recuerdo lejano.

. . . . .  
 Al despertar de aquel supremo instante  
 De letargo sombrío,  
 La noche de la ausencia desplegaba  
 Su impenetrable velo,  
 Sus sombras sin estrellas,

Su atmósfera de hielo...  
 Esa odiosa ceguez en que el ausente  
 Proscrito del cariño,  
 Cumple con su destierro, suspirando  
 Por sus recuerdos vírgenes de niño;  
 Ese inmenso dolor que hace del alma  
 En el terrible y solitario viaje,  
 Un árido desierto  
 En donde es un miraje cada punto  
 Y en donde es un amor cada miraje...

Y así de la ampolleta de mi vida  
 Se deslizaban las eternas horas  
 Sobre mi frente mustia y abatida,  
 Sonando al extenderse en lontananza,  
 Como una dulce estrofa desprendida  
 Del arpa celestial de la esperanza;  
 Así, cuando una vez, en el instante.  
 En que la blanca flor de mi delirio  
 Desplegaba en los aires su capullo;  
 Cuando mi muerta fe se estremecía  
 Bajo sus ropas fúnebres de duelo,  
 Al ver flotando en el azul del cielo  
 El alma de mi hogar sobre la mía;  
 Cuando iba ya á sonar para mis ojos

La última hora de llanto,  
 Y se cambiaba en música de salve  
 La música elegiaca de mi canto;  
 Mi corazón como la flor marchita  
 Que se abre á las sonrisas de la aurora  
 Esperando la vida de sus rayos,  
 También se abrió... para plegar su broche,  
 Á las caricias del amor abierto,  
 Encerrando en el fondo de su noche  
 Las caricias de un muerto!...

En el espacio blanco y encendido  
 Por los trémulos rayos de la luna,  
 Yo ví asomar su sombra...  
 La gasa del sepulcro lo envolvía  
 Con sus espesos pliegues...  
 En su frente espectral se dibujaba  
 Una aureola de angustia, lo que dijo  
 Se perdió en la región donde flotaba...  
 Su mano me bendijo...  
 Su pecho sollozaba...  
 La sombra se elevó como la niebla  
 Que en la mañana se alza de los campos;  
 Cerré los ojos suspirando, y luego...  
 Oí un adiós en la profunda calma

De aquella inmensidad muda y tranquila,  
Y al levantar de nuevo la pupila  
¡El cielo estaba negro como mi alma!

En el reloj terrible  
Donde cada dolor marca su instante,  
El destino inflexible  
Señalaba la cifra palpitante  
De aquella hora imposible;  
Hora triste en que el íntimo santuario  
De mis sueños de gloria,  
Vió su altar solitario,  
Convertido su sol en tenebrario,  
Y su culto en memoria...  
Hora negra en que la urna consagrada  
Para envolverte, ¡oh, padre!  
Del cariño en la esencia perfumada,  
Fué un sepulcro sombrío  
Donde sólo dejaste tu recuerdo  
Para hacer más inmenso su vacío,

¡Padre... perdón porque te amaba tanto,  
Que en el orgullo de mi amor creía  
Darte en él un escudo!

¡Perdón porque luché contra la suerte,  
Y desprenderme de tus brazos pudo!  
¡Perdón porque á tu muerte  
Le arrebaté mis últimas caricias  
Y te dejé morir sin que rompiendo  
Mi alma los densos nublos de la ausencia,  
Fuera á unirse en un beso con la tuya  
Y á escuchar tu postrera confidencia!

Sobre la blanca cuna en que de niño  
Me adurmieron los cantos de la noche,  
El cielo azul flotaba,  
Y siempre que mis párpados se abrían,  
Siempre hallé en ese cielo dos estrellas  
Que al verme desde allí se sonreían;  
Mañana que mis ojos  
Se alcen de nuevo hacia el espacio umbrío  
Que se mece fugaz sobre mi cuna,  
Tú sabes, padre mío,  
Que sobre aquella cuna hay un vacío,  
Que de esas dos estrellas me falta una.

Caíste... de los libros de la noche  
Yo no tengo la ciencia ni la clave;

En la tumba en que duermes.  
 Yo no sé si el amor tiene cabida...  
 Yo no sé si el sepulcro  
 Puede amar á la vida;  
 Pero en la densa oscuridad que envuelve  
 Mi corazón para sufrir cobarde,  
 Yo sé que existe el germen de una hoguera  
 Que á tu memoria se estremece y arde...  
 Yo sé que es el más dulce de los nombres  
 El nombre que te doy cuando te llamo,  
 Y que en la religión de mis recuerdos  
 Tú eres el dios que amo.

Caiste... de tu abismo impenetrable  
 La helada niebla arroja  
 Su negra proyección sobre mi frente,  
 Crepúsculo que avanza  
 Derramando en el aire trasparente  
 Las sombras de una noche sin oriente  
 Y el capuz de un dolor sin esperanza.

Padre... duérmete... mi alma estremecida  
 Te manda su cantar y sus adioses;  
 Vuela hacia tí, y flotando

Sobre la piedra fúnebre que sella  
 Tu huesa solitaria,  
 Mi amor la enciende, y sobre tí, sobre ella,  
 En la noche sin fin de tu sepulcro  
 Mi alma será una estrella.

1277

## A LAURA

Y o te lo digo, Laura... quien encierra  
 Valor para romper el yugo necio  
 De las preocupaciones de la tierra.

\*  
 \*\*

Quien sabe responder con el desprecio  
 Á los que, amigos del anacronismo,  
 Defienden el pasado á cualquier precio.

\*  
 \*\*

Quien sacudiendo todo despotismo  
 Á ninguno somete su conciencia  
 Y se basta al pensar consigo mismo.

\*  
 \*\*

Quien no busca más luz en la existencia  
 Que la luz que desprende de su foco  
 El sol de la verdad y la experiencia.

\*  
 \*\*

Quien ha sabido en este mundo loco  
 Encontrar el disfraz más conveniente  
 Para encubrir de nuestro sér lo poco.

\*  
 \*\*

Quien al amor de su entusiasmo siente  
 Que algo como una luz desconocida  
 Baja á imprimir un ósculo en su frente.

\*  
 \*\*

Quien tiene un corazón en donde anida  
 El genio á cuya voz se cubre en flores  
 La paramal tristeza de la vida;

\*  
\*\*

Y un sér al que combaten los dolores  
Y esa noble ambición que pertenece  
Al mundo de las almas superiores;

\*  
\*\*

Culpable es, y su lira no merece  
Si debiendo cantar, rompe su lira  
Y silencioso y mudo permanece.

\*  
\*\*

Porque es una tristísima mentira  
Ver callado al zentzontle y apagado  
El tibio sol que en nuestro cielo gira;

\*  
\*\*

Ó ver el broche de la flor cerrado  
Cuando la blanca luz de la mañana  
Derrama sus caricias en el prado.

\*  
\*\*

Que indigno es de la gloria soberana,  
Quien siendo libre para alzar el vuelo,  
Al ensayar el vuelo se amilana.

\*  
\*\*

Y tú, que alientas ese noble anhelo,  
Mal harás si hasta el cielo no te elevas  
Para arrancar una corona al cielo...

\*  
\*\*

Álzate, pues, si en tu interior aun llevas  
El germen de ese afán que pensar te hace  
En nuevos goces y delicias nuevas.

\*  
\*\*

Sueña ya que soñar te satisface  
Y que es para tu pecho una alegría  
Cada ilusión que en tu cerebro nace

\*  
\*\*

Forja un mundo en tu ardiente fantasía  
Ya que encuentras placer y te recreas  
En vivir delirando noche y día.

\*  
\*\*

Alcanza hasta la cima que deseas,  
Mas cuando bajes de esa cima al mundo  
Refiérenos al menos lo que veas.

\*  
\*\*

Pues será un egoísmo sin segundo,  
Que quien sabe sentir cómo tú sientes  
Se envuelva en un silencio tan profundo

\*  
\*\*

Haz inclinar ante tu voz las frentes,  
Y que resuene á tu canción unido  
El general aplauso de las gentes.

\*  
\*\*

Que tu nombre do quiera repetido,  
Resplandeciente en sus laureles sea  
Quien salve tu memoria del olvido;

\*  
\*\*

Y que la tierra en tus pupilas lea  
La leyenda de una alma consagrada  
Al sacerdocio augusto de la idea.

\*  
\*\*

Sí, Laura...: que tus labios de inspirada  
Nos repitan la queja misteriosa  
Que te dice la alondra enamorada;

\*  
\*\*

Que tu lira tranquila y armoniosa  
Nos haga conocer lo que murmura  
Cuando entreabre sus pétalos la rosa:

\*  
\*\*

Que oigamos en tu acento la tristura  
De la paloma que se oculta y canta  
Desde el fondo sin luz de la espesura;

\*  
\*\*

Ó bien el grito que en su ardor levanta  
El soldado del pueblo, que á la muerte  
Envuelto en su bandera se adelanta.

\*  
\*\*

Sí, Laura... que tu espíritu despierte  
Para cumplir con su misión sublime,  
Y que hallemos en tí á la mujer fuerte  
Que del oscurantismo se redime

1872

¡SALVE!

EN UNOS PREMIOS

Hoy que radiante de vida,  
De ensueños y de placer,  
Vienes, juventud querida,  
Á palpar estremecida  
Tus ilusiones de ayer.

Hoy que la gloria sonriente  
Que con sus gracias te atrajo,  
Te acaricia dulcemente,  
Ciñendo sobre tu frente  
Las coronas del trabajo.

Hoy que á la luz que destella  
La estrella de la victoria:

Sobre tu empezada huella,  
Ves surgir al cabo de ella  
Todo un porvenir de gloria;

Gózate mientras agite  
Tu noble alma la emoción,  
Y entre tus goces, permite  
Que á tus plantas deposite  
Mi lira y mi corazón.

Y mañana que á seguir  
Tus pasos vuelvas triunfante,  
Recuerda hasta sucumbir  
Que el lema del porvenir  
Es marchar siempre adelante.

Y graba en tu pensamiento  
Si tu valor se rebaja  
Porque se agote tu aliento,  
Que en el taller del talento  
Quien triunfa es el que trabaja.

## GRACIAS

---

A tí, niña, la voz del sentimiento,  
La palabra dulcísima y serena...  
Que me has hecho, al arrullo de tu acento,  
Olvidar este eterno sufrimiento  
Al que Dios ó la suerte me condena.  
¡A tí... la blanca estrella á la que debo  
La luz de un rayo de ilusión y calma,  
Yo que hace tanto tiempo que no llevo  
Más que luto y tinieblas en el alma!  
A tí... la que te llamas mensajera  
De un porvenir de ensueños y de gloria  
Que mi espíritu muerto ya no espera...  
La dulce golondrina, la que me hablas  
De una mañana y de una primavera,  
En medio de estas brumas invernales,  
Y en medio de estos ásperos breñales  
Que ya no brotan ni una flor siquiera.

¡ Gracias...! si tú no, sabes ni adivinas  
 La suprema ventura que se siente  
 Cuando de la corona de la frente  
 Viene alguien á quitarnos las espinas;  
 Si ignorás lo que vale  
 Una frase de amor y de consuelo  
 Para aquel que suspira sin un cielo  
 Que guarde el ¡ ay! que de su pecho sale;  
 Yo no, que acostumbrado  
 Á llorar mis dolores siempre solo  
 Y en el fondo de mi alma retirado,  
 Yo, niña, he comprendido que no hay queja  
 Como la queja que respuesta no halla,  
 Que no hay pesar como el pesar oculto,  
 Que no hay dolor como el dolor que calla,  
 Y que triste el llorar, agobia menos  
 La calcinante lágrima que rueda,  
 Cuando una mano cariñosa enjuga  
 La que temblando en las pestañas queda.  
 ¡ Sí, niña! desde ahora  
 Ya al sufrimiento no seré cobarde  
 Ni me hará estremecer aterradora  
 La llegada tristísima de esa hora  
 Que empieza en las tinieblas de la tarde;  
 Te tengo á tí... la que á mi lado vienes  
 Cuando el consuelo de tu voz reclamo...

La que me das tus brazos y tu abrigo,  
 La que sufres conmigo si yo sufro,  
 La que al verme llorar lloras conmigo...  
 ¡ Gracias! y si algún día,  
 Cuando tu pecho al desengaño abras,  
 Llegas á padecer esta agonía  
 Y esta negra y letal melancolía  
 Que tanto han endulzado tus palabras;  
 Si alguna vez te miras en el mundo  
 Sola y abandonada á tu congoja,  
 Sin encontrar en tu dolor profundo  
 Quien tus calladas lágrimas recoja;  
 Llámame entonces, y á tu blando lecho,  
 Mientras que tú dormitas y descansas  
 Yo iré á velar tranquilo y satisfecho  
 Y á encender en el fondo de tu pecho  
 La estrella de las dulces esperanzas;  
 Llámame... y cuando en vano  
 Tiendas la vista en tu redor sombrío,  
 Yo iré á llevarte en el consuelo mío  
 Los besos y el cariño de un hermano.

## POR ESO

---

**P**ORQUE eres buena, inocente  
 Como un sueño de doncella,  
 Porque eres cándida y bella  
 Como un nectario naciente,

Porque en tus ojos asoma  
 Con un dulcísimo encanto,  
 Todo lo hermoso y lo santo  
 Del alma de una paloma,

Porque eres toda una esencia  
 De castidad y consuelo,  
 Porque tu alma es todo un cielo  
 De ternura y de inocencia,

Porque al sol de tus virtudes  
 Se mira en tí realizado

El ideal vago y soñado  
 De todas las juventudes;

Por esc, niña hechicera,  
 Te adoro en mi loco exceso;  
 Por eso te amo y por eso  
 Te he dado mi vida entera;

Por eso á tu luz se inspira  
 La fe de mi amor sublime;  
 ¡Por eso solloza y gime  
 Como un corazón mi lira!

Por eso cuando te evoca  
 Mi afán en tus embelesos,  
 Siento que un mundo de besos  
 Palpita sobre mi boca;

Y por eso entre la calma  
 De mi existencia sombría,  
 Mi amor no anhela más día  
 Que el que una mi alma con tu alma.

## MISTERIO

Si tu alma pura es un broche  
 Que para abrirse á la vida  
 Quiere la calma adormida,  
 De las sombras de la noche.

Si buscas como un abrigo  
 Lo más tranquilo y espeso,  
 Para que tu alma y tu beso  
 Se encuentren sólo conmigo.

Y si temiendo en tus huellas  
 Testigos de tus amores,  
 No quieres ver más que flores,  
 Más que montañas y estrellas;

Yo sé muchas grutas, y una  
 Donde podrás en tu anhelo,

Ver un pedazo de cielo  
 Cuando aparezca la luna,

Donde á tu tímido oído  
 No llegarán otros sonos  
 Que las tranquilas canciones  
 De algún ruiñeñor perdido.

Donde á tu mágico acento  
 Y estremecido y de hinojos,  
 Veré abrirse ante mis ojos  
 Los mundos del sentimiento.

Y donde tu alma y la mía,  
 Como una sola estrechadas,  
 Se adormirán embriagadas  
 De amor y melancolía.

Ven á esa gruta, y en ella  
 Yo te diré mis desvelos,  
 Hasta que se hunda en los cielos  
 La luz de la última estrella,

Y antes que el ave temprana  
 Su alegre vuelo levante

Y entre los álamos cante  
La vuelta de la mañana,

Yo te volveré al abrigo  
De tu estancia encantadora,  
Donde al recuerdo de esa hora  
Vendrás á soñar conmigo...

Mientras que yo en el exceso  
De la pasión que me inspiras  
Iré á soñar que me miras,  
É iré á soñar que te beso.

## ESPERANZA

**M**i alma, la pobre mártir  
De mis ensueños dulces y queridos,  
La viajera del cielo, que caminas  
Con la luz de un delirio ante los ojos,  
No encontrando á tu paso mas que abrojos  
Ni sintiendo en tu frente mas que espinas;  
Sacude y deja el luto  
Con que la sombra del dolor te envuelve,  
Y olvidando el gemir de tus cantares  
Deja la tumba y a la vida vuelve.

Depón y arroja el duelo  
De tu tristeza funeral y yerta,  
Y ante la luz que asoma por el cielo  
En su rayo de amor y de consuelo  
Saluda al porvenir que te despierta.

Trasforma en sol la luna  
 De tus noches eternas y sombrías;  
 Renueva las sonrisas que en la cuna  
 Para hablar con los ángeles tenías;  
 Y abrigando otra vez bajo tu cielo,  
 De tus horas de niña la confianza,  
 Diles tu último adiós á los dolores,  
 Y engalana de nuevo con tus flores  
 Las ruinas del altar de tu esperanza.

Ya es hora de que altivas  
 Tus alas surquen el azul como antes;  
 Ya es hora de que vivas,  
 Ya es hora de que cantes;  
 Ya es hora de que enciendas en el ara  
 La blanca luz de las antorchas muertas,  
 Y de que abra; tu templo á la que viene  
 En nombre del amor ante sus puertas.

Bajo el espeso y pálido nublado  
 Que enluta de tu frente la agonía,  
 Aun te es dado que sueñes, y aun te es dado  
 Vivir para tus sueños todavía...  
 Te lo dice su voz, la de aquel ángel

Cuya memoria celestial y blanca  
 Es el solo entre todos tus recuerdos  
 Que ni quejas ni lágrimas te arranca...  
 Su voz dulce y bendita  
 Que cuando tu dolor aun era niño,  
 Bajaba entre tus cánticos de muerte,  
 Mensajera de amor á prometerte  
 La redención augusta del cariño...

Y yo la he visto, ¡mi alma! desgarrando  
 Del manto de la bruma el negro broche  
 Y encendiendo á la luz de su mirada,  
 Esas dulces estrellas de la noche  
 Que anuncian la alborada...  
 Yo he sentido el perfume voluptuoso  
 Del crespón virginal que la envolvía,  
 Y he sentido sus besos, y he sentido  
 Que al acercarse á mí se estremecía...

¡Sí, mi pobre cadáver, desenvuelve  
 Los pliegues del sudario que te cubre  
 Levántate, y no caves  
 Tu propia tumba en un dolor eterno!...  
 La vuelta de las aves

Te anuncia ya que terminó el invierno;  
 Saluda al sol querido  
 Que en el Levante de tu amor asoma,  
 Y ya que tu paloma vuelve al nido,  
 Reconstrúyete el nido á tu paloma.

1872

## RESIGNACIÓN

A.....

SIN lágrimas, sin quejas,  
 Sin decirlas adiós, sin un sollozo!  
 Cumplamos hasta lo último... la suerte  
 Nos trajo aquí con el objeto mismo,  
 Los dos venimos á enterrar el alma  
 Bajo la losa del escepticismo.

Sin lágrimas... las lágrimas no pueden  
 Devolver á un cadáver la existencia;  
 Que caigan nuestras flores y que rueden,  
 Pero al rodar, siquiera que nos queden  
 Seca la vista y firme la conciencia.

¡Ya lo ves! para tu alma y para mi alma  
 Los espacios y el mundo están desiertos...

Los dos hemos concluído,  
Y de tristeza y aflicción cubiertos,  
Ya no somos al fin sino dos muertos  
Que buscan la mortaja del olvido.

Niños y soñadores cuando apenas  
De dejar acabábamos la cuna,  
Y nuestras vidas al dolor ajenas  
Se deslizaban dulces y serenas  
Como el ala de un cisne en la laguna;  
Cuando la aurora del primer cariño  
Aun no asomaba á recoger el velo  
Que la ignorancia virginal del niño  
Extiende entre sus párpados y el cielo,  
Tu alma como la mía,  
En su reloj adelantando la hora  
Y en sus tinieblas encendiendo el día,  
Vieron un panorama que se abría  
Bajo el beso y la luz de aquella aurora;  
Y sintiendo al mirar ese paisaje  
Las alas de un esfuerzo soberano,  
Temprano las abrimos, y temprano  
Nos trajeron al término del viaje.

Le dimos á la tierra  
Los tintes del amor y de la rosa;

Á nuestro huerto nidos y cantares  
Á nuestro cielo pájaros y estrellas;  
Agotamos las flores del camino  
Para formar con ellas  
Una corona al ángel del destino...  
Y hoy en medio del triste desacuerdo  
De tanta flor agonizante ó muerta,  
Ya sólo se alza pálida y desierta  
La flor envenenada del recuerdo.

Del libro de la vida  
La que escribimos hoy es la última hoja...  
Cerrémoslo en seguida,  
Y en el sepulcro de la fe perdida  
Enterremos también nuestra congoja.

Y ya que el cielo nos concede que este  
De nuestros males el postrero sea  
Para que el alma á descansar se apreste,  
Aunque la última lágrima nos cueste  
Cumplamos hasta el fin con la tarea.  
Y después cuando al ángel del olvido  
Hayamos entregado estas cenizas  
Que guardan el recuerdo adolorido  
De tantas ilusiones hechas trizas  
Y de tanto placer desvanecido,

Dejemos los espacios y volvamos  
 Á la tranquila vida de la tierra,  
 Ya que la noche del dolor temprana  
 Se avanza hasta nosotros y nos cierra  
 Los dulces horizontes del mañana.

Dejemos los espacios, ó si quieres  
 Que hagamos, ensayando nuestro aliento,  
 Un nuevo viaje á esa región bendita  
 Cuyo sólo recuerdo resucita  
 Al cadáver del alma al sentimiento.  
 Lancémonos entonces á ese mundo  
 En donde todo es sombras y vacío,  
 Hagamos una luna del recuerdo  
 Si el sol de nuestro amor está ya frío;  
 Volemos si tú quieres,  
 Al fondo de esas mágicas regiones,  
 Y fingiendo esperanzas é ilusiones,  
 Rompamos el sepulcro, y levantando  
 Nuestro atrevido y poderoso vuelo,  
 Formaremos un cielo entre las sombras  
 Y seremos los duendes de ese cielo.

1872

## EPITALAMIO

A MI QUERIDO AMIGO J. M. BANDERA

PUES que en tu cielo aun brilla  
 la luz de la esperanza,  
 Pues que en tu mundo aun vierte  
 la fe su resplandor,  
 Poeta, duerme y sueña  
 mientras que tu alma avanza  
 Por esa blanca huella  
 que te abre en lontananza  
 La encarnación bendita  
 del ángel de tu amor.

Embriáguete la copa  
 de sueños y ventura  
 Que acerca hasta tus labios  
 su mano virginal,

La misma que en tus horas  
 inmensas de amargura  
 Rasgaba de tu noche  
 la negra vestidura  
 Para encender en ella  
 la luz de lo inmortal.

Que lance tu arpa al aire  
 su acento enamorado;  
 Que tiemble entre sus cuerdas  
 tu ardiente corazón,  
 Tu afán está cumplido,  
 tu ensueño realizado :  
 Ya tiene una ave el nido  
 que estaba abandonado,  
 Ya vuelve al culto el templo  
 cerrado á la ilusión.

Del viaje que á los cielos  
 tu noble fe emprendiera  
 Buscando lo que el mundo  
 jamás te pudo dar,  
 Ceñida de ilusiones  
 ha vuelto la viajera,  
 Trayéndote en sus brazos  
 la dulce compañera

Que tanto reclamaban  
 los ecos de tu hogar.

Piadosa de tu luto,  
 piadosa de tu duelo,  
 Tendió al oír tus quejas  
 sus alas hacia aquí...  
 ¡Poeta! dale gracias  
 y fórmale en tu anhelo,  
 Un mundo donde acabe  
 por olvidar el cielo,  
 El cielo venturoso  
 que abandonó por tí.

Despiértate á la aurora  
 dichosa de este día  
 En que por fin acaban  
 tus noches de dolor;  
 Y en brazos de la virgen  
 que tu ilusión te envía,  
 Elévate á ese espacio  
 donde alza su armonía  
 La voz del infinito,  
 del alma y del amor.

## DOS VÍCTIMAS

**S**E acuerda usted de Juan? de aquel muchacho  
 De quien le dije á usted  
 Que eran aquellos cuadros tan bonitos  
 Y el paisajito aquél?  
 ¿Sí? pues señor, ayer por la mañana  
 Como á eso de las diez,  
 Se suicidó por celos de su novia;  
 ¿Lo pasará usted á creer?  
 Yo no pude ir á verle porque he estado  
 Muy malo desde antes;  
 Pero Antonio, el que en casa de Jacinta  
 Nos habló aquella vez,  
 Cuando por poco mata á usted á palos  
 El papá de Isabel,  
 Dice que estaba el pobre hecho pedazos  
 Desde el cuello á los pies,

Con la lengua de tuera y con los ojos  
 Volteados al revés;  
 Que el pavimento estaba ensangrentado,  
 Manchada la pared,  
 Y que además del pecho en que tenía  
 Dos heridas ó tres  
 Se rasgó la garganta y, según dicen,  
 La barriga también.  
 Juzgando por el dicho de los guardas  
 Y el dueño del hotel,  
 El arma con que Juan se dió la muerte  
 Fué un tranchete leonés.  
 El caso es que en la bolsa del chaleco  
 Le hallaron un papel  
 Que sobre poco más ó menos, dice  
 Lo que va usted á ver :  
 — Para que á nadie acuse de mi muerte  
 Don Tiburcio Montiel,  
 Sépase que me mato, porque quiero  
 Dejar de padecer...  
 Porque ya estoy cansado de esta vida  
 Que tan odiosa me es,  
 Y porque ya he bebido hasta las heces  
 El cáliz de la hiel.  
 Mi novia Sinforiana se ha casado  
 Y esto no puede ser...

Un desgraciado menos... Pasajero  
 Ruégale á Dios por él...! —  
 Así dice la carta que yo mismo  
 Vi en "El Siglo" de ayer.  
 ¿Quién se hubiera pensado hace tres días,  
 Figúrese usted, quién,  
 Que aquel huero tan gordo y colorado,  
 Que el barbencito aquel,  
 Tan callado y tan serio, moriría  
 Pocas horas después...?  
 ¿Verdad que nadie? pues el hecho es ese,  
 Así como también  
 Que la tal Sinforiana ha derramado  
 Mil lágrimas por él,  
 Pues dice que su esposo el comandante  
 Solamente en un mes,  
 Le ha dado tres palizas soberanas  
 Sin contar la de ayer;  
 Que llega por la noche en un estado  
 Incapaz de embriaguez;  
 Que sin llevarle el diario le está siempre  
 Pidiendo que comer,  
 Y en fin, que una y mil veces le ha pesado  
 Haberse ido con él.  
 La pobrecita está tan apurada  
 Que ya no halla que hacer,

Y según yo la he visto, apostaría  
 Doscientos contra cien,  
 Á que si dura, durará á lo mucho  
 Hasta fines del mes...!  
 Conclusión — Sinforiana se ha matado.  
 ¿No se lo dije á usted?

## ENTONCES Y HOY

**E**SE era el cuadro que, al romper la noche,  
 Sus velos de crespón,  
 Alumbró, atravesando las ventanas,  
 La tibia luz del sol:  
 Un techo que acababa de entreabrirse  
 Para que entrara Dios,  
 Una lámpara pálida y humeante  
 Brillando en un rincón.  
 Y entre las almas de los dos esposos,  
 Como un lazo de amor,  
 Una cuna de mimbres con un niño  
 Recién nacido... ¡yo!  
 Posadas sobre la áspera cornisa  
 Todas de dos en dos;  
 Las golondrinas junto al pardo nido  
 Lanzaban su canción.

En tanto que á la puerta de sus jaulas  
 Temblando de dolor,  
 Mezclaban la torcaza y los zentzontlis  
 Sus trinos y su voz.  
 La madre selva alzando entre las rejas  
 Su tallo trepador,  
 Enlazaba sus ramas y sus hojas  
 En grata confusión,  
 Formando un cortinaje en el que había  
 Por cada hoja una flor,  
 En cada flor una gotita de agua,  
 Y en cada gota un sol,  
 Reflejo del dulcísimo de entonces  
 Y del doliente de hoy.  
 Mi madre, la que vive todavía  
 Puesto que vivo yo,  
 Me arrullaba en sus brazos suspirando  
 De dicha y de emoción,  
 Mientras mi padre en el sencillo exceso  
 De su infinito amor,  
 Me daba las caricias que más tarde  
 La ausencia me robó,  
 Y que á la tumba en donde duerme ahora  
 Á pagarle aun no voy...  
 Forma querida del amante ensueño  
 Que embriagaba á los dos,

Yo era en aquel hogar y en aquel día  
 De encanto y bendición,  
 Para mi cuna blanca, un inocente,  
 Para el mundo un dolor,  
 Y para aquellos corazones buenos  
 ¡ Un tercer corazón!...  
 De aquellas horas bendecidas, hace  
 Veintitres años hoy...  
 Y de aquella mañana á esta mañana,  
 De aquel sol á este sol,  
 Mi hogar se ha retirado de mis ojos,  
 Se ha hundido mi ilusión,  
 Y la que tiene al cielo entre sus brazos,  
 La madre de mi amor,  
 Ni viene á despertarme en las mañanas  
 Ni está donde yo estoy;  
 Y en vano trato de que mi arpa rota  
 Module una canción,  
 Y en vano de que el llanto y sus sollozos  
 Dejen de ahogar mi voz...  
 Que solo y frente á todos los recuerdos  
 De aquel tiempo que huyó,  
 Mi alma es un santuario en cuyas ruinas  
 Sin lámpara y sin Dios,  
 Evoco á la esperanza, y la esperanza  
 Penetra en su interior,

Como en el fondo de un sepulcro antiguo  
 Las miradas del sol...

\*  
 \*  
 \*

Bajo el cielo que extiende la existencia  
 De la cuna al panteón,  
 En cada corazón palpita un mundo,  
 Y en cada amor un sol...  
 Bajo el cielo nublado de mi vida  
 Donde esa luz murió,  
 ¿Qué hará este mundo de los sueños míos?  
 ¿Qué hará mi corazón?

## AL POETA MÁRTIR

JUAN DÍAZ COVARRUBIAS

## I

Hoy que de cada laúd  
 Se eleva un canto á tu muerte,  
 Con la que supiste hacerte  
 Un altar del ataúd;  
 Unido á esa juventud  
 Que tu historia viene á hojear,  
 Mientras ella alza el cantar  
 Que en su pecho haces nacer,  
 Yo también quiero poner  
 Mi ofrenda sobre tu altar.

## II

En la tumba donde flota  
 Tu sombra augusta y querida

Descansa muda y dormida  
 La lira de tu alma, rota.  
 De sus cuerdas ya no brota  
 Ni la patria ni el amor;  
 Pero en medio del dolor  
 Que sobre tu losa gime  
 Ese silencio sublime,  
 Ese es tu canto mejor.

## III

Ese es el que se levanta  
 De la arpa del patriotismo;  
 Ese silencio es lo mismo  
 Que la libertad que canta;  
 Pues en esa lucha santa  
 En que te hirió el retroceso,  
 Al sucumbir bajo el peso  
 De la que nada respeta,  
 Sobre el cadáver del poeta  
 Se alzó cantando el progreso.

## IV

Un monstruo cuya memoria  
 Casi en lo espantoso raya,

El que subió en Tacubaya  
 Al cadaſo de la historia,  
 Sacrificando tu gloria  
 Creyó su triunfo más cierto,  
 Sin ver en su desacierto  
 Y en su crueldad olvidando,  
 Que un labio abierto y cantando  
 Habla menos que el de un muerto.

## V

De tu existencia temprana  
 Tronchó la flor en capullo,  
 Matando en ella al orgullo  
 De la lira americana.  
 Tu inspiración soberana  
 Rodó ante su infamia vil;  
 Pero tu pluma gentil  
 Antes de romper su vuelo,  
 Tomó por página el cielo  
 Y escribió *el once de Abril*.

## VI

La patria á quien en tributo  
 Tu santa vida ofreciste,

La patria llora y se viste  
 Por tu memoria, de luto...  
 Y arrancando el mejor fruto  
 De su glorioso vergel,  
 Te erige un altar y en él  
 Corona tu aliento noble  
 Con la recompensa doble  
 De la palma y el laurel.

## VII

Si tu afán era subir  
 Y alzarte hasta el infinito,  
 Ansiando dejar escrito  
 Tu nombre en el porvenir;  
 Bien puedes en paz dormir  
 Bajo tu sepulcro, inerte:  
 Mientras que la patria al verte  
 Contempla enorgullecida,  
 Que si fué hermosa tu vida,  
 Fué más hermosa tu muerte.

## SONETO

A MI QUERIDO AMIGO Y MAESTRO MANUEL DOMÍNGUEZ

SABIENDO como sé, que en esta vida  
 Todo es llanto, tristeza y amargura,  
 Y que no hay ni siquiera una criatura  
 Que no lamente una ilusión perdida.

Sabiendo que la dicha apetecida  
 Es la sombra y no más de una impostura,  
 Y que la sólo aspiración segura  
 Es la que al sueño eterno nos convida :

Mi voz no puede levantar su acento  
 Para desearte á más de los que tienes,  
 Otros años de lucha y sufrimiento;  
 Pero mi voz te da sus parabienes  
 Porque sé que hasta el último momento  
 Brillará la honradez sobre tus sienas.

1872

## HIMNO

A LA SOCIEDAD FILOIATRICA

## CORO

Hoy es nuestro cumpleaños,  
 hoy es la luz del día.  
 La misma de aquel día  
 que nos sintió vivir,  
 Cuando era nuestra gloria  
 la niña que nacía,  
 Cuando era el sol la ciencia,  
 y el cielo el porvenir.

I

Viajeros de la gloria,  
 que en fe de vuestra creencia

Buscáis donde á la ciencia  
 . . . . . rendir adoración,  
 Ni os hace falta un templo  
 . . . . . teniendo la conciencia,  
 Ni os hace falta una arpa  
 . . . . . teniendo el corazón.

## II

Que libres y tranquilos  
 . . . . . se mezclan en el viento  
 La tímida violeta  
 . . . . . y el pálido azahar;  
 Teniendo en vuestras almas  
 . . . . . las flores del talento  
 Ningunas son más propias  
 . . . . . ni dignas de su altar.

## III

Para esa nueva Vesta  
 . . . . . que exige del que la ama  
 Velar constantemente  
 . . . . . de su ara junto al pie,  
 ¡Ni antorchas ni perfumes...!  
 . . . . . soplad sobre la llama,

Y que jamás se extinga  
 . . . . . la luz de vuestra fe.

## IV

Así es como á la ciencia  
 . . . . . se deben los cantares;  
 Así es como á la ciencia  
 . . . . . se debe la ovación;  
 Cambiando para el culto  
 . . . . . del mundo en sus altares,  
 Al hombre en sacerdote,  
 . . . . . Y al libro en oración.

## ANTE UN CADÁVER

---

Y bien! aquí estás ya... sobre la plancha  
 Donde el gran horizonte de la ciencia  
 La extensión de sus límites ensancha.

Aquí donde la rígida experiencia  
 Viene á dictar las leyes superiores  
 Á que está sometida la existencia.

Aquí donde derrama sus fulgores  
 Ese astro á cuya luz desaparece  
 La distinción de esclavos y señores.

Aquí donde la fábula enmudece  
 Y la voz de los hechos se levanta  
 Y la superstición se desvanece.

Aquí donde la ciencia se adelanta  
 Á leer la solución de ese problema  
 Cuyo sólo enunciado nos espanta.

Ella que tiene la razón por lema  
 Y que en tus labios escuchar ansía  
 La augusta voz de la verdad suprema.

Aquí estás ya... tras de la lucha impía  
 En que romper al cabo conseguiste  
 La cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe,  
 Tu máquina vital descansa inerte  
 Y á cumplir con su objeto se resiste.

¡Miseria y nada más! dirán al verte  
 Los que creen que el imperio de la vida  
 Acaba donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida  
 Se acercarán á tí, y en su mirada  
 Te mandarán la eterna despedida.

Pero, ¡no!... tu misión no está acabada,  
Que ni es la nada el punto en que nacemos  
Ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos  
Cuando al querer medirla le asignamos  
La cuna y el sepulcro por extremos.

La madre es sólo el molde en que tomamos  
Nuestra forma, la forma pasajera  
Con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera  
Que nuestro ser reviste, ni tampoco  
Será su última forma cuando muera.

Tú sin aliento ya, dentro de poco  
Volverás á la tierra y á su seno  
Que es de la vida universal el foco.

Y allí, á la vida en apariencia ajeno,  
El poder de la lluvia y del verano  
Fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano.  
Irás del vegetal á ser testigo  
En el laboratorio soberano.

Tal vez para volver cambiado en trigo  
Al triste hogar donde la triste esposa  
Sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa  
Verán alzarse de su fondo abierto  
La larva convertida en mariposa,

Que en los ensayos de su vuelo incierto,  
Irá al lecho infeliz de tus amores  
A llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores  
Tu cráneo lleno de una nueva vida,  
En vez de pensamientos dará flores,

En cuyo cáliz brillará escondida  
La lágrima, tal vez, con que tu amada  
Acompañó el adiós de tu partida.

La tumba es el final de la jornada,  
Porque en la tumba es donde queda muerta  
La llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansión á cuya puerta  
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento  
Que de nuevo á la vida nos despierta.

Allí acaba la fuerza y el talento,  
Allí acaban los goces y los males,  
Allí acaban la fe y el sentimiento.

Allí acaban los lazos terrenales,  
Y mezclados el sabio y el idiota  
Se hunden en la región de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota  
Y perece la máquina, allí mismo  
El sér que muere es otro sér que brota.

El poderoso y fecundante abismo,  
Del antiguo organismo se apodera  
Y forma y hace de él otro organismo.

Abandona á la historia justiciera  
Un nombre sin cuidarse, indiferente,  
De que ese nombre se eternice ó muera.

El recoge la masa únicamente,  
Y cambiando las formas y el objeto  
Se encarga de que viva eternamente,

La tumba sólo guarda un esqueleto,  
Mas la vida en su bóveda mortuoria  
Prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria  
Á la que tanto nuestro afán se adhiere,  
La materia, inmortal como la gloria,  
Cambia de formas; pero nunca muere.

## LA FELICIDAD

---

**U**N cielo azul, dos estrellas  
 Brillando en la inmensidad;  
 Un pájaro enamorado  
 Cantando en el florestal;  
 Por ambiente los aromas  
 Del jazmín y el azahar;  
 Junto á nosotros el agua  
 Brotando del manantial :  
 Nuestros corazones cerca,  
 Nuestros labios mucho más,  
 Tú levantándote al cielo  
 Y yo siguiéndote allá,  
 Ese es el amor, mi vida,  
 ¡Esa es la felicidad...!

Cruzar con las mismas alas  
 Los mundos de lo ideal;

Apurar todos los goces,  
 Y todo el bien apurar;  
 De los sueños y la dicha  
 Volver á la realidad,  
 Despertando entre las flores  
 De un césped primaveral;  
 Los dos mirándonos mucho,  
 Los dos besándonos más,  
 Ese es el amor, mi vida,  
 ¡Esa es la felicidad...!

## ODA

ANTE EL CADÁVER DEL DR. JOSÉ B. DE VILLAGRÁN

SI la vida es un cielo, y si la muerte  
Es la noche más negra de ese cielo,  
Cuando el hombre al morir deja encendida  
La luz inmaculada de sus huellas;  
Cuando igual á la tarde,  
Sucumbe coronándose de estrellas  
Y haciendo en su caída  
De un astro nuevo aparecer la cuna,  
Entonces esa sombra maldecida  
Que se alza del abismo de la nada,  
Si es la noche en el cielo de la vida,  
En el cielo del triunfo es la alborada.

La tumba se convierte  
En el primer peldaño de esa escala

Que los Jacob del genio sueñan tanto;  
La lira de la muerte  
En lugar de un gemido ensaya un canto;  
Y la cripta mortuoria  
Se cambia ante la losa que la cierra,  
En la última jornada de la tierra  
Y en la primera jornada de la gloria.

Allí es donde comienza ese paisaje  
Con que á su fe y á su destino fieles,  
Deliran en su afán los soñadores;  
Donde está la partida de ese viaje  
Que tiene por bellissimo miraje  
Todo un mundo de palmas y de flores...  
Allí es donde el Colón inteligencia,  
Divisando en la playa de su anhelo  
La santa realidad de su creencia,  
Se alza en todo el vigor de su conciencia  
Gritando al verla y al tocarla... ¡cielo!

La muerte no es la nada  
Sino para la chispa transitoria  
Cuya luz ignorada  
Pasa, sin alcanzar una mirada  
De la pupila augusta de la historia;

Pero la flor que muero y que se inclina  
 Falta de aliento y de vigor al suelo,  
 Sigue viviendo aún en el mismo ocaso  
 Que de sus ricas galas la despoja,  
 Cuando al rodar del vaso la última hoja  
 Queda su esencia perfumando el vaso.

Tú sucumbiste así; y aunque el abismo  
 Al mundo robe con tu cuerpo un hombre,  
 Tú para el mundo seguirás el mismo  
 Mientras viva el perfume de tu nombre;  
 Por eso el sentimiento  
 Que en torno á este ataúd nos ha reunido,  
 No es el dolor hipócrita que al viento  
 Lanza la inútil queja de un gemido;  
 No es el pesar que apaga su lamento  
 En el silencio ingrato del olvido,  
 Sino el placer que brota y se levanta  
 Sobre la eterna marca de tus huellas,  
 Y que del himno que escribiste en ellas  
 Hace el himno inmortal con que te canta.

Venimos á ceñir sobre tu frente  
 La corona de luz que tú querías;  
 A recoger para tu fe naciente

La llama que en tu espíritu escondías...  
 Y al mundo triste y de dolor cubierto  
 Que aguarda á que la tumba te devore  
 Venimos á decirle que no lllore,  
 Venimos á decirle que no has muerto...

Que hoy es cuando tú naces  
 A la luz de la gloria y de la vida,  
 Y hoy cuando te despiertas y cuando haces  
 Tu entrada por la tierra prometida,  
 Que en vez de ser testigos  
 De un crepúsculo débil que se apaga,  
 Los que hoy venimos á entregar un hombre  
 Al antro de las sombras eternas,  
 Venimos á encender en su desierto  
 El sol que se alza de ese libro abierto  
 Donde quedan tus hechos inmortales.

## AL RUISEÑOR MEJICANO

---

HUBO una selva y un nido  
 Y en ese nido un jilguero  
 Que alegre y estremecido,  
 Tras de un ensueño querido  
 Cruzó por el mundo entero.

\*  
\*\*

Que de su paso en las huellas  
 Sembró sus notas mejores,  
 Y que recogió con ellas  
 Al ir por el cielo, estrellas,  
 Y al ir por el mundo, flores.

\*  
\*\*

Del nido y de la enramada  
 Ninguno la historia sabe;  
 Porque la tierra admirada  
 Dejó esa historia olvidada  
 Por escribir la del ave.

\*  
\*\*

La historia de la que un día,  
 Y al remontarse en su vuelo,  
 Fué para la patria mía  
 La estrella de más valía  
 De todas las de su cielo.

\*  
\*\*

La de aquella á quien el hombre  
 Robara el nombre galano  
 Que no hay á quien no le asombre,  
 Para cambiarlo en el nombre  
 De Ruisenior mejicano.

\*  
\*\*

Y de la que al ver perdido  
Su nido de flores hecho,  
Halló en su suelo querido  
En vez de las de su nido  
Las flores de nuestro hecho,

\*  
\*\*

Su historia... que el pueblo ardiente  
En su homenaje más justo  
Viene á adorar reverente  
Con el laurel esplendente  
Que hoy ciñe sobre tu busto;

\*  
\*\*

Sobre esa piedra bendita  
Que grande entre las primeras,  
Es la página en que escrita  
Leerán tu gloria infinita  
Las edades venideras;

\*  
\*\*

Y que unida á la memoria  
De tus hechos soberanos,  
Se alzará como una historia  
Hablandoles de tu gloria  
A todos los mejicanos.

\*  
\*\*

Porque al mirar sus destellos  
Resplandecer de este modo,  
Bien puede decirse entre ellos  
Que el nombre tuyo es de aquellos,  
Que nunca mueren del todo.

## LA VIDA DEL CAMPO

Beatus ille qui procul negotiis...  
HORACIO.

Yo no sé si el señor Horacio Flaco  
Fué quien se alzó el primero,  
Echando á noramala la cultura  
Y hablando de la dicha y la ventura  
Que se goza viviendo á lo ranchero;  
Yo no sé si el buen vate poseería  
Quinta ó hacienda ó lo que allá se estile,  
Ni si viviendo en ella se hallaría  
Cuando dió en escribir su *Beatus ille*;  
Pero el hecho y el caso  
Es que desde él á Rosas,  
Sin contar á Fray Luis y á Garcilaso,  
No hay poeta que no hable á cada paso

De la vida del campo y de sus cosas;  
Y tanto de magnífico y de bueno  
Nos dicen de esa vida,  
Y tanto nos repiten *la escondida*  
*Senda y la fruta del cercado ajeno*,  
Que ganas dan de veras  
De comprar unas buenas chaparreras,  
De abandonar el fieltro por el ancho,  
El bastón por la reata,  
Y adiós diciendo á la ciudad ingrata,  
Á caballo ó á pie lanzarse á un rancho.

Y como esos señores  
Saben decirlo y presentarlo todo  
Con ese *memodeodo*  
Exclusivo á los buenos escritores,  
De aquí resulta en consecuencia clara,  
Que ante cuadros tan bellos y felices,  
Más de cuatro lectores  
Se quedan con un palmo de narices  
Y soñando en rediles y pastores.

De estos cuatro entusiastas, el que menos  
Es seguro que exclama:  
“ ¡Oh! la vida del campo! ¡Cuán hermoso  
Debe de ser en la abrasada siesta

Gozar de la frescura y del reposo,  
 Cabe la margen del riachuelo undoso  
 Que corre serpenteando en la floresta! ”  
 Ó bien si se halla cerca la señora  
 Con la que piensa dar en el *busilis*,  
 Y que tiene por fuerza que ser Filis  
 Desde el momento en que entre á labradora,  
 Le dirá : “ Por la tarde, Filis mía,  
 Nos iremos al monte, y desde el monte  
 Verás cuán grato es al morir el día  
 El cuadro que presenta el horizonte.”  
 Y ésto, que ciertamente  
 Es de una grande y poética belleza,  
 Le parece al *señor* tan convincente,  
 Que sin andarse *en chicas*  
 Ni pensarlo primero  
 Se mete de rancho en la confianza  
 De que el dolor no puede ser rancho.

¡Ah! ¡si yo refiriera una por una  
 Las víctimas que debe  
 Este error, que en el siglo diez y nueve  
 Va haciéndose tan raro por fortuna!  
 Sin caminar más lejos,  
 Yo que conmigo aun no me reconcilio  
 Por haberme buscado esa desgracia;

Yo soy el más completo verbi-gracia  
 De un mártir de su amor por el idilio.

Dióme hace tiempo ya por la manía  
 De leer y releer cuanto á mis manos  
 Sobre la vida pastoril caía,  
 Y tanto dí en pensar noche y día  
 Sobre los bienes rústicos y urbanos,  
 Que convencido al fin de que la corte  
 Sólo es del mal y del dolor la senda,  
 Exclamé : ¡ que el demonio te soporte...!  
 Y después de pedir mi pasaporte  
 Me puse en dirección para una hacienda

Aun no asomaba el rubicundo Febo  
 Poniendo al universo como nuevo,  
 Y el saltador y alegre jilguerillo  
 Aun no alzaba su canto entre las breñas,  
 Cuando yo y mi tordillo,  
 Un animal muy bruto por más señas,  
 Atravesando cerros y asustando  
 Aquí á un conejo y más allá á una liebre,  
 Íbamos ya en vereda y caminando  
 Yo en busca de un hogar y él de un pesebre.

Después de una hora larga  
 De correr y correr á la ventura,

Á despecho y pesar de mi andadura  
 Que protestaba ya contra la carga,  
 Más que pesada, dura,  
 Y más que dura y que pesada, amarga,  
 Pues era nada menos mi amargura;  
 Después de una hora impía  
 De correr y de andar inútilmente,  
 Sin poder distinguir ni aun vagamente  
 Las señales de alguna ranchería,  
 Dimos por fin con una  
 Donde cansados ya de correr tanto,  
 Mi animal se alzó y dijo: *qué fortuna!*  
 Y yo me bajé y dije: *aquí me planto!*

Hacerlo, y que tres perros  
 Se me echaran encima, fué todo uno;  
 Pero á la voz de alarma,  
 Salieron de la choza unos pastores,  
 Y cogiendo unas piedras, que son la arma  
 De que se valen siempre esos señores,  
 Á su sola presencia fué acabando  
 Del canino furor hasta el residuo,  
 Y yo pude por fin en eco blando  
 Cantar la instalación de mi individuo.

— ¡Oh habitantes felices

De esta comarca rústica y tranquila...! —  
 Les dije yo tan luego  
 Que vi á los canes en lugar seguro.  
 — Yo vengo aquí tras del feliz sosiego  
 Que en la alma del labriego  
 Derrama este aire embalsamado y puro,  
 Cansado de la vida  
 Que se lleva en la corte aborrecida;  
 Yo vengo con el mal que me destroza  
 Y que gimiendo mi zampoña exhala,  
 Á que me deis un sitio en vuestra choza,  
 Media torta de pan... y una zagala. —

Así fué, sobre poco más ó menos,  
 El pequeño y tristísimo discurso  
 Que improvisé al mirarme entre el concurso  
 De aquellos hombres rústicos y buenos;  
 Y media hora después, una pastora,  
 No Flérída ni Arminda,  
 Pero, eso sí, tan linda  
 Que casi era una chica encantadora,  
 Se presentó á mi vista completando  
 Con un trozo de pan que me traía  
 Las tres cosas aquellas,  
 Y haciéndome gozar con todas ellas,  
 De modo que yo dije: *aquí es la mía!*

Nunca lo hubiera dicho,  
 Ó por mejor decir, no lo hubiera hecho,  
 Pues apenas sintió ella sobre su hombro  
 Un beso que le dí en mi desvarío,  
 Cuando con triste asombro,  
 Cayó de mi ilusión sobre el escombro  
 Un bofetón de Dios y Señor mio...

Después de que comí aquel pan amargo  
 Al que hizo más amargo este detalle,  
 De mi fe y de mis creencias en descargo  
 Pronuncié suspirando un *sin embargo*,  
 Y me puse en camino para el valle...  
 Allí, pensaba yo, mientras seguía  
 El mejor y más cómodo sendero,  
 Allí bajo de un olmo  
 Encontraré un consuelo en mi tristeza,  
 Ya que la pérfida esa  
 Á mi pena y dolor ha puesto colmo.  
 Bajo sus verdes y brillantes hojas  
 Iré á llorar la pena que me mata;  
 Y si la muy ingrata  
 Va á reirse aún allí de mis congojas,  
 Pues que en mi tierno y ardoroso ahinco  
 Ni una sonrisa de su amor merezco,  
 Ó le hago comprender lo que padezco,

Ó le hago comprender *cuántas son cinco!*

Pero, señor, en el bendito valle,  
 Como en la alma de un poeta de veinte años,  
 Todo estaba tan seco y tan marchito  
 Como ella á los primeros desengaños,  
 Los árboles sin ramas y sin hojas,  
 La yerba macilenta y amarilla,  
 Y en medio de este cuadro y á lo lejos,  
 Un arroyo estancado, á cuya orilla  
 Rumiaban con afán dos toros viejos.  
 Ante tal panorama,  
 Yo que soñaba coronar mi frente  
 Con las flores cogidas á una rama  
 De las verdes y muchas de la fuente;  
 Yo que soñaba en recrear mi oído  
 Con la canción dulcísima y sabrosa  
 Del tordo filarmónico escondido  
 Cabe las ramas de la selva umbrosa,  
 Me senté sobre el tronco de un encino  
 Y me puse á llorar con tantas ganas,  
 Que los cielos al verme y al oirme  
 Llorar con un dolor tan verdadero,  
 Empezaron también recio y de firme  
 Á gemir y á llorar un aguacero.

¡Ay! cómo, y cómo entonces  
 Extrañé los *simones* de la plaza,  
 Y cómo fué aquél líquido elemento  
 Que entraba hasta mis huesos poco á poco,  
 El mejor y más sólido argumento  
 Para obligarme á ver que estaba loco.  
 Cuando llegué á la choza, las estrellas  
 Brillaban ya en el éter indeciso,  
 Y en derredor del fuego  
 Que alumbraba muy poco ciertamente,  
 Me hallé con que á la ley de un uso añejo,  
 Pero para ellos bueno y necesario,  
 Bajo la voz de un viejo, un poco viejo,  
 Rezaban todos juntos el rosario.  
 Esto sí no es conmigo,  
 Me dije yo al primer *Santa María*,  
 Viendo que no era aquella la más propia  
 Ocasión de salvarme del infierno;  
 Y encontrando en la fe que mi alma acopia,  
 Que aquella copia era muy mala copia  
 Para darle el valor de un Padre Eterno;  
 Y como el sueño, gente que no reza,  
 Me estaba ya doblando la cabeza  
 Y yo empezaba ya á sentir en mi alma  
 Sus primeras y dulces vaguedades,  
 Me decidí á dormir en santa calma

Para acabar con tantas necedades...

— El sueño por lo menos  
 Me hará gozar de la ilusión que ansío —  
 Pensaba yo temblando  
 Y estremecido todo por el frío!  
 — Y como ellos me han puesto en este brete  
 Que peor no puede ser según barrunto,  
 Evocaré á Fray Luis y á Navarrete  
 Y les diré lo que hay sobre el asunto...! —

Y me dormí... pero una santa gota  
 Que cayendo del techo  
 Con una precisión constante y rara,  
 Bajaba desde el techo hasta la cara  
 Para seguir después por todo el pecho,  
 Me obligó á despertar en el instante  
 En que soñaba yo, lleno de galas,  
 Bailar bajo la luz de un sol brillante  
 Entre un grupo magnífico y radiante  
 De blancas y bellísimas zagalas.

¡Ah! y lo que roncan esas buenas gentes  
 Que á los más fuertes árboles destroncan,  
 Y que hacen tanto ruido con los dientes

Que parece mentira lo que roncan :  
 Nunca me hubiera yo ni sospechado  
 Ver por aquellos mundos,  
 Reunidos y durmiendo lado á lado  
 Tantos *bajos profundos...*  
 Así es que hallando aquello peor que el rezo,  
 Pues era una calumnia contra el arte,  
 Le di gracias á Dios, y después de eso,  
*Me largué con la música á otra parte.*

Metido entre un trigal y decidido  
 Á terminar con él lo que era fácil  
 No estando muy crecido,  
 Me encontré al animal de mi caballo  
 Tan dado y atareado en su faena,  
 Que á no ser por un medio  
 Muy usado y común entre animales,  
 Probablemente no hallo otro remedio  
 De sacarlo de aquellos andurriales.

Y aún no asomaba iluminando al mundo  
 La dulce claridad del rubicundo,  
 Y la pastora aquélla  
 Aun no se alzaba á ver la última estrella  
 Cuanda cansado ya de ser tan loco

Y de soñar en lo que ya no pasa,  
 Rompí de mi ilusión las dulces redes  
 Y me volví á la corte y á mi casa,  
 Donde estoy á las órdenes de ustedes.

1873

## ODA

A LA MEMORIA DEL EMINENTE NATURALISTA

EL DOCTOR LEONARDO OLIVA

Si eso fuera verdad, si fuera cierto  
 Que la última palabra de la vida  
 Es la palabra débil y no oída  
 Con que del mundo se despide un muerto,  
 Si la existencia humana  
 Sólo durara lo que dura el soplo  
 Que la alienta y la empuja en su camino,  
 Y si el límite negro de las tumbas  
 Fuera el límite impuesto á su destino;  
 La majestad que su misión encierra  
 Con su aliento vital se perdería,  
 Y el cadáver de un sabio no sería  
 Sino un cadáver más sobre la tierra...

Pero, ¡no! que si el golpe de la muerte  
 Es bastante á doblar bajo su peso  
 Lo mismo que al idiota al varón fuerte,  
 Jamás podrá la tumba  
 Prestarles á los dos la misma talla,  
 Como el destino ciego  
 Jamás podrá bajo su golpe injusto,  
 Igualar á la encina y al arbusto  
 Que ruedan bajo el hacha del labriego.

Los hombres son iguales  
 Ante el abierto fondo de un sepulcro,  
 Porque del hombre en el cadáver frío  
 La creación inmortal no ve ni encuentra,  
 Sino una estatua que al perder la forma  
 Para otra forma en sus talleres entra;  
 Pero allí donde se hunde  
 Todo pie, y enmudece todo labio,  
 Allí donde se pierde y se confunde  
 La huella del idiota y la del sabio,  
 Si la tumba entreabierta  
 Cubre á los dos bajo la misma calma,  
 Y si al cruzar la inmensidad desierta  
 Los dos encuentran la misma puerta  
 Confundiendo en el cielo á una y otra alma;  
 La justiciera historia

Dejando al uno vejetar perdido,  
 Alza al otro un altar en su memoria,  
 Marcando entre los dos la diferencia  
 Que la tierra y el cielo  
 Borran ante la vida y la creencia,  
 Y haciendo én el lugar aborrecido  
 Donde acaba esta vida transitoria,  
 Algo como otro cielo, de la gloria,  
 Y algo como otro infierno, del olvido...

Podrá el cincel hebreo  
 Dar á Josué una estatua en sus talleres  
 Y negar esa estatua á Galileo;  
 Pero no podrá hacer que olvïde el mundo  
 El robusto y divino *e pur si muove*  
 De su credo profundo;  
 Que á pesar del fanático sombrío  
 Que en el silencio del dolor lo encierra,  
 Su grito sonará sobre la tierra  
 Mientras rueda la tierra en el vacío...  
 Podrá el templo cristiano  
 Desdeñar para su aire otro perfume,  
 Que el del incienso que en columnas blancas  
 Sobre el dorado vaso se consume;  
 Pero el santuario augusto de la ciencia  
 Jamás tuvo en su altar mejor aroma,

Que en aquel santo día  
 En que era un mundo entero el incensario  
 Y un loco, un pensador, un temerario,  
 Quien aquel incensario le ofrecía.

La ciencia como el cielo  
 Tiene también sus himnos y sus cantos,  
 Y lo mismo que Dios, tiene su culto,  
 Y lo mismo que Dios, tiene sus santos...  
 En vez de las suntuosas catedrales  
 Que el suelo cubren con su inmensa mole,  
 Ella tiene la escuela, donde unidos  
 Por el amor sagrado de la idea,  
 Sobre el arpa bendita del santuario  
 Levantan la oración del pensamiento,  
 El sabio contemplando el firmamento  
 Y el niño deletreando el silabario.

Y allí es donde la gloria  
 Tiene un altar y un busto  
 Para cada escogido de la historia;  
 Allí es donde la ciencia  
 Va á repetir entre el clamor del mundo,  
 La palabra de luz del moribundo  
 Que sucumbe en la fe de su conciencia.  
 Y allí es donde tú vives, varón justo,

Al que ahora bendice en sus altares  
 La santa voz del porvenir agosto;  
 El que tu ciencia y tus virtudes premia,  
 Consagrando á tu ciencia y sus virtudes  
 Las canciones de todos sus laúdes  
 En el templo inmortal de la Academia.  
 Allí será donde tu boca, el libro,  
 Nos seguirá enseñando las verdades  
 Que al Universo le arrancó tu aliento;  
 Y allí donde el progreso agradecido  
 Cuando la historia de tus hechos abra,  
 Llegará con tu nombre bendecido  
 Á tocar á las puertas del olvido  
 Para hacerte brotar de tu palabra.

1873

## SONETO

**P**ORQUE dejaste el mundo de dolores  
 Buscando en otro cielo la alegría  
 Que aquí, si nace, sólo dura un día  
 Y eso entre sombras, dudas y temores.

Porque en pos de otro mundo y de otras flores  
 Abandonaste esta región sombría,  
 Donde tu alma gigante se sentía  
 Condenada á continuos sinsabores:

Yo te vengo á decir mi enhorabuena  
 Al mandarte la eterna despedida  
 Que de dolor el corazón me llena;  
 Que aunque cruel y muy triste tu partida.  
 Si la vida á los goces es agena,  
 Mejor es el sepulcro que la vida.

1873

## ADIÓS

A.....

**D**ESPÚES de que el destino  
 me ha hundido en las congojas  
 Del árbol que se muere  
 crujiendo de dolor,  
 Tronchando una por una  
 las flores y las hojas  
 Que al beso de los cielos  
 brotaron de mi amor.

\*  
\*\*

Después de que mis ramas  
 se han roto bajo el peso  
 De tanta y tanta nieve  
 cayendo sin cesar,

Y que mi ardiente savia  
 se ha helado con el beso  
 Que el ángel del invierno  
 me dió al atravesar.

\*  
\*\*

Después.... es necesario  
 que tú también te alejes  
 En pos de otras florestas  
 y de otro cielo en pos;  
 Que te alces de tu nido,  
 que te alces y me dejes  
 Sin escuchar mis ruegos  
 y sin decirme adiós.

\*  
\*\*

Yo estaba solo y triste  
 cuando la noche te hizo  
 Plegar las blancas alas  
 para acogerte á mí,  
 Y entonces mi ramaje  
 doliente y enfermizo

Brotó sus flores todas,  
y todas para ti.

\*  
\*\*

En ellas te hice el nido  
risueño en que dormías  
De amor y de ventura  
temblando en su vaivén,  
Y en él te hallaban siempre  
las noches y los días  
Feliz con mi cariño  
y amándote también...

\*  
\*\*

¡ Ah! nunca en mis delirios  
creí que fuera eterno  
El sol de aquellas horas  
de encanto y frenesí;  
Pero jamás tampoco  
que el soplo del invierno  
Llegara entre tus cantos,  
y hallándote tú aquí...

\*  
\*\*

Es fuerza que te alejes...  
rompiéndome en astillas  
Ya siento entre mis ramas  
crujir el huracán,  
Y heladas y temblando  
mis hojas amarillas  
Se arrancan y vacilan,  
y vuelan y se van...

\*  
\*\*

Adiós, paloma blanca,  
que huyendo de la nieve  
Te vas á otras regiones  
y dejas tu árbol fiel;  
Mañana que termine  
mi vida oscura y breve  
Ya sólo tus recuerdos  
palparán sobre él.

\*  
\*\*

Es fuerza que te alejes...  
del cántico y del nido

Tú sabes bien la historia,  
 paloma, que te vas...  
 El nido es el recuerdo  
 y el cántico el olvido,  
 El árbol es el *siempre*,  
 y el ave es el *jamás*.

\*  
 \*\*

Y ¡adiós! mientras que puedes  
 oír bajo este cielo  
 El último ¡ay! del himno  
 cantado por los dos...  
 Te vas y ya levantas  
 el ímpetu y el vuelo,  
 Te vas y ya me dejas,  
 paloma, adiós, adiós!

1873

## À UNA FLOR

C UANDO tu broche apenas se entreabría  
 Para aspirar la dicha y el contento,  
 Te doblas ya y cansada y sin aliento,  
 Te entregas al dolor y á la agonía?

¿No ves, acaso, que esa sombra impía  
 Que ennegrece el azul del firmamento  
 Nube es tan sólo que al soplar el viento,  
 Te dejará de nuevo ver el día?...

¡Resucita y levántate!... Aun no llega  
 La hora de que en el fondo de tu broche  
 Des cabida al pesar que te doblega.  
 Injusto para el sol es tu reproche,  
 Que esa sombra que pasa y que te ciega,  
 Es una sombra, pero aun no es la noche.

1873

## ESTA HOJA...

ESTA hoja arrebatada á una corona  
 Que la fortuna colocó en mi frente  
 Entre el aplauso fácil é indulgente  
 Con que el primer ensayo se perdona.

Esta hoja de un laurel que aun me emociona  
 Como en aquella noche, dulcemente,  
 Por más que mi razón comprende y siente  
 Que es un laurel que el mérito no abona :

Tú la viste nacer, y dulce y buena  
 Te estremeciste como yo al encanto  
 Que produjo al rodar sobre la escena;  
 Guárdala, y de la ausencia en el quebranto,  
 Que te recuerde, de mis besos llena,  
 Al buen amigo que te quiere tanto.

1873

## NADA SOBRE NADA

Poesía leída en la velada literaria que celebró la Sociedad  
 El Porvenir la noche del 3 de Mayo de 1873.

PUES señor, dije yo, ya que es preciso  
 Puesto que así lo han dicho en el programa,  
 Que rompa yo la bendecida prosa  
 Que preparado para el caso había,  
 Y que escriba en vez de ella alguna cosa  
 Así, que se parezca á una poesía,  
 Pongámonos al punto  
 Ya que es forzoso y necesario en obra,  
 Sin preocuparnos mucho del asunto,  
 Porque al fin el asunto es lo que sobra.

Así dije, y tomando  
 No el arpa ni la lira,  
 Que la lira y el arpa  
 No pasan hoy de ser una mentira,

Sino una pluma de ave  
 Con la que escribo yo generalmente.  
 Violenté las arrugas de mi frente  
 Hasta ponerla cejjunta y grave,  
 Y pensando en mi novia, en la adorada  
 Por quien suspiro y lloro sin sosiego,  
 Mojé mi pluma en el tintero, y luego  
 Puse estas ocho letras : *Á mi amada.*

Su retrato, un retrato  
 Firmado por Vallete y compañía,  
 Se alzaba junto á mí plácido y grato,  
 Mostrándome las gracias y recato  
 Que tanto adornan á la amada mía;  
 Y como el verlo solo  
 Basta para que mi alma se emocione,  
 Que Apolo me perdone  
 Si dije aquí que me sentí un Apolo.

Ella no es una rosa,  
 Ni un sér ideal, ni cosa que lo valga  
 Pero en verso ó en prosa  
 No seré yo el estúpido que salga  
 Con que mi novia es fea,  
 Cuando puedo decir que es muy hermosa  
 Por más que ni ella misma me lo crea;

Así es que en mi pintura  
 Hecha en rasgos por cierto no muy fieles,  
 Aumenté de tal modo su hermosura  
 Que casi resultaba una figura  
 Digna de ser pintada por Apeles.

Después de dibujarla como he dicho  
 Faltando á la verdad por el capricho,  
 Iba yo á colocar el fondo negro  
 De su alma inexorable y desdeñosa,  
 Cuando al hacerlo me ocurrió una cosa  
 Que hundió mi plan y de lo cual me alegro;  
 Porque en último caso,  
 Como pensaba yo entre las paredes  
 De mi cuarto sombrío,  
 ¿Qué les importa á ustedes  
 Que mi amada me niegue sus mercedes  
 Ni que yo tenga el corazón vacío?  
 Si mi vida vejeta en la tristeza  
 Y el yugo del dolor ya no soporta,  
 ¿Caeré de referirlo en la simpleza  
 Para que alguien me diga en su franqueza :  
*Si viera usted que á mí nada me importa...?*

No de seguro, que antes  
 Prefiero verme loco por tres días,

Que imitar á ese eterno Jeremías  
Que se llama el señor de Caravantes.

Y convencido de ésto,  
Lo que era conveniente y necesario,  
Borré el título puesto,  
Y buscando á mi lira otro pretexto  
Escribí este otro título : *El Santuario*.

¡El santuario!... exclamé; pero y ¿qué cosa  
Puedo decir de nuevo sobre el caso,  
Cuando en cada volumen de poesías,  
En versos unos malos y otros buenos  
Hay diez odas y media por lo menos,  
Sobre templos, santuarios y abadías?  
Para entonar sobre ésto mis cantares,  
Á más de que el asunto vale poco,  
¿Qué entiendo yo de claustros ni de altares,  
Ni qué se yo de sacristán tampoco?

No, en la naturaleza  
Hay asuntos mas dignos y mejores  
Y más llenos de encanto y de belleza  
Y ya que hé de escribir, haré una pieza  
Que se llamé : *Los prados y las flores*.

Hablaré de la incauta mariposa  
Que en incesante y atrevido vuelo,  
Ya abandona la rosa por el cielo  
Y ya abandona el cielo por la rosa;  
Del insecto pintado y sorprendente  
Que de esconderse entre las yerbas trata,  
Y de la ave inocente que lo mata,  
Lo cual prueba que no es tan inocente;  
Hablaré... pero y luego que haya hablado  
Sacando á luz al boquirrubio Febo,  
Yo pregunto, señor; ¿qué habré ganado  
Con tratar lo que todos han tratado,  
Si al hacerlo no digo nada nuevo?...

Conque si ésto tampoco es un asunto  
Digno de preocuparme una sola hora,  
Dejemos sus inútiles detalles,  
Ya que no hay ni un señor ni una señora  
Que no sepan muy bien lo que es la aurora  
Y lo que son las flores y los valles...  
Coloquemos á un lado esas materias  
Que se prestan tan poco para el caso,  
Y pues ésto se ofrece á cada paso  
Hablemos de la vida y sus miserias.

Empezaré diciendo desde luego,

Que no hay virtud, creencias ni ilusiones;  
 Que en criminal y estúpido sosiego  
 Ya no late la fe en los corazones;  
 Que el hombre imbécil, á la gloria ciego,  
 Sólo piensa en el oro y los doblones,  
 Y concluiré en estilo gemebundo :  
*Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?*

Y me puse á escribir, y así en efecto,  
 Lo hice en ciento cincuenta octavas reales,  
 Cuyo único defecto,  
 Como se ve por la que dicha queda,  
 Era que en vez de ser originales  
 No pasaban de un plagio de Espronceda.  
 Como era fuerza, las rompí en el acto  
 Desesperado de mi triste suerte,  
 Viendo por fin que en esto de poesía  
 No hay un solo argumento ni una idea  
 Que no peque de fútil, ó no sea  
 Tan vieja como el pan de cada día.

En situación tan triste  
 Y estando la hora ya tan avanzada  
 ¿Qué hago, me dije yo, para salvarme  
 De este grave y horrible compromiso,  
 Cuando ningún asunto puede darme

Ni siquiera un adarme  
 De novedad, de encanto, ó de un hechizo?  
 ¿Hablaré de la mar yo que en mi vida  
 He viajado tan poco,  
 Que en materia de charcos sólo he visto  
 Y eso una vez, el lago de Texcoco?

¿Hablaré de la guerra y de la gente  
 Que enardecida de las cumbres baja  
 Desafiando al contrario frente á frente,  
 Y habré de convertirme en un valiente  
 Yo que nunca he empuñado una navaja?  
 No, señor, que aunque estudio medicina  
 Y pertenezco á esa importante clase  
 Que no hay pueblo y lugar en que no pase  
 Por ser la más horrible y asesina,  
 Aparte de que en esto hay poco cierto,  
 Como lo prueba y mucho la experiencia,  
 Yo á lo menos hasta hoy, me hallo á cubierto  
 De que se alce la sombra de algún muerto  
 Á turbar la quietud de mi conciencia.

Sobre los libros santos, se podría  
 Con meditar y con plagiar un poco,  
 Arreglar ó escribir una poesía;  
 Pero ni esto es muy fácil en un día

Ni para hablar sobre ésto estoy tampoco;  
 Porque en fiestas como ésta  
 Donde el placer está como en su templo,  
 Salir con el Diluvio, por ejemplo,  
 Fuera casi querer aguar la fiesta;  
 Y como yo no quiero que se diga  
 Que he venido á tal cosa,  
 Ya que en m' numen agotado no hallo  
 Ni el asunto ni el plan á que yo aspiro,  
 Rompo mi humilde cítara, me callo,  
 Y con perdón de ustedes me retiro.

1873

## CINCO DE MAYO

TRES eran, mas la Inglaterra  
 Volvió á lanzarse á las olas,  
 Y las naves españolas  
 Tomaron rumbo á su tierra.  
 Sólo Francia gritó : “ ¡ Guerra ! ”  
 Soñando ¡ oh patria ! en vencerte,  
 Y de la infamia y la suerte  
 Sirviéndose en su provecho,  
 Se alzó erigiendo en derecho  
 El derecho del más fuerte.

## II

Sin ver que en lid tan sangrienta  
 Tu brazo era más pequeño,  
 La lid encarnó en su empeño

La redención de tu afrenta.  
 Brotó en luz amarillenta  
 La llama de sus cañones,  
 Y el mundo vió á tus legiones  
 Entrar al combate rudo,  
 Llevando por solo escudo  
 Su escudo de corazones.

## III

Y entonces fué cuando al grito  
 Lanzado por tu denuedo,  
 Tembló la Francia de miedo  
 Comprendiendo su delito.  
 Cuando á tu aliento infinito  
 Se oyó la palabra *sea*,  
 Y cuando al ver la pelea  
 Terrible y desesperada  
 Se alzó en tu mano la espada  
 Y en tu conciencia la idea.

## IV

Desde que ardió en el oriente  
 La luz de ese sol eterno  
 Cuyo rayo puro y tierno

Viene á besarte en la frente,  
 Tu bandera independiente  
 Flotaba ya en las montañas,  
 Mientras las huestes extrañas  
 Alzaban la suya airosa,  
 Que se agitaba orgullosa  
 Del brillo de sus hazañas.

## V

Y llegó la hora, y el cielo  
 Nublado y oscurecido  
 Desapareció escondido  
 Como en los pliegues de un velo.  
 La muerte tendió su vuelo  
 Sobre la espantada tierra,  
 Y entre el francés que se aterra  
 Y el mejicano iracundo,  
 Se alzó estremeciendo al mundo  
 Tu inmenso grito de guerra.

## VI

Y allí el francés, el primero  
 De los soldados del orbe,  
 El que en sus glorias absorbe

Todas las del mundo entero,  
 Tres veces pálido y fiero  
 Se vió á correr obligado,  
 Frente al pueblo denodado  
 Que para salvar tu nombre,  
 Te dió un soldado en cada hombre  
 ¡ Y un héroe en cada soldado!

## VII

¡ Tres veces! y cuando hundida  
 Sintió su fama guerrera,  
 Contemplado su bandera  
 Manchada y escarnecida,  
 La Francia, viendo perdida  
 La ilusión de su victoria,  
 Á despecho de su historia  
 Y á despecho de su anhelo,  
 Vió asomar sobre otro cielo  
 Y en otro mundo la gloria.

## VIII

Que entre la niebla indecisa  
 Que sobre el campo flotaba,  
 Y entre el humo que se alzaba

Bajo el paso de la brisa,  
 Su más hermosa sonrisa  
 Fué para tu alma inocente,  
 Su canción más elocuente  
 Para entonarla á tu huella,  
 Y su corona más bella  
 Para ponerla en tu frente.

## IX

¡ Sí, patria! desde ese día  
 Tú no eres ya para el mundo  
 Lo que en su desdén profundo  
 La Europa se suponía,  
 Desde entonces, patria mía,  
 Has entrado á una nueva era.  
 La era noble y duradera  
 De la gloria y del progreso,  
 Que bajan hoy, como un beso  
 De amor, sobre tu bandera.

## X

Sobre esa insignia bendita  
 Que hoy viene á cubrir de flores  
 La gente que en sus amores

En torno suyo se agita.  
 La que en la dicha infinita  
 Con que en tu suelo la clava,  
 Te jura animosa y brava,  
 Como ante el francés un día,  
 Morir por ti, patria mía,  
 Primero que verte esclava.

1873

## SONETO

Á MI QUERIDO AMIGO VICENTE FUENTES

OH, tú que á la llegada de mi santo  
 Tu tarjeta y tus plácemes me envías  
 En prueba de las buenas simpatías  
 Con que has sabido distinguirme tanto!  
 ¡Oh, tú que en vez de música y de canto,  
 Y en vez de bandolones y poesías,  
 Vienes y llegas y me das los días  
 Con un *Vicente Fuentes* que da encanto!  
 Párate, y sabe que, aunque no lo creas,  
 Te he agradecido en mi ánimo infinito  
 El que tan bueno con tu amigo seas;  
 Pero también que sepas necesito  
 Que ya que tantos años me deseas,  
 Debes darme el *remedio* y el *trapito*.

1873

## ODA

Leída en la sesión que el Liceo Hidalgo  
Celebró en honor de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

DE los tres cielos que recorre el hombre  
De la existencia en la medida impía,  
Cuando la gloria me enseñó tu nombre  
Yo estaba en el primero todavía.

La pena que del pecho  
Hasta el abismo lóbrego desciende,  
Y del cadáver de un amor deshecho  
Finje flotando en derredor del lecho  
La aparición bellísima de un duende;  
La sombra á cuyo peso aborrecido  
Muere el placer y el alma se acobarda,  
Tratando de evocar en el olvido  
El recuerdo dulcísimo y querido  
De los besos del ángel de la guarda;

Todo eso que en la frente  
Deja un sello de luto y desconsuelo,  
Cuando en el alma pálida y doliente  
No queda ni la fe que es del creyente  
La última golondrina que alza el vuelo,  
Todo eso que de noche  
Baja hasta el corazón como una sombra,  
Y que terrible y sin piedad ninguna  
Sus ilusiones todas despedaza,  
Aun no era sobre el cielo de mi cuna  
Ni la pálida nube que importuna  
Se levanta enseñando la amenaza.

Dichoso con la dulce indiferencia  
Del que al amor de su callado asilo  
Ha vivido á la luz de la inocencia,  
Acostumbrado á ver en la existencia,  
La imagen de un azul siempre tranquilo,  
Yo entonces ignoraba  
Que, más allá de aquel humilde techo  
Que sus caricias y su amor me daba,  
Clamando al cielo y suspirando en vano  
Desde el rincón sin luz de la vigilia,  
Hubiera en otro hogar una familia  
De la que yo también era un hermano...  
Mi amor no sospechaba que existiera

Más ilusión ni cariñoso exceso,  
 Que la mirada dulce y hechicera  
 De la santa mujer que la primera  
 Nos anuncia á la vida con un beso...  
 Y hasta que al dulce y mágico sonido  
 Del arpa que temblaba entre tus manos,  
 Dejé mi rama, abandoné mi nido  
 Y te seguí hasta ese árbol bendecido  
 Donde todos los nidos son hermanos,  
 Fué cuando despertando de la calma  
 En que flotaba la existencia mía,  
 Sentí asomar en lo íntimo de mi alma  
 Algo como la luz de un nuevo día.

Tu voz fué la primera  
 Que me habló en la dulzura de ese idioma  
 Que canta como canta la paloma  
 Y gime como gime la palmera...  
 Las cuerdas de tu lira,  
 Como la voz de la primera alondra  
 Que llama á las demás y las despierta,  
 Fueron las que al arrullo de tu acento  
 Sonaron sobre mi alma estremecida,  
 Como si siendo un pájaro la vida  
 Quisieran despertarlo al sentimiento...

Tu nombre va ligado en mi cariño  
 Con los recuerdos santos y amorosos  
 De mis tiempos de niño,  
 Con los placeres dulces y sabrosos  
 De esa época sonriente  
 En la que es cada instante una promesa,  
 Y en la que el ángel de la fe aun no besa  
 Las primeras arrugas de la frente;  
 Tu nombre es la memoria  
 Del pueblo y del hogar adonde un día  
 Fué á estremecerme el eco de tu gloria  
 Y el trino arrullador de tu poesía;  
 La evocación de todo lo más santo  
 En medio de mis noches desmayadas,  
 Que aun tiemblan á las dulces campanadas  
 De aquellas horas en que amaba tanto...

Y así, cuando yo supe  
 Que abandonada á tu dolor morías,  
 Y que en tu muda y lánguida tristeza  
 Renunciabas á ver junto á tu lecho,  
 Quien, al rodar sin vida tu cabeza,  
 Recogiera el laurel de tu grandeza  
 Y el último sollozo de tu pecho;  
 Cuando yo supe que en la huesa insana  
 Te inclinabas por fin pálida y sola,

Sin que al adiós de tu alma soberana  
 Se enlutara la cítara cubana  
 Ni gimiera la cítara española;  
 Al darte mis adioses, los adioses  
 De la eterna y postrera despedida,  
 Sentí que algo de triste sollozaba  
 De mi dolor en el oscuro abismo,  
 Y que tu sombra que flotaba arriba,  
 Al extinguirse y al borrarse se iba  
 Llevándose un pedazo de mí mismo.  
 Y entonces al poder de los recuerdos  
 Borrando la distancia  
 Tendí mis alas hacia el nido blando  
 De los primeros sueños de la infancia;  
 Llegué al rincón modesto  
 Donde tus dulces páginas leía  
 A la fe y al amor siempre dispuesto  
 Y allí de pie frente á la blanca cuna  
 Donde en sus flores me envolvió el destino,  
 Busqué en su fondo alguna  
 Que aun no cerrara su oloroso broche,  
 Y en él hallé dormida  
 Ésta con la que el alma agradecida  
 Viene á aromar las sombras de esta noche

Deuda que en mi cariño

Contraje desde niño con tu nombre,  
 Esta flor es el cántico del niño  
 Mezclada con las lágrimas del hombre;  
 Esta flor es el fruto de aquel germen  
 Que derramaste en mi niñez dichosa,  
 Y que al rodar sobre la humilde fosa  
 Donde tus restos duermen,  
 Entre sus piedras ásperas se arraiga  
 Recogiendo su jugo en tus cenizas,  
 Y esperando en su cáliz á que caiga  
 La gota de los cielos que le traiga  
 La esencia y el amor de tus sonrisas.

## Á LA LUNA

AL SR. D. MANUEL J. DOMÍNGUEZ

O H luna, blanca luna,  
 Que desde el cielo viertes tus fulgores  
 Á despecho de todos los vapores  
 Con que la negra noche te importuna;  
 Yo sé que al permitirme la confianza  
 De que á abusar cantándote me atrevo,  
 Antes que hablarte de otra cosa debo  
 Darte una explicación de mi tardanza;  
 Pero sabiendo, porque así lo he visto,  
 No recuerdo en que parte,  
 Que tú eres noble y generosa y buena  
 Con todos los prosélitos del arte,  
 Entre los que me inscribo al protestarte  
 Que nada hay que sin ti valga la pena,  
 Dejo los cumplimientos  
 Y las excusas fútiles y vanas

Á fin de aprovechar estos momentos;  
 Que tú al ver que en mis labios  
 Se agita el estro y mi silencio trunca,  
 Recordarás que el vulgo y aun los sabios  
 Dicen que *vale más tarde que nunca*.

No, y mira tú : desde hace mucho tiempo  
 Pensaba yo en venir á saludarte,  
 Y hasta recuerdo que salí una noche  
 Sin más objeto que ese;  
 Pero aunque el muy ilustre Ayuntamiento  
 Me hizo creer que en el cielo te hallaría,  
 Tú, que probablemente estabas mala,  
 Te ocultaste y me diste una antesala  
 Que me pesa en el cuerpo todavía.

Esto no te lo digo  
 Por lanzarte una pulla ni un reproche;  
 Pero este negro bosque me es testigo  
 De que no más que por hablar contigo  
 Me anduve por aquí toda la noche.  
 Lo mismo que otra vez, ya no recuerdo  
 Si fué en Abril ó en Mayo... suspirando  
 Por verte frente á frente  
 Y á tu lado pasar la noche entera,  
 De modo y de manera

De estar solos y lejos de la gente,  
 Vengo, y tú que sin duda me creíste  
 Algún gemidor de esos  
 Que por que está desesperado y triste  
 Ya quiere que le des un par de besos,  
 No bien tras de estos álamos me viste,  
 Que escondiéndote en medio de las nubes  
 Cerraste tu balcón y te metiste.

Y la verdad que si esta fué tu idea  
 Ante mi aparición inoportuna,  
 Por mi vida te juro y te respondo,  
 Que te llevaste el chasco más redondo  
 Que te has llevado desde que eres luna;  
 Pues aunque ya á mis años  
 Se usa entre los humanos corazones  
 Contar los sufrimientos á montones,  
 Y á montones también los desengaños,  
 Yo que si algo he sufrido  
 De mi existencia en la carrera corta,  
 Tengo la convicción íntima y grande  
 De que á nadie le importa,  
 Porque si sufro no hay quien me lo mande;  
 Si al pisar de la vida los abrojos  
 Á verter una lágrima me atrevó,  
 La dejo que se escape de mis ojos

Y al llegar á mis labios me la bebo.

Conque ya verás tú si yo sería  
 Quien fuera á molestarte á tales horas,  
 Para llamarte solitaria ó fría,  
 Y cometer así una grosería  
 De esas que no perdonan las señoras;  
 Aparte de que á tí, si no me engaño,  
 Te debe de importar muy poca cosa  
 Que en la vida enojosa  
 Camine el goce junto con el daño,  
 Así como que al tiempo de las flores  
 Siga el invierno nebuloso y frío,  
 Ó que en las tibias noches del estío  
 Disminuyan de fuerza los calores,  
 Cosa que á muchos saca de su casa  
 Por tener de decírtelo el orgullo,  
 Cuando todo eso en realidad no pasa  
 De ser una verdad de *Pero Grullo*.

Y sin mentar personas,  
 Por *allí* anda la ilustre Avellaneda,  
 Que en paz duerma en su lecho de coronas,  
 Que sin mirar que tú, rueda que rueda,  
 Maldito el caso que del tiempo hacías,  
 Ella al son de sus mágicos bordones

Te delataba á ese ladrón nefando  
 Que tantos goces con pasar nos roba,  
 Sin oír que su esposo despertando  
 La llamaba en un tono no muy blando  
 Después de registrar toda la alcoba.

Y el sin igual Zorrilla,  
 El que nos regaló aquel mamarracho  
 Que yo admiraba tanto de muchacho  
 Creyéndolo la octava maravilla,  
 El que con una calma  
 Cuyo molde es difícil que se encuentre,  
 Hizo aquí entre otros dramas el del vientre,  
 Y hasta allá fué á acordarse del del alma.

Y Carpio, el que de turco disfrazado  
 Sufrió tan honda pena  
 Que por poco se arroja al mar salado;  
 Pero que al fin se fué por otro lado  
*Arrastrando el alfanje por la arena.*

Y Tagle, el que te hablaba allá en los tiempos  
 De discordias civiles,  
 En que Rocha aun no andaba por el mundo  
 Y en que aun eran de chispa los fusiles,  
 Pues éstos y otros más, si no tan buenos

Sí tan desocupados,  
 Han emprendido de entusiasmo llenos  
 La imitación de sus antepasados,  
 Por el placer de repetirte alguna  
 De esas necias, é insulsas tonterías,  
 Ó porque hechos los tomos de poesías  
 No faltara en el índice — “ Á la luna.”

Y si á lo menos fueran pasáderas  
 Las tantas que en tu elogio se han escrito  
 Y cuyas firmas por prudencia callo,  
 Pues señor, con trescientos de á caballo,  
 Muy puesto en su lugar y muy bonito;  
 Pero, nada... que entre esas que no cito  
 Porque no se me diga impertinente,  
 Hay muchas (no agravio la presente)  
 Que son un verdadero gregorito.  
 Lo digo y lo repito,  
 Sí señor, que ésta no es una indirecta,  
 Pues aunque salte alguno  
 Que deseando escapar á este reproche,  
 Reclame la palabra y manifieste  
 Cargado de razones y veneno,  
 Que no se puede hacer nada de bueno  
 Sobre un terreno tan vulgar como éste,  
 No habiendo obligación chica ni grande

De escribir sobre tal ó cual materia,  
 Se comprende y se ve muy á las claras  
 Aunque hable de ésta con tan poco aprecio,  
 Que el culpable no es ella si no el necio  
 Que se mete en camisa de once varas.

¿ Quién obliga á ninguna  
 De las vivientes almas á que escriba,  
 Ni menos á que suba tan arriba  
 Que tenga que escribir sobre la luna...?

Yo mismo, si mañana  
 Á algún crítico ocioso y exigente  
 Se le diera la gana  
 De zurrar á esta silva la pavana  
 Y de hacerlo delante de la gente,  
 Pues yo mismo, aunque fuera á mi despecho  
 [No pudiendo olvidarme de que es mía]  
 Mirando la justicia no tendría  
 Mas que decir á todo: *muy bien hecho.*

Y tan es cierto que lo encuentro justo  
 Y que me temo mucho una descarga  
 Por haberme salido con mi gusto,  
 Que con objeto de que el sabio adusto  
 No halle esta silva demasiada larga,

Una vez que tú, luna,  
 No me has de consolar si tal sucede,  
 Lo cual [aquí en confianza] muy bien puede  
 Por un capricho cruel de la fortuna,  
 Bien convencido de que en todo caso  
 Francos y leales seguiremos siendo  
 Tan amigos como antes,  
 Te dejo preparándole á la aurora  
 El dulce néctar de los nuevos broches  
 Y sin más que decirte por ahora,  
 Con el alma, tu humilde servidora,  
 Me alegraré que pases buenas noches.

## EL REO DE MUERTE

AL EMINENTE ACTOR D. JOSÉ VALERO

. . . . .  
**E**sa noche, ardiendo el pueblo  
 De animación y entusiasmo  
 Bajo el influjo sublime  
 De tu genio soberano,  
 Todo era bravos y dianas,  
 Todo era vivas y aplausos,  
 Todo cariño en los ojos,  
 Todo cariño en los labios,  
 Y todo flores, laureles,  
 Admiración y.... entretanto,  
 Allá muy lejos, muy lejos,  
 Sonando lento y pausado,  
 Se alzaba entre las tinieblas  
 Y entre el silencio un cadalso,  
 Sin otro eco que el latido  
 Del pecho del condenado

Que en diálogo con la muerte  
 Velaba en un subterráneo.  
 Aquel cadalso se alzaba  
 Cada vez más y más alto,  
 Como un espectro, sombrío,  
 Como un vampiro, callado,  
 Como una tumba, implacable,  
 Y como un monstruo, inhumano;  
 Se alzaba y sin que ninguno  
 Oyera aquel ruido amargo,  
 Por los sollozos de un hombre  
 Solamente acompañado.  
 La humanidad impasible  
 Bajo su mudo letargo,  
 Miraba crecer y alzarse  
 Las formas de aquel cadalso,  
 Cuando tú, tú que escuchaste  
 Sus ecos tristes y vagos  
 Te levantaste por ella  
 Con la voz del entusiasmo,  
 Y en presencia de aquel pueblo  
 Y en frente de aquel tablado  
 Ceñida con tus laureles  
 La hiciste hablar por tus labios,  
 Salvando al sol de aquel día  
 Del rubor de aquel cadalso.

\*  
\*\*

Yo no sé si ya habrá muerto  
 Aquel que en su desamparo,  
 Aun más que unos pocos días,  
 Y aun más que unos pocos años  
 Pudo gozar la dulzura  
 De ver á su hijo en los brazos,  
 Libre del infame nombre  
 De hijo del ajusticiado;  
 Pero yo que desde niño  
 Aprendí lleno de espanto  
 Á aborrecer los verdugos  
 Y á maldecir los cadalsos,  
 Dejo á la gloria que entone  
 Para ensalzarte su canto,  
 Y del condenado á muerte  
 Bajo los recuerdos gratos,  
 En nombre suyo, las gracias  
 De la humanidad te mando.

1873

## À JOSEFINA PÉREZ

(EN SU ALBUM)

EN cambio de los cielos  
 de amor y sentimiento  
 Que al alma adolorida  
 abrió tu inspiración,  
 Y en cambio de las horas  
 de olvido al sufrimiento  
 Que á tu arpa dulce y blanda  
 le debe el corazón.

En cambio, nuestros cantos  
 y todo lo que encierra  
 De bueno y amoroso  
 nuestra alma y nuestro sér...

Y en cambio nuestras flores,  
las flores de esta tierra,  
Tu nido como alondra,  
tu altar como mujer.

1873

A LA EMINENTE ACTRIZ  
SALVADORA CAYRÓN

**S**i del bosque fecundo  
No quise flores cortar,  
Cuando vi en mi afán profundo  
Que al robárselas al mundo  
Se las robaba á tu altar;  
En mi ansia por tributarte  
Mi ofrenda de admiración,  
Acudo, señora, á darte,  
Si no las flores del arte,  
Las flores del corazón.

1873

## ADIÓS Á MÉJICO

Escrita para la Sra. Cayrón y leída por ella en su función de despedida.

PUES que del destino en pos  
Débil contra su cadena,  
Frente al deber que lo ordena  
Tengo que decirte *adiós*;

Antes que mi boca se abra  
Para dar paso á ese acento,  
La voz de mi sentimiento  
Quiere hablarte *una palabra*.

Que muy bien pudiera ser  
Que cuando de aquí me aleje,  
Al decirte *adiós*, te deje  
Para no volverte á ver.

Y así entre el mal con que lucho  
Y que en el dolor me abisma,  
Yo anhelo que por mí misma  
Sepas *que te quiero mucho*.

Que enamorada de ti  
Desde antes de conocerte,  
Yo vine solo por verte,  
Y al verte *te puse aquí*

Que mi alma reconocida  
Te adora con loco empeño,  
Porque tu amor era el sueño  
Más hermoso de mi vida.

Que del libro de mi historia  
Te dejo la hoja más bella.  
Porque en esa hoja destella  
Tu gloria más que mi gloria.

Que soñaba en no dejarte  
Si no hasta el postrer momento,  
Partiendo mi pensamiento  
Entre tu amor y el del *arte*.

Y que hoy ante esa ilusión  
Que se borra y se deshace,  
Siento ¡ay de mí! que se hace  
Pedazos mi corazón...

Tal vez ya nunca en mi anhelo  
Podré endulzar mi tristeza  
Con ver sobre mi cabeza  
El esplendor de tu cielo.

Tal vez ya nunca á mi oído  
Resonará en la mañana,  
La voz del ave temprana  
Que canta desde su nido.

Y tal vez en los amores  
Con que te adoro y te admiro,  
Estas flores que hoy aspiro  
Serán *tus últimas flores*.

Pero si afectos tan tiernos  
Quiere el destino que deje,  
Y que me aparte y me aleje  
Para no volver á vernos;

Bajo la luz de este día  
De encanto inefable y puro  
Al darte mi *adiós* te juro,  
¡Oh dulce Méjico mía!

Que si *él* con sus fuerzas trunca  
Todos los numanos lazos,  
Te arrancará de mis brazos  
Pero de mi pecho, *nunca!*

1873

## A ASUNCIÓN

EN SU ÁLBUM

**M**IRE usted Asunción : aunque algún ángel  
 Metiéndose á envidioso,  
 Conciba allá en el cielo el mal capricho,  
 De venir por la noche á hacerle el *oso*  
 Y en un raptó *glorioso*  
 Llevársela de aquí, como le ha dicho  
 No sé que nigromante misterioso,  
 No vaya usted por Dios, á hacerle caso  
 Ni á dar con el tal ángel un mal paso;  
 Estése usted dormida,  
 Debajo de las sábanas metida  
 Y deje usted que la hable  
 Y que la vuelva á hablar y que se endiable,  
 Que entonces con un dedo  
 Puesto sobre otro en cruz, ¡afuera miedo!  
 No vaya usted á rendirse

Ante el ruego ó las lágrimas y á irse...  
 Que donde usted nos deje  
 Por seguir en el vuelo á su Tenorio,  
 Después irá á llorar al purgatorio  
 Sin tener quien la mime aunque se queje...  
 Conque mucho cuidado  
 Si siente usted un ángel á su lado,  
 Que yo como su amigo,  
 Con tal que usted, Asunción, me lo permita,  
 Le aconsejo y le digo  
 Que después de Rosario y Margarita  
 No admita usted más ángeles consigo.  
 Estése usted con ellas  
 Compartiendo delicias é ilusiones,  
 Que rodeada de tales corazones  
 Todas las horas tienen que ser bellas;  
 Viva usted muchos años  
 (Como un humilde criado le diría)  
 Y mañana que sola ó entre extraños  
 Se encuentre por desgracia en este día,  
 Si busca usted una alma que la ame,  
 Llame usted á mi pecho, y con que llame,  
 Si no estoy muerto encontrará la mía.

## ROMANCERO DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

## EL GIRO

## I

**M**EDIO oculta entre la selva  
 Como un nido entre las ramas,  
 Y medio hundida en el fondo  
 Tranquilo de una cañada,  
 Allá por aquellòs tiempos  
 Hubo en Landín (1) una casa  
 Que no por ser tan sencilla  
 Ni de una fecha tan larga,  
 Era menos pintoresca  
 Ni tampoco menos blanca.  
 Sombreaba su puerta un olmo  
 De hojosas y verdes ramas,

(1) Estado de Guanajuato, entre Santa Cruz y Chamacuero.

Punto de citas de todas  
 Las aves de las montañas;  
 Y en uno de sus costados,  
 Brotando límpida y clara,  
 Saltaba entre los terrones  
 Y entre las yerbas el agua,  
 De noche siempre tranquila  
 Y eternamente callada.  
 Apenas el sol naciente  
 Filtraba por sus ventanas,  
 Cuando estremeciendo el aire,  
 Sonaban dulces y claras,  
 La voz de una cuna hablando  
 De cuanto los niños hablan;  
 La voz de una madre, rica  
 De sentimientos y de alma,  
 Y la voz de un hombre que era  
 La eterna voz de la patria,  
 Soñando ya con sus glorias  
 Y ya con sus esperanzas.  
 Tez cobriza como aquellos  
 Primeros hijos de Anahuac.  
 Que tantas veces hicieron  
 Temblar de miedo á la España,  
 Cuando la España atrevida  
 Midió con ellos sus armas;

Fuerte y ágil como todos  
 Los hijos de las montañas;  
 Como un labriego, robusto;  
 Como un patriota, entusiasta;  
 Como un valiente, atrevido,  
 Y como un joven, todo alma,  
 El hombre de aquellas selvas,  
 El hombre de aquella casa,  
 Era el eterno modelo  
 De esas figuras sagradas  
 Que en el altar de los siglos  
 Hacen un Dios de una estatua,  
 Veinticinco años apenas  
 Por ese tiempo contaba,  
 Y de sus nobles heridas  
 La suma aun era más larga,  
 Que no hubo por el Bajío  
 Ningún combate ni hazaña  
 Donde su ardor no estuviera,  
 Donde faltara su lanza,  
 Ni donde al grito de muerte  
 Sus huellas no señalara  
 Con el licor de sus venas  
 Ó el de las venas extrañas.  
 Y allí tranquilo y oculto  
 Su triste vida pasaba,

Lamentando en su impotencia  
 La esclavitud de la patria  
 Que renunciando á la lucha  
 Renunciaba á la esperanza:  
 Cuando una mañana, á la hora  
 Que el último sueño marca,  
 Despertó, oyendo á lo lejos  
 Un ruido confuso de armas;  
 Y advinando al instante  
 La suerte que le amagaba,  
 Bajó del lecho al influjo  
 De una decisión extraña;  
 Besa en los labios á su hijo,  
 Besa en la frente á su amada,  
 Clava los ojos ardientes  
 En la entreabierta ventana,  
 Y al ver por sus enemigos  
 Ya casi envuelta su casa,  
 Salta á las rocas, y entre ellos  
 Se escapa por la montaña.

## II

Aun no se alzaba del todo  
 La niebla de la mañana,  
 Y aun no acertaban á darse

Cuenta de tamaña audacia  
 Los sitiadores furiosos  
 Que sorprenderle esperaban,  
 Cuando al galope y bajando  
 Camino de la cañada,  
 Vieron venir á lo lejos  
 Un grupo de gente armada,  
 Compuesto de ocho jinetes  
 Y el hombre que los mandaba,  
 En mayor número que ellos  
 Y con superiores armas,  
 Seguros de la victoria  
 Fácil que se les aguarda,  
 Todos empuñan las riendas,  
 Todos afirman la lanza,  
 Todos ven al enemigo  
 Todos miden la distancia,  
 Y en silencio y todos ellos  
 Prontos á ponerse en marcha,  
 Sólo esperan á que llegue  
 La hora de entrar en batalla.  
 Los insurgentes en tanto  
 Viendo las huestes contrarias,  
 Más de coraje la encienden  
 Y más de amor la entusiasman,  
 Y ansiosos de dar su sangre

Por la salud de la patria,  
 Sobre el caballo se inclinan,  
 La floja rienda adelantan,  
 Y fijos los barboquejos  
 Y el sombrero hacia la espalda,  
 Entre la niebla y el polvo  
 Corren, y vuelan y avanzan,  
 Siguiendo entre los peñascos  
 Al hombre de la cañada.  
 Y ya los de Bustamante (1)  
 Su primer paso avanzaban,  
 Anhelando en su impaciencia  
 Como acortar la distancia  
 Que la interpuesta colina  
 Con un recodo aumentaba;  
 Cuando de pie en lo más alto  
 De las rocas escarpadas,  
 Vieron alzarse á un jinete  
 Que con voz sonora y clara,  
 — “ Yo soy el Giro — les dijo;  
 — Si al Giro es á quien aguardan;  
 Y el que lo busque que venga  
 Si tiene honor y tiene alma,

(1) El general D. Anastasio Bustamante, presidente de la República, y que en su juventud militó en el ejército realista,

Que á todos espera el Giro  
 Frente á frente y cara á cara. —  
 Dijo : y los fieros dragones  
 Al grito de “ ¡viva España!”  
 Como un solo hombre treparon  
 Hasta donde el Giro estaba  
 Dispuesto como los suyos  
 Á sucumbir por la patria...  
 Y fué la lucha, y terribles  
 Al dar la espantosa carga,  
 Insurgentes y realistas  
 Ardiendo en cólera y rabia,  
 Se entremezclaron sedientos  
 De victoria y de matanza...  
 Quiso la triste fortuna  
 Favorecer á la España,  
 El brillo de sus fulgores  
 Negándole á nuestras armas,  
 Que ya de los insurgentes  
 Uno tan sólo quedaba  
 Á caballo todavía,  
 Pero ya herido y sin armas.  
 Era el Giro, que entre doce  
 Dragones que le rodeaban,  
 Sin rendirse al desaliento  
 Ni inclinarse á la desgracia,

Luchaba y arremetía  
 Contra el que más se acercaba,  
 Convirtiendo á su caballo,  
 Á un tiempo en escudo y arma.  
 Por fin un brazo atrevido  
 Clavó en su pecho una lanza,  
 Perder haciéndole el poco  
 Aliento que le quedaba;  
 Pero él aunque ya en el suelo,  
 Con fuerza siempre y con alma,  
 Goge la lanza, del pecho  
 Sin vacilar se la arranca,  
 Y estremecido y al grito  
 De independencia y de patria,  
 De pie sobre los peñascos  
 Á sus contrarios aguarda;  
 Y después de herir á todos  
 Los que acercársele ensayan,  
 Hace huir á los restantes  
 Que ante heroicidad tamaña  
 Se alejan, y desde lejos  
 Lo rematan á pedradas.

## III

Mártir, que toda tu sangre  
 Supiste dar por la patria;

Tú, de los desconocidos  
 Que murieron por salvarla,  
 Gracias por tu fortaleza,  
 Por tu sacrificio gracias!

1873

## CINERARIA

ANTE EL CADÁVER DE LA SRA. LUZ PRESA

JAMÁS pensé al venir á estas regiones  
 Que mis palabras últimas serían  
 Para hablar á un cadáver...  
 Ni nunca que las notas de mi canto  
 Al perderse en los aires sonarían  
 Mezcladas con el eco de mi llanto.

Cuando yo vine aquí, casi acababa  
 De sentir y estrechar entre mis brazos  
 Al buen amigo que en su noble empeño,  
 Soñaba en un laurel para la frente  
 De la que hoy duerme en el sepulcro el sueño  
 Que dura y se prolonga eternamente.  
 Y ese hermano me hablaba del cariño  
 El más puro entre todos los amores,  
 Sin penas, sin temores,

Casi volviéndose al hablarme un niño ;  
 Y le enviaba conmigo sus recuerdos,  
 Y le enviaba conmigo sus abrazos,  
 Y alegre en el amor en que se ardía,  
 Ni siquiera pensaba en ese instante,  
 Que su madre distante, muy distante,  
 Casi en aquella hora se moría.

Yo también tuve un padre que á la fosa  
 Rodó sin que mis labios lo besaran,  
 Y sé lo que es ese dolor profundo  
 Que hace una noche eterna de los días  
 Y un desierto tristísimo del mundo.  
 Yo sé que horizonte es el que se cierra  
 Delante del espíritu aterrado,  
 Cuando eleva sus alas de la tierra  
 La que en su pecho maternal encierra  
 Cuanto se alza de bueno á nuestro lado.  
 Yo adivino esa pena, y porque casi  
 Siento la misma angustia que devora  
 Al huérfano infeliz que en su aislamiento  
 Busca á su madre y por su madre llora,  
 Yo le traigo en su nombre mi gemido,  
 Y la eterna promesa de que nunca  
 Caerá sobre esa lápida el olvido.  
 Yo le traigo en su nombre mi lamento,

Yo le traigo en el canto de una lira  
 Que cuando se habla de la madre tiembla  
 Y cuando se habla de su amor se inspira,  
 El adiós que sus labios no lograron  
 Dejar caer sobre sus ojos yertos  
 Cuando á la luz del mundo se cerraron  
 Para abrirse á la sombra de los muertos ;  
 Mi adiós que en momentáneo regocijo  
 La agitará volviéndola á la vida,  
 Para que pueda oír la despedida  
 Con que la vengo á saludar por su hijo.

## Á LA PATRIA

Composición recitada por una niña en Tacubaya de los  
Mártires, el 16 de setiembre de 1873.)

ANTE el recuerdo bendito  
De aquella noche sagrada  
En que la patria aherrojada  
Rompió al fin su esclavitud;  
Ante la dulce memoria  
De aquella hora y de aquel día,  
Yo siento que en la alma mía  
Canta algo como un laúd.

Yo siento que brota en flores  
El huerto de mi ternura,  
Que tiembla entre su espesura  
La estrofa de una canción;  
Y al sonoro y ardiente  
Murmurar de cada nota,

Siento algo grande que brota  
Dentro de mi corazón.

¡Bendita noche de gloria  
Que así mi espíritu agitas,  
Bendita entre las benditas  
Noche de la libertad!  
Hora de triunfo en que el pueblo  
Al sol de la independencia,  
Dejó libre la conciencia  
Rompiendo la oscuridad.

Yo te amo... y al acercarme  
Ante este altar de victoria  
Donde la patria y la historia  
Contemplan nuestro placer;  
Yo vengo á unir al tributo  
Que en darte el pueblo se afana  
Mi canto de mejicana,  
Mi corazón de mujer.

## HIDALGO

S ONARON las campanas de Dolores,  
 Voz de alarma que el cielo estremecía,  
 Y en medio de la noche surgió el día  
 De augusta Libertad con los fulgores.  
 Temblaron de pavor los opresores,  
 É Hidalgo audaz al porvenir veía,  
 Y la patria, la patria que gemía,  
 Vió sus espinas convertirse en flores.

¡Benditos los recuerdos venerados  
 De aquellos que cifraron sus desvelos  
 En morir por sellar la independencia;  
 Aquellos que vencidos, no humillados,  
 Encontraron el paso hasta los cielos  
 Teniendo por camino su conciencia!

1873

## 15 DE SETIEMBRE

D ESPUÉS de aquella página sombría  
 En que trazó la historia los detalles  
 De aquel horrible día,  
 Cuando la triste Méxítli veía  
 Sembradas de cadáveres sus calles;  
 Después de aquella página de duelo  
 Por Cuahutemoc escrita ante la historia,  
 Cuando sintió lo inútil de su anhelo;  
 Después de aquella página, la gloria  
 Borrando nuestro cielo en su memoria  
 No volvió á aparecer en nuestro cielo.

La santa, la querida  
 Madre de aquellos muertos, vencedores  
 En su misma caída,  
 Fué hallada entre ellos, trémula y herida  
 Por el mayor dolor de los dolores...  
 En su semblante pálido aun brillaba

De su llanto tristísimo una gota...  
 A su lado se alzaba  
 Junto á un laurel una macana rota...  
 Y abandonada y sola como estaba,  
 Vencido ya hasta el último patriota,  
 Al ver sus ojos sin mirada y fijos,  
 Los españoles la creyeron muerta,  
 Y del incendio entre la llama incierta  
 La echaron en la tumba con sus hijos...

Y pasaron cien años y trescientos  
 Sin que á ningún oído  
 Llegaran los tristísimos acentos  
 De su apagado y lúgubre gemido;  
 Cuando una noche un hombre que velaba  
 Soñando en no sé qué grande y augusto  
 Como la misma fe que le inspiraba,  
 Oyó un inmenso grito que le hablaba  
 Desde su alma de justo...  
 — Yo soy — le repetía,  
 Descendiente de aquéllos que en la lucha  
 Sellaron su derrota con la muerte...  
 ¡ Yo soy la queja que ninguno escucha,  
 Yo soy el llanto que ninguno advierte!...  
 Mi fe me ha dicho que tu fuerza es mucha,  
 Que es grande tu virtud y vengo á verte;

Que en el eterno y rudo sufrimiento  
 Con que hace siglos sin cesar batallo,  
 Yo sé que tú has de darme lo que no hallo :  
 Mi madre que está aquí porque la siento. —

Dijo la voz y al santo regocijo  
 Que el anciano sintió en su omnipotencia,  
 — Si el indio llora por su madre — dijo,  
 Yo encontraré una madre para ese hijo,  
 Y encontró aquella madre en su conciencia.

Á esta hora, y en un día  
 Como éste, en que incensamos su memoria,  
 Fué cuando aquel anciano lo decía,  
 Y desde ese momento, patria mía,  
 Tú sabes bien que el astro de tu gloria  
 Clavado sobre el libro de tu historia,  
 No se ha puesto en tus cielos todavía.

Á esta hora fué cuando rodó en pedazos  
 La piedra que sellaba aquel sepulcro  
 Donde estuviste como Cristo, muerta  
 Para resucitar al tercer día;  
 Á esa hora fué cuando se abrió la puerta  
 De tu hogar, que en su seno te vela  
 Con un supremo miedo en su alegría

De que tu aparición no fuera cierta;  
 Y desde ese momento, y desde esa hora,  
 Tranquila y sin temores en tu pecho,  
 Tu sueño se cobija bajo un techo  
 Donde el placer es lo único que llora...  
 Tus hijos ya no gimen  
 Como antes al recuerdo de tu ausencia  
 Ni cadenas hay ya que los lastimen...  
 En sus feraces campos ya no corre  
 La sangre de la lucha y la matanza,  
 Y de la paz entre los goces suaves  
 Bajo un cielo sin sombras ni vapores,  
 Ni se avergüenzan de nacer tus flores,  
 Ni se avergüenzan de cantar tus aves.

Grande eres y á tu paso  
 Tienes abierto un porvenir de gloria  
 Con la dulce promesa de la historia  
 De que para tu sol nunca habrá ocaso...  
 Por él camina y sigue  
 De tu lección de ayer con la experiencia;  
 Trabaja y lucha hasta acabar esa obra  
 Que empezaste al volver á la existencia,  
 Que aun hay algo en tus cárceles que sobra,  
 Y aun hay algo que el vuelo no recobra,  
 Y aun hay algo de España en tu conciencia.

Yo te vengo á decir que es necesario  
 Matar ya ese recuerdo de los reyes  
 Que escondido tras de un confesonario,  
 Quiere darte otras leyes que tus leyes...  
 Que Dios no vive ahí donde tus hijos  
 Reniegan de tu amor y de tus besos,  
 Que no es el que perdona en el cadalso,  
 Que no es el del altar y el de los rezos;  
 Que Dios es el que vive en tus cabañas,  
 Que Dios es el que vive en tus talleres  
 Y el que se alza presente y encarnado  
 Allí donde sin odio á los deberes  
 Se come por la noche un pan honrado

Yo te vengo á decir que no es preciso  
 Que muera á hierro el que con hierro mate,  
 Que no es con sangre como el siglo quiere  
 Que el pueblo aprenda las lecciones tuyas;  
 Que el siglo quiere que en lugar de templos  
 Le des escuelas y le des ejemplos,  
 Le des un techo y bajo dél lo instruyas.

Así es como en tu frente  
 Podrás al fin ceñirte la corona  
 Que el porvenir te tiene destinada;  
 Él, que conoce tu alma, que adivina

En tí á la santa madre del progreso,  
 Y que hoy ante el recuerdo de aquella hora  
 En que uno de sus besos fué la aurora  
 Que surgió de tu noche entre lo espeso,  
 Mientras el pueblo se entusiasma y llora,  
 Te viene á acariciar con otro beso.

1873

## AL MOÑO DE MERCED

---

**M**E cuentan que ibas corriendo  
 Como una sílfide alada,  
 Cuando de tus blondas trenzas  
 Te lo robaron las auras;  
 No sé yo de tal historia  
 Si es cierta ó es inventada;  
 Pero lo que sé es que ardiendo  
 De amor y de dicha el alma,  
 Traigo tu moño en la bolsa  
 Desde ayer por la mañana;  
 Que le he hecho mil caricias  
 Y pienso hacerle otras tantas,  
 Que por ser color de rosa  
 Y por ser tuyo me encanta,  
 Y que por toda la vida  
 Lo guardaré donde se halla,  
 Reunido con un billete

Que compré, de La Esperanza,  
 Con cosa de diez poesías,  
 De dos vales y una carta  
 Que me escribió hace dos meses  
 La que me dió calabazas.  
 Aquí lo tengo y á menos  
 Que deje esta vida amarga,  
 No abandonaré tu moño,  
 Dulce cariño del alma,  
 Ni por lo uno ni por lo otro,  
 Ni por esto ni por nada,  
 Que de esa prenda querida  
 Pienso, Merced adorada,  
 Hacer el hermoso emblema  
 De todas mis esperanzas.

1873

## NOCTURNO

A ROSARIO

I

**P**UES bien! yo necesito  
 decirte que te adoro,  
 Decirte que te quiero  
 con todo el corazón;  
 Que es mucho lo que suro  
 que es mucho lo que lloro,  
 Que ya no puedo tanto  
 y al grito en que te imploro  
 Te imploro y te hablo en nombre  
 de mi última ilusión.

II

Yo quiero que tú sepas  
 que ya hace muchos días

Estoy enfermo y pálido  
 de tanto no dormir;  
 Que ya se han muerto todas  
 las esperanzas mías,  
 Que están mis noches negras,  
 tan negras y sombrías,  
 Que ya no sé ni donde  
 se alzaba el porvenir.

## III

De noche, cuando pongo  
 mis sienes en la almohada  
 Y hacia otro mundo quiero  
 mi espíritu volver,  
 Camino mucho, mucho,  
 y al fin de la jornada  
 Las formas de mi madre  
 se pierden en la nada  
 Y tú de nuevo vuelves  
 en mi alma aparecer.

## IV

Comprendo que tus besos  
 jamás han de ser míos,

Comprendo que en tus ojos  
 no me he de ver jamás;  
 Y te amo y en mis locos  
 y ardientes desvaríos  
 Bendigo tus desdenes,  
 adoro tus desvíos,  
 Y en vez de amarte menos  
 te quiero mucho más

## V

A veces pienso en darte  
 mi eterna despedida,  
 Borrarte en mis recuerdos  
 y hundirte en mi pasión;  
 Mas si es en vano todo  
 y el alma no te olvida,  
 ¡Qué quieres tú que yo haga,  
 pedazo de mi vida,  
 Qué quieres tú que yo haga  
 con este corazón!

## VI

Y luego que ya estaba  
 concluido tu santuario.

Tu lámpara encendida,  
 tu velo en el altar;  
 El sol de la mañana  
 detrás del campanario,  
 Chispeando las antorchas,  
 humeando el incensario,  
 Y abierta allá á lo lejos  
 la puerta del hogar...

## VII

¡Qué hermoso hubiera sido  
 vivir bajo aquel techo,  
 Los dos unidos siempre  
 y amándonos los dos;  
 Tú siempre enamorada,  
 yo siempre satisfecho,  
 Los dos una sola alma,  
 los dos un solo pecho,  
 Y en medio de nosotros  
 mi madre como un Dios!

## VIII

¡Figúrate qué hermosas  
 las horas de esa vida!

¡Qué dulce y bello el viaje  
 por una tierra así!  
 Y yo soñaba en eso,  
 mi santa prometida.  
 Y al delirar en eso  
 con la alma estremecida,  
 Pensaba yo en ser bueno  
 por ti, no más por ti.

## IX

¡Bien sabe Dios que ese era  
 mi más hermoso sueño.  
 Mi afán y mi esperanza  
 mi dicha y mi placer;  
 Bien sabe Dios que en nada  
 cifraba yo mi empeño,  
 Sino en amarte mucho  
 bajo el hogar risueño  
 Que me envolvió en sus besos  
 cuando me vió nacer!

## X

Esa era mi esperanza...  
 mas ya que á sus fulgores

Se opone el hondo abismo  
 que existe entre los dos,  
 ¡Adiós por la vez última,  
 amor de mis amores;  
 La luz de mis tinieblas,  
 la esencia de mis flores;  
 Mi lira de poeta,  
 mi juventud, adiós!

1873

## LAS RUINAS

A....

## I

**L**AS ruinas solamente  
 quedaban del santuario,  
 Y en medio de las ruinas  
 la virgen del altar;  
 Conmigo llegó un ave,  
 y en trino dulce y vario  
 Volando en torno de ella  
 su acento empezó á alzar.  
 La virgen era hermosa,  
 y alzándose á porfía  
 Las flores se agrupaban  
 en torno de su sien,  
 Encima estaba el cielo,  
 y encima estaba el día,

Y el pájaro, entre tanto,  
 cantaba siempre.... ¿ á quién?  
 Los ojos de la virgen  
 brillaban dulcemente  
 Del astro de los astros  
 al mágico arrebol,  
 Y.... “ ¡Oh virgen! — dijo el ave —  
 “ bendita sea tu frente  
 Puesto que en ella ha hallado  
 como otro cielo el sol.  
 Para ella son los trinos  
 de todos los cantares  
 Que vengo á darte, ¡ oh virgen!  
 cada hora matinal;  
 Que rotos y en el polvo  
 tu templo y tus altares,  
 Tu frente aun está viva,  
 ¡ tu frente es inmortal! ”

## II

Mañana que las penas  
 y el tiempo hayan destruído  
 El templo en que te adora  
 la ardiente juventud,

En medio de las ruinas  
 y en medio del olvido,  
 Tendrás una ave siempre  
 que cante tu virtud.

1873.

## Á UN ARROYO

A MI HERMANO JUAN DE DIOS PEZA

Cuando todo era flores tu camino,  
 Cuando todo era pájaros tu ambiente,  
 Cediendo de tu curso á la pendiente  
 Todo era en ti fugaz y repentino.

Vino el invierno, con sus nieblas vino  
 El hielo que hoy estanca tu corriente,  
 Y en situación tan triste y diferente  
 Ni aun un pálido sol te da el destino.

Y así es la vida; en incesante vuelo  
 Mientras que todo es ilusión, avanza  
 En sólo una hora cuanto mide un cielo;  
 Y cuando el duelo asoma en lontananza  
 Entonces como tú, cambiada en hielo  
 No puede reflejar ni la esperanza.

## LETRILLA

Sí, mi amigo D. Gregorio,  
 Tiene usted mucha razón,  
 Eso mismo que usted dice,  
 Eso mismo digo yo.....

### I

Juzga usted que es una plaga,  
 Que es un castigo de Dios,  
 Esa turba de mocosos  
 Sin quehacer ni ocupación,  
 Que á falta de otra han tomado  
 La carrera de escritor;  
 Que si hablan del Nigromante  
 No lo bajan de chambón,  
 Que á Altamirano lo acaban,  
 Que á Peredo le hacen fo,  
 Que a Prieto lo ponen de asco,

Que á Justo lo dejan peor,  
 Y que llevando hasta Europa  
 Su crítica erudición,  
 Destrozan á Victor Hugo  
 Y á Dumas y á Campoamor,  
 Y á cuantos hallan al paso,  
 Con su hidrofobia feroz;  
 Y agrega usted que sería  
*Muchísimo* mejor  
 Que hacerles caso ó echarles  
 Un indigesto sermón,  
 Dejarlos á que los oiga  
 La madre que los parió.  
*Pues sí, señor D. Gregorio,*  
*Tiene usted mucha razón,*  
*Eso mismo que usted dice,*  
*Eso mismo digo yo.*

## II

Juzga usted que es un espanto  
 Piensa usted que es un horror,  
 Ver tantas composiciones  
 Como se publican hoy,  
 En que después de salirnos  
 El imberbe trovador

Con uno de esos ideales  
 Que ya se hacen de cajón,  
 Muy sonrosados los labios,  
 Muy argentina la voz,  
 Muy los cabellos de seda,  
 (Vaya una trasposición)  
 Y muy llena de desdenes,  
 Que los merece el autor,  
 Termina éste con que la ama  
 Con todo su corazón,  
 Cuando mejor que ocuparse  
 En hablarnos de su amor  
 Y en pintarnos los efectos  
 De su estúpida pasión,  
 Según usted, debería,  
 Aquí para entre los dos,  
 Decirse bruto tres veces  
 Con mucha circunspección,  
 Alzar al cielo los ojos,  
 Rezar el "yo pecador  
 Y en seguida dispararse  
 Media pistola de Colt.  
*Pues sí, señor D. Gregorio,*  
*Tiene usted mucha razón,*  
*Eso mismo que usted dice,*  
*Eso mismo digo yo...*

## III

Dice usted que ya da miedo  
*Que vale lo menos dos,*  
 Ver á tantos que pretenden  
 Demostrar su erudición  
 Llenando de latinajos  
 Su inconocible español,  
 Y que tal verso de Ovidio  
 Lo dan por de Cicerón,  
 Cuando nunca escribió versos  
 El pobrecito orador,  
 Que á despecho suyo tiene  
 Que pasar por un ladrón  
 Gracias al atrevimiento  
 De esos benditos de Dios,  
 Y agrega usted, amigo mío,  
 Que en su muy pobre opinión  
 Debieran esos señores  
 Fijarse en que escriben hoy  
 Que son tan raros los sabios  
 En la lengua de Catón,  
 Y en que cada cita de esas  
 Sépase la lengua ó no,  
 Viene á ser como un peñasco

Donde el mísero lector  
 Tiene á fuerza que pararse  
 Y aguantarse un tropezón  
 Que bien puede hacer á alguno  
 Que mande al diablo al autor,  
*Pues sí, señor D. Gregorio,*  
*Tiene usted mucha razón,*  
*Eso mismo que usted dice,*  
*Eso mismo digo yo...*

## IV

Concluye usted en su carta,  
 Mi buen amigo y señor,  
 Diciéndome que no acierta  
 Á encontrar la explicación  
 De esas ínfulas de sabio  
 Y ese aire de hombre de pro  
 Con que se presenta alguno  
 Por haber sido orador  
 Y haber gritado en Setiembre,  
 ¡Viva la Constitución!  
 Lo que le aplaudieron mucho,  
 Según dice él que lo oyó;  
 Y protesta usted por su alma,  
 Que no halla puesto en razón

Que por sólo ese motivo  
 Se le haga miembro de honor  
 De cuanta academia existe  
 Dentro de la población,  
 Ni que se inscriba su nombre  
 Como colaborador  
 Á la cabeza de todos  
 Los diarios que salen hoy,  
 Haciéndolo revestirse  
 De ese aire de protección  
 Con que trata aún á los mismos  
 De donde el necio salió,  
 Y á quienes usted querría  
 Degollar de dos en dos  
 Para acabar con la raza  
 Y quedarnos usted y yo,  
 Que somos tan campechanos  
 Y hombres de tan buen humor  
 Y que hacemos unos versos  
 Que le gustan hasta Dios.  
*Pues sí, señor D. Gregorio,*  
*Tiene usted mucha razón,*  
*Eso mismo que usted dice,*  
*Eso mismo digo yo...*

## HOJAS SECAS

### I

**M**AÑANA que ya no puedan  
 Encontrarse nuestros ojos,  
 Y que vivamos ausentes,  
 Muy lejos uno del otro,  
 Que te hable de mí este libro  
 Como de ti me habla todo.

### II

Cada hoja es un recuerdo  
 tan triste como tierno  
 De que hubo sobre ese árbol  
 un cielo y un amor;

Reunidas forman todas  
 el canto del invierno,  
 La estrofa de las nieves  
 y el himno del dolor.

## III

Mañana á la misma hora  
 En que el sol te besó por vez primera,  
 Sobre tu frente pura y hechicera  
 Caerá otra vez el beso de la aurora;  
 Pero ese beso que en aquel oriente  
 Cayó sobre tu frente solo y frío,  
 Mañana bajará dulce y ardiente,  
 Porque el beso del sol sobre tu frente  
 Bajará acompañado con el mío.

## IV

En Dios le exiges á mi fe que crea,  
 Y que le alce un altar dentro de mí

¡ Ah! ¡ Si basta no más con que te vea  
 Para que yo ame á Dios, creyendo en ti!

## V

Si hay algún césped blando  
 cubierto de rocío  
 En donde siempre se alce  
 dormida alguna flor,  
 Y en donde siempre puedas  
 hallar, dulce bien mío,  
 Violetas y jazmines  
 muriéndose de amor;

Yo quiero ser el césped  
 Florido y matizado  
 Donde se asienten, niña,  
 Las huellas de tus pies;  
 Yo quiero ser la brisa  
 Tranquila de ese prado  
 Para besar sus labios  
 Y agonizar después.

\*  
\*\*

Si hay algún pecho amante  
que de ternura lleno  
Se agite y se estremezca  
no más para el amor,  
Yo quiero ser, mi vida,  
yo quiero ser el seno  
Donde tu frente inclines  
para dormir mejor.

Yo quiero oír latiendo  
Tu pecho junto al mío,  
Yo quiero oír que dicen  
Los dos en su latir,  
Y luego darte un beso  
De ardiente desvarío,  
Y luego... arrodillarme  
Mirándote dormir.

## VI

Las doce... ¡adiós...! Es fuerza que me vaya  
y que te diga adiós...

Tu lámpara está ya por extinguirse,  
y es necesario.

— Aun no.

— Las sombras son traidoras, y no quiero  
que al asomar el sol,  
Se detengan sus rayos á la entrada  
de nuestro corazón...

— Y ¡qué importan las sombras cuando entre ellas  
queda velando Dios?

— ¿Dios? ¿Y qué puede Dios entre las sombras  
al lado del amor?

— Cuando te duermas ¿me enviarás un beso?

— ¡Y mi alma!

— ¡Adiós...!

— ¡Adiós...!

## VII

Lo que siente el árbol seco  
Por el pájaro que cruza  
Cuando plegando las alas  
Baja hasta sus ramas mustias,  
Y con sus cantos alegría  
Las horas de su amargura;

Lo que siente por el día  
 La desolación nocturna  
 Que en medio de sus pesares  
 Y en medio de sus angustias,  
 Ve asomar con la mañana  
 De sus esperanzas una;  
 Lo que sienten los sepulcros  
 Por la mano buena y pura  
 Que solamente obligada  
 Por la piedad que la impulsa,  
 Riega de flores y de hojas  
 La blanca lápida muda,  
 Eso es al amarte mi alma  
 Lo que siente por la tuya,  
 Que has bajado hasta mi invierno,  
 Que has surgido entre mi angustia  
 Y que has regado de flores  
 La soledad de mi tumba.

Mi hojarasca son mis creencias,  
 Mis tinieblas son la duda,  
 Mi esperanza es el cadáver,  
 Y el mundo mi sepultura...  
 Y como de entre esas hojas  
 Jamás retoña ninguna;  
 Como la duda es el cielo

De una noche siempre oscura,  
 Y como la fe es un muerto  
 Que no resucita nunca,  
 Yo no puedo darte un nido  
 Donde recojas tus plumas,  
 Ni puedo darte un espacio  
 Donde enciendas tu luz pura,  
 Ni hacer que mi alma de muerto  
 Palpite unida á la tuya;  
 Pero si gozar contigo  
 No ha de ser posible nunca,  
 Cuando estés triste, y en la alma  
 Sientas alguna amargura,  
 Yo te ayudaré á que llores  
 Yo te ayudaré á que sufras,  
 Y te prestaré mis lágrimas  
 Cuando se acaben las tuyas.

## VIII

## I

Aun más que con los labios  
 Hablamos con los ojos:  
 Con los labios hablamos de la tierra,  
 Con los ojos del cielo y de nosotros.

## II

Cuando volví á mi casa  
De tanta dicha loco,  
Fué cuando comprendí muy lejos de ella  
Que no hay cosa más triste que estar solo.

## III

Radiante de ventura  
Frenético de gozo,  
Cogí una pluma, le escribí á mi madre,  
Y al escribirle se lo dije todo.

## IV

Después, á la fatiga  
Cediendo poco á poco,  
Me dormí, y al dormirme sentí en sueños  
Que ella me daba un beso y mi madre otro.

## V

¡ Oh sueño, el de mi vida  
Más santo y más hermoso !  
¡ Qué dulce has de haber sido cuando aun muerto  
Gozo con tu recuerdo de este modo !

## IX

Cuando yo comprendí que te quería  
Con toda la lealtad del corazón,  
Fué aquella noche en que al abríme tu alma  
Miré hasta su interior.  
Rotas estaban tus virgíneas alas  
Que ocultaba en sus pliegues un crespón  
Y un ángel enlutado cerca de ellas  
Lloraba como yo.  
Otro, tal vez, te hubiera aborrecido  
Delante de aquel cuadro aterrador;  
Pero yo no miré en aquel instante  
Mas que mi corazón;  
Y te quise, tal vez, por tus tienieblas,  
Y te adoré, tal vez por tu dolor,  
Que es muy bello poder decir que la alma  
Ha servido de sol...

## X

Las lágrimas del niño  
la madre las enjuga,

Las lágrimas del hombre  
 las seca la mujer...  
 ¡Qué tristes las que brotan  
 y bajan por la arruga,  
 Del hombre que está solo,  
 del hijo que está ausente,  
 Del sér abandonado  
 que llora y que no siente  
 Ni el beso de la cuna,  
 ni el beso del placer!

## XI

¡Cómo quieres que tan pronto  
 Olvide el mal que me has hecho,  
 Si cuando me toco el pecho  
 La herida me duele más!  
 Entre el perdón y el olvido  
 Hay una distancia inmensa;  
 Yo perdonaré la ofensa;  
 Pero olvidarla... ¡jamás!

## XII

“ Te amo — dijistes — y jamás á otro hombre  
 Le entregaré mi amor y mi albedrío ”  
 Y al quererme llamar buscaste un nombre,  
 Y el nombre que dijiste no era el mío.

## XIII

¡ Ah, gloria! de qué me sirve  
 Tu laurel mágico y santo,  
 Cuando ella no enjuga el llanto  
 Que estoy vertiendo sobre él.  
 ¡ De qué me sirve el reflejo  
 De tu soñada corona,  
 Cuando ella no me perdona  
 Ni en nombre de ese laurel!

La que á la luz de sus ojos  
 Despertó mi pensamiento,  
 La que al amor de su acento  
 Encendió en mí la pasión;

Muerta para el mundo entero  
Y aun para ella misma muerta,  
Solamente está despierta.  
Dentro de mi corazón.

## XIV

El cielo está muy negro, y como un velo  
Lo envuelve en su crespón lo oscuridad;  
Con una sombra más sobre ese cielo  
El rayo puede desatar su vuelo  
Y la nube cambiarse en tempestad.

## XV

Oye, ven á ver las naves,  
Están vestidas de luto,  
Y en vez de las golondrinas  
Están graznando los buhos...  
El órgano está callado,  
El templo solo y oscuro,  
Sobre el altar... ¿y la virgen

Por qué tiene el rostro oculto?  
¿ Ves?... en aquellas paredes  
Están cavando un sepulcro,  
Y parece como que alguien  
Solloza allí, junto al muro.  
¿ Por qué me miras y tiembles?  
¿ Por qué tienes tanto susto?  
¿ Tú sabes quién es el muerto?  
¿ Tú sabes quién fué el verdugo?

LA GLORIA

---

PEQUENO POEMA EN DOS CANTOS

## CANTO PRIMERO

## LA CABEZA SIN CORONA

## I

C OMO decir veinte años es lo mismo  
Que decir corazón, ternura, amores,  
Arranques, heroísmo,  
Cielos, celajes, pájaros y flores,  
Y á falta de otros útiles mejores  
Tener para salvar cualquier abismo  
Las alas del lirismo,  
Que sino son muy buenas no son malas  
Porque al cabo y al fin siempre son alas,  
Ya que de comenzar entre los modos  
Tengo por fuerza que escoger alguno,  
No pudiendo á la vez usar de todos,  
A fin de no pecar por importuno  
Y lo que fuera peor, por indigesto,

Ya que en ésto me auxilia la memoria  
 Que no siempre me auxilia como en ésto,  
 Seguro de que todo lo reuno,  
 Diré que Pablo, el héroe de esta historia,  
 Se hallaba entre los veinte y los veintiuno  
 Al dar principio al poema de la gloria.  
 Así es que aunque muy alta  
 La bohardilla en que vive y aunque pobre,  
 Porque si tiene mucho que le falta,  
 No tiene en cambio nada que le sobre;  
 El muchacho contento en su pobreza  
 Desde el oscuro fondo de su pieza,  
 Si sabe que hay un mundo es solamente  
 Porque así lo ha aprendido de la gente,  
 Pues él con otro mundo en la cabeza  
 De su bendita edad bajo la calma,  
 No cree que exista más naturaleza,  
 Que la que todo joven lleva en su alma.

## II

Pobre razonamiento  
 Que arrastrando en su vuelo al sentimiento,  
 De esperanzas origen tan fecundo,  
 Hace que el hombre triste,

Desconozca este mundo donde existe  
 Hasta la hora de entrar al otro mundo...  
 Pues aunque esos rateros  
 Que en español se llaman desengaños  
 Lo dejen de ilusiones casi en cueros,  
 Sin que haya una ilusión que no le roben;  
 Él, en medio de propios y de extraños  
 Sostendrá con su ciento y pico de años  
 Que la alma es siempre nueva y siempre joven.

## III

Pablo, apartado por la negra ausencia  
 Del dulce hogar donde la luz del día  
 Vió por la vez primera en la existencia,  
 Siente frecuentemente  
 Esa vaga y letal melancolía  
 Del que tiene una madre y en su frente  
 No puede recibir porque está ausente  
 Los besos que su madre le daría;  
 Ve á su padre muy lejos  
 Á través de unos cielos muy oscuros  
 Y extrañando su voz y sus consejos  
 Halla que, visto bien, no eran tan duros  
 Los que él llamaba *achaques de estos viejos*;

Recuerda á sus hermanos  
 Con quienes en las horas del cariño  
 Jugaba esos mil juegos soberanos  
 Que ocupan en la edad en que uno es niño  
 La alma al dormir y al despertar las manos...  
 Y pensando en todo ésto  
 Que por haber pasado le parece  
 Más bonito y más triste por supuesto,  
 Se aflige, languidece,  
 Y para hacer más rápido y más pronto  
 El término que falta á su carrera,  
 Se levanta, y después de — Soy un tonto —  
 Coge el libro y estudia una hora entera.  
 Y estudia... y dan las dos de la mañana  
 Que lo encuentran despierto,  
 Y dan las tres y con el libro abierto  
 Lo sorprende la luz por la ventana...  
 Pues aunque Pablo sabe  
 Que no hay fuerza ó vigor que no se acabe  
 Cuando se abusa más de lo debido,  
 Ve que su aliento juvenil se agosta,  
 Y arrojando esa máxima al olvido,  
 Sigue siempre lo mismo, decidido  
 A ser un hombre sabio á toda costa.

## IV

Mas no vaya á pensarse que ésto es todo  
 Lo que hace que él trabaje de este modo,  
 Pues queda y falta por decir que Elena,  
 Que es muy hermosa y además muy buena,  
 Le dijo el otro día  
 Que le gustaba mucho la poesía,  
 Y que si amarle más posible fuera,  
 Aun más de lo que le ama le amaría  
 Si él supiera decir lo que sentía  
 De la misma manera  
 Que un poeta cualquiera  
 Tratando de decirlo lo diría;  
 Y como Pablo, en cuanto á Elena toca  
 Nunca ha sabido desplegar la boca  
 Mas que para rendirse á sus antojos,  
 Ha visto en la mirada de sus ojos  
 Que de ahí en adelante  
 Si ha de decirles á sus labios — rojos —  
 Tendrá para encontrar el consonante  
 Que ponerse de hinojos,  
 Y queriendo agradarla á cualquier precio,  
 Aunque nunca jamás ha escrito una oda,

Por no hacerse acreedor á su desprecio  
 Pensó en una oda y escribió tan recio  
 Que en menos que lo digo, la hizo toda.

## V

La oda no era muy buena .  
 Como es fácil pensarlo; pero Elena  
 Que se oía llamar la más hermosa  
 De todo el universo,  
 Y ésto no en simple prosa sino en verso,  
 Lo cual como se ve ya es otra cosa,  
 Radiante de alegría  
 Propuso que la prosa  
 Abolida por siempre quedaría  
 En cuantas cartas él la escribiría;  
 Y Pablo, que no hay modo de que pueda  
 Resistir á un capricho de su amada,  
 Tras de — la prosa queda desterrada. —  
 No supo mas que contestar — pues queda.  
 Y así con la alma henchida  
 De ternura y pasión por su querida,  
 La escribe diariamente  
 Una carta de dos ó de más hojas,  
 Donde forzosamente

Hay muchas frases débiles y flojas,  
 Pero en cambio también y de repente  
 Alguna que por nueva y por valiente  
 Recuerda á los Quintanas y los Riojas;  
 Pues Pablo en fuerza de escribir cuartetas  
 Y de educar el gusto y el oído,  
 Ha conseguido al fin ser aplaudido  
 Y al nombre y apellido de otros poetas  
 Ver agregar su nombre y su apellido.

## VI

Y ésto que el pobre mozo  
 Se encontró con grandísimo alborozo  
 Cierta vez que un periódico leía,  
 Se lo enseñó á su amada  
 Con mucho del rubor y la alegría,  
 Del que por vez primera  
 Mira una *cosa* suya publicada,  
 Cuando ha sido, además, acompañada  
 De una lisonja ó de una flor cualquiera.  
 Cuán cierto es que la gloria  
 Brotando de la cosa más sencilla  
 Toma las formas de lo real y brilla  
 De la ambición en la óptica ilusoria,

En dos líneas ó tres de gacetilla  
Que allá en la soledad de una bohardilla  
Se aprenden muchas veces de memoria.

## VII

Llena de regocijo  
Por la prueba de amor que le presenta,  
Quedó Elena con ella tan contenta .  
Que queriendo hablar mucho nada dijo,  
Mas si nó pudo hablar porque su boca  
No estaba en aquel punto para eso,  
En cambio le abrazó como una loca  
Y le dió de su dicha en un exceso  
Que casi casi en la demencia toca,  
Un beso de esa especie que provoca  
Á hacer interminable cada beso.

## VIII

Pablo, que en la pasión en que se ardía  
Por la graciosa Elena  
Al pensar en el beso de aquel día,  
No acertaba á encontrar ni comprendía

Que pudiera existir cosa más buena ;  
Henchido de esperanzas y risueño  
Como aquel que no lleva en su memoria  
Ni aun la sombra del duelo más pequeño,  
Al entregarse aquella noche al sueño  
No soñó en otra cosa que en la gloria,  
Sobre su altiva frente  
Brillaba inmarcesible y refulgente  
La corona inmortal de la victoria ;  
Y entre el inmenso aplauso que la gente  
Alzaba victoreándole á su vista,  
Con esa buena fe de todo artista  
Que se siente muy grande interiormente  
Cree que el laurel de triunfo que conquista,  
La gloria misma lo tejió en persona  
Aunque sabe muy bien que su corona  
Salió del obrador de una modista.

## IX

Sueña con que su nombre  
Dicho siempre entre muchas alabanzas  
Ha hecho concebir mil esperanzas  
De que tenga la patria otro grande hombre.  
Y de tan dulce sueño despertando

Y al despertar quedándose suspenso  
 Se incorpora en el lecho meditando  
 Con un placer inmenso,  
 En que si la ansia noble que le apena  
 Llegase al fin á realizarse un día,  
 Al corazón que ha consagrado á Elena  
 Su corona de poeta agregaría.

## X

Y Pablo, á quien le sobra  
 Fuerza y valor porque le sobra afecto,  
 Concibe en su interior un gran proyecto  
 Y sin pensar en más ió pone en obra;  
 Llegando á tal extremo en su demencia  
 Y á tal punto llegando en su arrebato,  
 Que ha olvidado los libros y la ciencia  
 Sin ver que está enfermándose de ausencia  
 Su pobre madre que le dice — *¡ingrato!*

## XI

Y es que aunque Pablo quiere á su familia  
 Con el afecto de un amor gigante,

Por más que lo medita y lo concilia  
 Siempre halla que el esfuerzo que lo auxilia  
 Nunca llega á auxiliarle lo bastante;  
 Que en la eterna vigilia  
 En que vive soñando con su amante,  
 Ésta, que toda su memoria llena,  
 Le hace olvidar la obligación, de modo  
 Que él solo dice que ha pensado en todo  
 Si ha pensado en la gloria y en Elena.

## CANTO SEGUNDO

## LA CORONA SIN CABEZA

## I

ENTRE el canto primero y el segundo  
 Han pasado dos años,  
 Y como todo pasa en este mundo  
 Que si en algo es fecundo  
 Es, por desgracia eterna, en desengaños,  
 Aquel montón de flores  
 Donde vimos dormir como en un nido  
 Á nuestros dos hermosos soñadores ;  
 Aquel montón de flores se ha perdido  
 Con la triste esperanza en sus dolores  
 De encontrar el remedio del olvido.

## II

Dos años han pasado,  
 ¡ Y el corazón de Elena está ya helado!...  
 Ella que era tan buena.  
 Ya no es aquella Elena  
 Á la que el pobre Pablo enamorado  
 Le consagraba en su ilusión serena  
 La gloria que aun no había conquistado....  
 En la triste bohardilla  
 Que aunque muy miserable y muy sencilla,  
 Era en tiempos mejores  
 Todo un cielo de encantos y de amores,  
 Hoy no se encuentra mas que el desaliento,  
 El tedio, la amargura, la tristeza,  
 Y en medio de todo ésto una cabeza  
 Donde duerme muy triste el pensamiento.  
 Y así es que Pablo, el que en su dulce encanto  
 No lloraba jamás con otro llanto  
 Que el llanto del placer y la alegría,  
 Hoy llora en su amoroso desencanto  
 Con el que antes de amar no conocía;  
 Repasa una por una,  
 Aquellas dulces horas tan hermosas  
 En que después de hablar de muchas cosas

Siempre olvidaban al partir alguna;  
 Al dar la media noche, vuelve aquélla  
 Que por primera vez lo halló con ella,  
 Y tropezando al delirar en eso  
 Con aquel lindo beso de aquel día  
 Tan dulcemente en su memoria impreso.  
 ; Ni puede resistirse á enviarla un beso,  
 Ni puede aborrecerla todavía!...

## III

— “ ¡Hacer, y hacer lo que hizo! — ”  
 Saltaba él sollozando de improviso;  
 — “ ¡Ella que era tan pura y cuya frente  
 Un cielo hermoso de virtudes era,  
 Tener que huir del mundo y de la gente  
 Como la infamia ó la traición lo hiciera!  
 Matar al sol para sus ojos bellos  
 Bajo la noche en que el dolor la abisma,  
 Y sintiendo las lágrimas en ellos  
 Envolverse la faz en sus cabellos  
 Con la vergüenza horrible de sí misma;  
 Buscar en otro pecho las dulzuras  
 De que mi pecho rebosaba lleno,  
 Sin dejar á mi amor salvar del cieno

Sus alitas tan blancas y tan puras.  
 ¡Ay! cuando yo por alfombrar su huella  
 Si para alzarse al cielo hubiera sido,  
 Con la paloma deshaciendo el nido  
 Hubiera dado el corazón por ella... ”  
 Y Pablo en el dolor que le devora  
 De su vida ante el páramo desierto,  
 Se inclina y gime y languidece y llora  
 Como deben llorar en la última hora  
 Los inmóviles párpados de un muerto.

## IV

Á veces, muchas veces, Pablo suele  
 Con la ilusión de que ésto le consuele  
 Buscar en el trabajo y la lectura,  
 Olvidando las penas de aquí abajo,  
 Esa tregua al dolor que la amargura  
 Encuentra en la lectura y el trabajo...  
 Coge los libros que en mejores días  
 Formaban de su afán las alegrías,  
 Y abriéndolos por fin con el denuedo  
 De una resolución bien meditada,  
 Después de mucho leer y no leer nada  
 Concluye al cabo por decir — ¡no puedo!

Busca y toma en seguida  
 La misma pluma aquella  
 Que de manos de Elena recibida,  
 Le ayudó con los sueños de su vida  
 A escribir tantas páginas para ella...  
 La clava en el papel febricitante  
 Como queriendo huir de su memoria  
 Y tratando de hacer la de otro amante,  
 Mas la historia que escribe es semejante  
 A la historia de Elena y á su historia;  
 Que aunque la buena lógica concluya  
 Que historia escrita así no ha de ser buena,  
 Raros serán los que al hacer la agena  
 No se acuerden un poco de la suya.

## V

Sea de ello lo que fuere,  
 Como Pablo no puede aunque lo quiere  
 Olvidar el recuerdo de la ingrata  
 Por quien conoce el pobre que se muere,  
 Pues conoce que eso es lo que lo mata,  
 Por cuantos medios le es posible cuida  
 De recoger noticias de su Elena,  
 No habiendo á quien informes no le pida

Sobre si está contenta de la vida,  
 Sobre si es muy dichosa y si está buena;  
 Y cuando oyendo un día sus preguntas  
 Le contestó abrazándole un amigo :  
 — No sueña la infeliz más que contigo,  
 Y tus cartas las guarda todas juntas —  
 Radiante de ventura al oír ésto  
 De su amigo, estrechándole, se aparta,  
 Y nuevamente á la ilusión dispuesto  
 Con mano alegre y con alegre gesto  
 Cogió una pluma y escribió esta carta :  
 “ Si fuiste cruel conmigo y si hubo un día  
 En que apartando tu alma de la mía  
 Me hundiste en el dolor y en la tristeza,  
 En prueba de que mi alma te perdona  
 Te mando con mi amor esa corona  
 Que anhela por estar en tu cabeza...  
 Que pues en tu alma aun escondido tienes  
 Algo de aquel amor que me tenías,  
 Si yo la conquisté para tus sienas  
 En ellas debe de estar y no en las mías.”

## VI

Puso Pablo su nombre, como un hombre  
 Que piensa decir mucho con su nombre;

Y después de plegarla en tres dobleces  
 Y de leerla y leerla muchas veces,  
 Hallando en su ilusión que estaba buena  
 Puso en el sobre — Á Elena —  
 Y en seguida radiante y satisfecho  
 Con un inmenso júbilo en el pecho,  
 Dando forma á una idea  
 Que en su amorosa sencillez se abona,  
 Exclamó contemplando la corona :  
 — ¡ Qué dichosa va á ser cuando la vea !

## VII

Y en tanto, aquella madre, aquella ausente  
 Sin consuelo ni alivio en su congoja  
 Lloraba sola y sin tener ni una hoja  
 Que enlazar á las canas de su frente...  
 ¡ Cuán cierto es que en la vida, aunque ésto asombre  
 En medio del placer y el regocijo,  
 Si el hijo no se olvida de que es hombre,  
 El hombre sí se olvida de que es hijo !

## VIII

Lo que el amigo aquel le dijo un día  
 Al triste Pablo era una farsa impía ;

Pues Elena la ingrata  
 Ni guarda aquellas cartas que decía,  
 Ni piensa en Pablo, ni el dolor la mata ;  
 Que parecida en ésto y semejante  
 Á más de alguna amante  
 Á quien mirándose al espejo, he oído  
 Parodiar con feroz desenvoltura  
 Una frase muy vieja, de este modo :  
 — *No se ha perdido nada, cuando todo  
 Se haya perdido menos la hermosura ;* —  
 La ingrata Elena como llevo dicho,  
 Sin huir de las gentes y del día,  
 Ni llora como Pablo suponía  
 Ni ha tenido jamás ese capricho.  
 Elena va al paseo  
 De lucir y brillar en el deseo ;  
 Tiene palco en el teatro y no hay velada,  
 Tertulia, baile, aniversario ó fiesta,  
 Á que oportunamente convidada  
 No se encuentre á asistir siempre dispuesta.  
 Si alguna vez lloró su desvarío  
 Recordando su falta y sus deberes,  
 Después, y como todas las mujeres  
 En casos semejantes,  
 Ha olvidado su falta y su extravío,

Tratando á sus amantes con desvío  
Y aprendiendo á olvidar á sus amantes.

## IX

De manera que Pablo que en su anhelo  
Esperaba soñando con el cielo,  
Que su amante por fin le volvería  
Todo el cariño y la pasión de un día,  
Con el cerebro ardiente  
Y un montón de esperanzas en la frente,  
Ansiando una respuesta  
Que confirmara su ilusión no escasa,  
Al entrar en su casa  
Se halló un papel y en el papel con esta : —  
“ Como de aquí á dos meses  
Que habré arreglado ya mis intereses,  
Pienso casarme con mi primo Antonio  
Que ha pedido mi mano en matrimonio,  
Le ordeno... le prohibo,  
Siendo ésta la razón porque le escribo,  
Que se vuelva á ocupar de la que un día  
Tuvo el capricho de quererle un poco,  
Sin sospechar que le volviera loco  
Su demasiado amor á la poesía.

Respecto á su corona  
Con la que dice usted que me perdona,  
Es un obsequio cariñoso y blando  
Que confieso en verdad que no merezco,  
Así es que la agradezco,  
Y como no me sirve se la mando.”

## X

Cuando el triste de Pablo hubo leído  
Por una y otra vez este recado  
Tan esperado como no temido,  
Viendo aquellos renglones  
Que en cambio de su fe y sus ilusiones  
Le brindan el escarnio y el olvido,  
Lleno de ese profundo desaliento  
Del que lo pierde todo en un momento,  
Cogió aquella corona sin cabeza,  
Fruto de su trabajo y su cariño,  
Y llorando, llorando como un niño  
Que de una falta grave se confiesa.  
— “ ¡ Oh gloria ! — dijo al fin — si hasta tu asiento  
En una hora de amor y atrevimiento  
Soñé volar del mundo á arrebatarte  
Uno de esos laureles con que el arte

Recompensa el trabajo y el talento;  
Tú sabes bien ¡oh gloria!  
Que no lo hice por mí sino por ella;  
Mas ya que ella tan dura como bella  
Ha insultado mi fe y aun mi memoria,  
¡Que acaben mi laurel y el regocijo  
Que sentí de ceñírmelo al anhelo...!—  
Y deshaciendo su corona, dijo,  
Y la arrojó en pedazos por el suelo.

## XI

Después, tranquilo ya, bajo la calma  
De otro cielo mejor y diferente,  
Pablo, pensando en la que estaba ausente,  
En lugar de un laurel ¡le mandó el alma!

1873

## EL PASADO

AL SEÑOR  
DON JUAN M. ZERECERO

QUERIDO JUAN:

*Este drama es tuyo: la noche del 9 de mayo de 1872, inolvidable para mí, es también inolvidable para ti. Guárdalo con el cariño de tu amigo, que ve en ti al creador de un personaje simpático para él por mil motivos. Ausentes ó no, que este drama sea el lazo que estreche la amistad que nos ha unido,*

MANUEL ACUÑA.

*Toluca, 21 de septiembre 1873.*

## PERSONAJES

---

EUGENIA  
MARÍA  
DAVID  
D. RAMIRO  
MANUEL  
ANTONIO  
UN CRIADO  
OTRO CRIADO

Méjico. Época actual. La acción empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana del día siguiente.

## ACTO PRIMERO

Sala decentemente amueblada, con una puerta en el fondo y cuatro laterales. Mesa en el centro con papeles y recado de escribir. Un reloj, una campana, un álbum con retratos, un velador, periódicos. Al levantarse el telón, aparecen EUGENIA, sentada en un sofá, como meditando, y DAVID, que entra de la calle y se detiene por un momento al verla.

### ESCENA I

EUGENIA Y DAVID

DAVID

(¡ En qué estará pensando !)

(Acercándose) ¡ Eugenia !

EUGENIA

¡ Ah ! ¿ Eres tú, David ? Qué pronto has vuelto, amigo mío.

DAVID

¿ Muy pronto ?

EUGENIA

Por lo menos, no has tardado tanto como yo esperaba. Y, á lo que parece, vienes muy contento, ¿no es verdad?

DAVID

Y con razón: figúrate que al volver de Tacubaya me encontré, en el mismo tren en que yo venía, con un antiguo compañero de colegio, á quien tú no conoces, pero del cual te he hablado muchas veces, citándole como el mejor y más querido de mis amigos.

EUGENIA

¿Manuel Ròmea?

DAVID

Sí, Manuel Romea. Muy buen muchacho: ya verás cuando lo trates. Y yo lo quiero mucho; como que es la personificación de mis recuerdos de estudiante, época, tal vez, la más hermosa de mi vida, puesto que entonces fué cuando te conocí.

EUGENIA

Gracias, David. Y, dime: ¿has visto ya *El Siglo XIX* de ayer?

DAVID

No. ¿Qué dice de importante?

EUGENIA

Trae un párrafo en que se deshace en elogios para ti, diciendo que... (Toma un periódico y se lo enseña en el punto á que se refiere) mira, aquí está.

DAVID

¡Veamos! (Leyendo) « Tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores que el célebre artista de » cuyos triunfos hablamos en uno de nuestros » números pasados, ha vuelto, después de cinco años de ausencia, á la tierra que le vió nacer. Sabemos que este tiempo lo ha empleado estudiando en Italia, y recorriendo las más hermosas » ciudades del antiguo mundo; estamos seguros de » que esto, unido á su talento y á su genio, hará » que el joven artista se coloque á la altura de los » más afamados pintores mejicanos. Nosotros lo » felicitamos sinceramente por sus triunfos, deseando » para su frente todas las coronas que merece. »

EUGENIA

¿Ya lo ves?

DAVID

Éstas son picardías de algún buen amigo que me quiere, y que aumenta en su cariño el poco mérito que tengan mis pinturas. Porque, á la verdad, las pobres no merecen tanto. Y ahora que recuerdo, podría jurar que estas líneas han sido escritas por Manuel. Sí, es uno de los redactores de *El Siglo XIX*. Ni sabe lo que se le espera cuando venga. Voy á regañarle. Afortunadamente estará aquí dentro de poco.

EUGENIA

¡Feliz de ti, que tienes quien te visite!

DAVID

Si ayer apenas hemos llegado, ¿cómo quieres que vengan á visitarte tus amigas?

EUGENIA

¿Mis amigas?

DAVID

¡Vamos! todavía no tienes razón para quejarte. Ya ves yo: no he visto más que á Manuel, y eso por una casualidad, y, sin embargo, nada digo. Estoy

seguro de que mañana van á asediarnos todos nuestros conocidos, y.... (En este momento, María, que llega, interrumpe á David, arrojándose á los brazos de Eugenia.)

## ESCENA II

DICHOS, MARÍA

MARÍA

¡Eugenia!

EUGENIA

¡María!

MARÍA

¡Tú!... tú!... ¡después de tanto tiempo!... ¡dame otro abrazo... déjame que te bese!... ¿Y usted, David, bueno? (Tendiéndole la mano.)

DAVID

Como siempre, María; aunque no, no como siempre, sino mejor.

MARÍA

Pues qué, ¿ha estado usted enfermo?

DAVID

Desde el momento en que dejé las playas de Veracruz... Es tan hermoso este país de flores y de volcanes, tan puro este cielo bajo cuyo azul se deslizaron las primeras horas de mi vida, que, lejos de aquí, se sintió oprimido el corazón por una ansiedad inexplicable, por una especie de nostalgia, semejante á la que Adán debió experimentar al partir del Paraíso. Y luego, que yo no puedo prescindir de las mejicanas... ¡son tan bellas... tan adorables!...

MARÍA

Gracias, en su nombre, mi querido amigo; pero no debiera usted decir eso, delante de Eugenia por lo menos.

EUGENIA

¿Por qué, María?

MARÍA

Porque te encelaras de ese cariño universal de tu marido, que, ya ves, hasta tiene la franqueza de decirlo.

EUGENIA

! Si te digo que es más enamorado!

MARÍA

¡Ah! ¡Ah! ¿Con que esas tenemos?...

DAVID

En cambio, Eugenia es la amiga más ingrata de todas las amigas.

MARÍA

¿Cómo?

DAVID

Cuando usted llegó, precisamente estaba acusando á todas sus antiguas compañeras de que la habían olvidado, y de que...

EUGENIA

Es verdad, querida; pero tú me perdonarás que lo haya hecha en medio de mi soledad y aislamiento.

MARÍA

Sin duda alguna, Eugenia, y puedes creer que si antes no he venido á verte, ha sido porque hasta hoy en la mañana no me participaron la noticia de tu vuelta.

DAVID

Con que, señoritas, ustedes deben tener muchas

cosas que decirse, y yo las dejo para que puedan hacerlo más libremente.

EUGENIA

¿Te vas?

DAVID

Sí, querida; tengo un poco de quehacer por allá dentro, y quiero concluir esta misma tarde si es posible. María, que no sea ésta la última vez que nos visite.

MARÍA

No tiene usted razón para decírmelo, David: soy demasiado egoísta, para no procurarme el placer de saludar á una hermana y á un amigo á quienes tanto quiero.

DAVID

Gracias.

(Saluda y vase segunda puerta izquierda.)

### ESCENA III

EUGENIA, MARÍA

MARÍA

Y bien, Eugenia: ¿qué tal has pasado estos cinco

años? ¿Te habrás divertido mucho... habrás estado muy contenta?...

EUGENIA

Sí, María; porque es un gran placer vivir al lado de un buen esposo, que nos ama, á quien amamos, y cuyos triunfos en países tan artísticos como la Italia, nos llenán de orgullo y satisfacción. ¡Si vieras cuánto gocé en mi pobre casita de Florencia, el día que supe por un periódico que un cuadro de David había obtenido el primer premio!... ¡Oh!, en aquellos momentos, no me habría cambiado por nadie, absolutamente por nadie. Dejando á un lado el sentimiento nacional, haciendo abstracción del mejicano, el autor era mi esposo, y ya tú podrás figurarte que la cosa era para volverme loca. Los diarios no hablaban más que del pintor de *El tormento de Cuahutemotzín*, que era el asunto del cuadro, elogiándole y asegu-rándole un porvenir de gloria y celebridad.

MARÍA

Estarías muy alegre...

EUGENIA

¡Y sin embargo!...

MARÍA

¿Y sin embargo, qué?... concluye.

EUGENIA

María: tú, más que mi amiga, eres mi hermana, y te lo puedo decir todo. Cuando yo consideraba que era la mujer del artista á quien todos admiraban y á quien todos ansiaban conocer; cuando yo consideraba que era indigna de llevar su nombre, su nombre que era un título de gloria, y que yo manchaba con el mío, se anegaban en lágrimas mis ojos, y más de una vez me arrodillé para suplicar á Dios que me matara, que me matara para dejarle libre.

MARÍA

¡Pobre Eugenia!

EUGENIA

Cuando en el paseo, cogida de su brazo, veía yo que alguno se fijaba en nosotros y hablada al oído de su campañero, me parecía que aquel hombre estaba al tanto de mi situación, y que hasta se volvería á mí, para acusarme de haber unido mi nombre al de David. Y luego que los artistas se encuentran en una atmósfera tan luminosa, tan radiante, que el borrón más pequeño es advertido inmediatamente, y el

mundo no perdona... el mundo no sólo mata al gusano, sino también al inocente botón que ha carcomido.

MARÍA

¿Y David?

EUGENIA

David no me acusa; ha arrojado al olvido mi pasado; pero mi conciencia no, y la conciencia habla muy alto.

MARÍA

Es que tú no tienes que temer de la conciencia. Si tú le hubieras engañado, si te hubieras unido á él guardando tu secreto, ¡vaya! pero una mujer que tiene la abnegación y la lealtad de presentarse á los ojos de su amado con toda la espantosa realidad de la desgracia, no tiene de qué acusarse, si á pesar de eso hay un hombre que le ofrece su corazón y su porvenir. Tú hiciste lo que debías, y aun más de lo que debías, para que David prescindiera de tu cariño; si no lo conseguiste, si él se olvidó de todo para enlazarse contigo, ninguno tiene derecho de culparte.

EUGENIA

El mundo no sabe eso, el mundo creará que yo he

abusado de su amor para engañarle, y esto me desespera por David, que tal vez llegará á pensar lo mismo.

MARÍA

¡Vamos! Eugenia, rechaza esos pensamientos que te hacen sufrir tan rudamente, y no te vuelvas á acordar de semejantes cosas.

EUGENIA

¡Ojalá fuera posible, María!

MARÍA

¿Y por qué no?

EUGENIA

¡Porque en situaciones como la mía, en todas partes, hasta en las sombras, los ojos no encuentran sino aquello precisamente que deseáramos arrojar de la memoria!... Pero dejemos esto á un lado, como dices tú muy bien. ¿Quieres visitar la pequeña galería que ha formado de sus cuadros nuestro artista?

MARÍA

Iba á suplicarte que me proporcionaras ese placer;

así es que acepto, y te doy las gracias por haberte anticipado á mis deseos.

#### ESCENA IV

DICHAS Y DAVID

DAVID

¿Has oído sonar la campanilla, Eugenia?

EUGENIA

No; hemos estado tan distraídas...

DAVID

Pues á mí me pareció... ¿pero ustedes iban á salir por lo que veo?

MARÍA

Sí, muy cerca.

EUGENIA

Iba á enseñarle tus cuadros á María.

DAVID

¡Ah! muy bien.

EUGENIA

Con que toma mi brazo, y vamos.

MARÍA

Vamos. (Vanse primera puerta izquierda.)

## ESCENA V

DAVID, luego MANUEL

DAVID

Si me habré engañado creyendo que tocaban.  
¡Vaya! ¡Vaya! Y ese chico que no viene.

MANUEL (Entrando)

¡Querido David!

DAVID

¡Manuel! (Se abrazan.) Ya me figuraba yo que no vendrías. Siéntate, hombre, siéntate, y déjame que te mire á toda mi satisfacción; pero antes, dime, ¿todavía formas parte de la redacción de *El Siglo*?

MANUEL

Sí, y comprendo por qué me lo preguntas. Has creído que el párrafo relativo á ti ha salido de mi pluma, ¿no es eso?

DAVID

Pues qué, ¿no es tuyo?

MANUEL

No, lo ha escrito un compañero que ni siquiera te conoce. ¡Ya verás!

DAVID

¡Hombre! y yo que estaba en la firme persuasión de que era tuyo...

MANUEL

Con que, vamos á ver, cuéntame, ¿qué has hecho en todo este tiempo que has estado ausente?

DAVID

Poco menos que nada: pasearme en Roma ó Florencia casi todo el día, después de dar algunos brochazos en el lienzo, y volverme en seguida como tú lo ves.

MANUEL

Debías añadir: después de obtener varios triunfos en la tierra clásica de los artistas.

DAVID

¿Triunfos?

MANUEL

Ya lo creo; en cuantos diarios florentinos caían á mis manos á fines del año pasado, siempre encontraba algún elogio para el autor de *El tormento de Cuahremotzín*.

DAVID

Sí, ya recuerdo: un pobre cuadrito que tuvieron la bondad de premiar en la Exposición.

MANUEL

¿Bondad, eh?

DAVID

No, Manuel, ni digas que es modestia; si lo conocieras, te convencerías de que en realidad vale bien poco.

MANUEL

Advierte que los italianos son peritos en la materia,

y que algo debe valer tu cuadro, cuando obtuvo el primer premio.

DAVID

na casualidad....

MANUEL

Pasando á otra cosa, puesto que tus pinturas no merecen la pena, ¿qué tal viajaste?

DAVID

Algo; un poco de España, lo mismo que de Italia, Londres, París...

MANUEL

¡Ah! estuviste en París, ¿y qué tal?

DAVID

Ya tú lo conoces, á pesar de no haberlo visitado. Una ciudad inmensa y populosa, donde está reconcentrado todo lo bueno y todo lo malo de la tierra. El cerebro de esa loca que se llama Francia, en el que es preciso estudiarla para comprenderla; porque, ciertamente, el que conoce á Paris, puede decir que conoce á los franceses. Ahí es donde puede observarse el carácter de ese pueblo, mitad hombre y mitad niño, que por una parte desempiedra una calle para

alzar una barricada, representado por sus obreros, y por otra se dirige á Mabile, á divertirse, representado por una comparsa de estudiantes y grisetas.

MANUEL

Hombre, á propósito, ¿se baila allí mucha Can-Can?

DAVID

Mucho; el entusiasmo que ha producido ese baile casi raya en frenesí: aquello es una turba de furiosos, de salvajes, que se olvidan de todo para ensimismarse en sus piernas y en sus pies, y que saltan, se retuercen y se agitan. Ahí, en Mabile, más que un sitio de recreo, le parece á uno encontrarse en el infierno, rodeado por los espíritus del vértigo.

MANUEL

¿Y por supuesto que el Can-Can está admitido en todas las clases de la sociedad!

DAVID

En todas: no temo exagerarte, si te digo que de las tres cuartas partes de la población apenas habrá uno que no lo haya ensayado alguna vez. Lo que yo

siento es que Méjico está contagiándose de tal manera en ese punto, que va á ser otro París dentro de poco.

MANUEL

No; aquí el Can-Can está reducido al teatro, y nada más: unas cuantas bailarinas, de piernas más ó menos afrodisiacas, y he aquí todo. El público lo aplaude, pero no lo acepta por fortuna.

DAVID

Yo me alegro, porque el tal bailecito no es de lo más moral, ni de lo más decente que digamos.

(Eugenia y María aparecen primera puerta izquierda.)

Estas señoras, por lo menos, estoy seguro de que participan en todo de nuestra opinión.

## ESCENA VI

DICHOS, EUGENIA Y MARÍA

MARÍA

Seguramente que sí. ¿Cómo vamos, Manuel?

MANUEL

Á los pies de usted, María.

EUGENIA (Á Manuel)

Buenas tardes.

MANUEL

Señorita...

MARÍA

Con que. ¿de qué se trataba cuando nosotras llegamos? He dicho que sí, y quiero saber qué es ello, para conformarme, ó para...

DAVID

Decía yo que el Can-Can es una innovación en la coreografía que no debe aceptar nuestra sociedad.

MARÍA

Y tiene usted mucha razón.

EUGENIA

Yo digo lo mismo que María.

DAVID

¡Ah, Eugenia! Antes de que se me olvide, quiero

cumplirte mi promesa; te presento á mi amigo y hermano Manuel Romea. (Á Manuel.) Mi esposa.

MANUEL

Señora, mucho me lisonjea contarme desde ahora en el número de sus más rendidos servidores.

EUGENIA

Gracias, caballero.

MANUEL

Acabamos de tratar de baile, y aprovecho la oportunidad para invitarlos á uno que tendrá lugar en San Cosme esta misma noche. (Á María.) He estado ya en la casa de usted á convidarla; pero ya que mi buena suerte ha hecho que la encuentre aquí, personalmente la invito, y confío en que aceptará como Eugenia, y como David.

DAVID

Yo...

MANUEL

No, no vayas á decirme que no puedes, porque no admito excusas de ninguna especie; me he comprometido á llevarte, y no creo que seas tú quien me

haga faltar á mi palabra : afortunadamente traigo conmigo las esquelas.

MARÍA

Yo iré con una condición.

MANUEL

¿Cuál?

MARÍA

Que Eugenia pase por mí, para acompañarme.

MANUEL

¿Qué dice usted á eso, Eugenia?

EUGENIA

Que á mí tal vez no me sea posible asistir, porque...

MARÍA

Entonces yo tampoco iré.

MANUEL

Nada, yo les entrego á ustedes sus billetes; si no los aceptan, pueden romperlos en el acto, porque yo no los recojo.

DAVID

Pues si te empeñas, iremos : querida Eugenia, puedes prepararte para ir á tiempo por María.

MARÍA

¿Es decir que se admite mi condición?

EUGENIA

Ya lo ves.

MARÍA

Pues me voy, y á las nueve te espero en casa; ya tú sabes : la misma donde he vivido siempre. Con que, señores, hasta la vista.

EUGENIA

Voy á acompañarte. Usted tendrá la bondad (Á Manuel) de perdonarme si lo dejo para ir á disponer lo necesario.

MANUEL

Con tal de que usted me dé la primera danza, y consiga de María que me dé también el primer vals, le ofrezco á usted mi más completo perdón.

MARÍA

Es usted algo exigente, pero por mi parte...

EUGENIA

Puede usted contar con esas piezas.

MANUEL

Gracias.

MARÍA

Con que hasta la noche.

DAVID

Hasta la noche.

EUGENIA

¡Caballero! (Saludando á Manuel.)

MANUEL

¡Señorita! Hasta San Cosme.

(Manuel y David las acompañan hasta la puerta del foro.)

## ESCENA VII

DAVID Y MANUEL

MANUEL

Querido; ¿cómo es que en tus cartas no me con-

taste que te habías casado? Al día siguiente de tu partida se supo aquí que te habías llevado una muchacha, pero eso lo tomé yo por una simple locura juvenil y nada más. Yo ignoraba, aunque ahora me lo supongo, que esa compañera de viaje era tu esposa.

DAVID

En efecto, Manuel, era mi esposa.

MANUEL

Permíteme que te diga que no entiendo una palabra. En aquel tiempo yo era tu amigo más íntimo, el que te acompañaba á todas partes, y entre tus novias no recuerdo haber conocido ninguna Eugenia. La última de que me hablaste fué Margarita, la querida de don Ramiro; pero á esa ni la cuento, porque para haberle dado tu nombre, era preciso que antes hubieras perdido la razón.

DAVID

Según eso, ¿tú no te habrías enlazado con ella?

MANUEL

¡Hombre, no!

DAVID

¿Y por qué?

MANUEL

En primer lugar por mí; y en segundo lugar por los demás.

DAVID

No te comprendo.

MANUEL

¿Tú crees en la rehabilitación de la mujer caída?

DAVID

Si: yo sostengo que la mujer es rehabilitable, cuando su alma se ha conservado pura, y, sobre todo, cuando su falta ha tenido por móvil, no la vanidad ni los placeres, sino un sentimiento noble y generoso, el de salvar la vida de una madre, como en ese caso.

MANUEL

El fin no justifica los medios, y el mundo jamás olvida ese refrán. Cuando ve uno de sus miembros gangrenado, teme corromperse, y, sin preguntar la causa, se contenta simplemente con cortarlo. Por lo demás, no hace sino lo que tú mismo harías en circunstancias semejantes.

DAVID

¿Yo?...

MANUEL

Es claro, y te lo voy á probar en dos palabras. Un día, por ejemplo, ves á un asesino que me ataca puñal en mano, y te interpones; de esto resulta que me salvas, pero á costa de tu brazo que ha recibido todos los golpes en la lucha; pues bien, si á consecuencia de esto se te gangrena, ¿te detienes en cortarlo porque haya sido el salvador de un amigo tuyo?

DAVID

Si puede sanar, lo deajo.

MANUEL

El hecho es que eso es imposible, ó por lo menos muy difícil. Mientras el médico *Sociedad* no se convence de que un miembro podrido es susceptible de curarse, no ha de prescindir de su sistema.

DAVID

Manuel, veo que eres muy severo en tus apreciaciones.

MANUEL

Estoy seguro de que tú piensas como yo; defiendes el caso, y no me extraña, porque Margarita está com-

prendida en él; pero, en el fondo, tú me concedes la razón.

DAVID (Con entusiasmo creciente)

Te engañas: y no defiendes el caso por Margarita, como dices, sino porque es mi convicción, porque es mi creencia, que cualquier culpable puede rehabilitarse de sus faltas. ¡Yo no condeno como la sociedad al presidiario que ha robado un pedazo de pan para sus hijos, yo no condeno á la pobre mujer sin educación y abandonada, que el día que se muere de hambre se vende en el vértigo de la miseria, por unas migajas de mendrugo!... ¡Yo á quien condeno es á la sociedad que no da trabajo al artesano!... ¡Al que no educa á la mujer!... ¡Al que la compra! ¡Yo á quien condeno es á la sociedad que se enfanga y después se asusta de sí misma!... ¡Á esa madre que arroja á sus hijos en el albañal y que después no quiere reconocerlos!

MANUEL

¿Y qué le vamos á hacer? Yo quiero convenir contigo en que sea una injusticia imperdonable que los hombres castiguen faltas, de las que tal vez son cómplices; pero está demasiado arraigada para que tú, ó yo, abriguemos la esperanza de destruirla.

DAVID

No: yo tengo mis ideas y mi manera de ver las cosas; pero sin la pretensión de hacérselas admitir á la sociedad. Ella puede seguir el camino que le cuadre: yo, por mi parte, lo que nunca haré será sacrificar, en aras de sus caprichos y de sus necedades, ni mis sentimientos, ni mi oración.

MANUEL

Pues serás un mártir.

DAVID

Mártir es mejor que necio.

MANUEL

Sin embargo...

DAVID

Dime, Manuel: un hombre que piensa y siente y obra por sí mismo sin consultar con la multitud, tú, por ejemplo, si un día te encontraras con una mujer, ángel en el fondo y meretriz en la superficie, que por la primera vez despertara en ti ese anacronismo del sentimiento que se llama amor; si al lado de esa mujer divisaras un horizonte de cielos y un porvenir de felicidad, ¿renunciarías á todo esto por el mundo?

MANUEL

¡Francamente, sí!

DAVID

¡Mentira!

MANUEL

¿Mentira?

DAVID

Tú no eres tan miserable para dejarte vencer por la preocupación.

MANUEL

Prescindo del *qué dirán*.

DAVID

Entonces...

MANUEL

Pero no prescindo de mí mismo.

DAVID

¿Qué quieres decir con eso?

MANUEL

Supongamos por un momento que tú fueras esposo de Margarita. Dime: ¿no es verdad que en medio de tus efusiones íntimas con ella, cuando febricitante y ebrio

la tuvieras en tus brazos acariciándola, ¿no es verdad que sentirías algo como el infierno, ante el recuerdo de que aquellos labios estaban manchados por el ósculo de la impureza?

Suponiendo que tú fueras esposo de Margarita, si mañana te diera un hijo, ¿no es verdad que ese hijo tendría derecho á maldecirte por haberle dado una madre, cuya mancha se reflejara sobre su frente? Pero... ¡ja, ja, ja! estamos tomando este asunto tan á lo serio, que no parece sino que mi suposición es verdadera, según el ceño que me estás poniendo. ¡Vamos! querido David, espero haberte convencido por completo, y me retiro contando con que esta noche me referirás entre dos ponches todas las circunstancias y todos los pormenores de tu enlace. Yo te conozco, y deben ser interesantes, porque tú tienes muy buen gusto en materia de aventuras. (Toma tu sombrero.)

Con que, ¡arreglarse y hasta la vista! (Tendiéndole la mano.)

DAVID (Secamente)

Adiós.

MANUEL (Desde la puerta.)

Mis saludos para Eugenia.

## ESCENA VIII

DAVID SOLO

Apoyado en un sillón permanece algunos instantes con la mirada fija y como anonadado. En sus palabras como en su acción se hará notar la lucha que sostiene.

Expresiones para Eugenia... ¡Si, para Margarita!... ¡Y yo que nunca me había fijado en ello!... ¡Manuel tiene razón! Sus primeros besos, sus primeras caricias... ¡Oh! ¡en este momento es cuando estoy sintiendo ese torcedor de los recuerdos, ese infernal suplicio del pasado!... ¡Es verdad! Yo creía tener valor para vencer esa preocupación á fuerza de cariño; pero, desde hoy, ya no podré verla sin... ¡Esto es horrible! Y luego, si yo tuviera un hijo... ¡Dios mío! ¿qué he hecho para que me castigues de este modo? (Pausa.) ¡Nada! ¡mi porvenir destruído...! ¡mis ilusiones tronchadas...! De hoy más, no seré sino la befa de la sociedad, que me escupirá á la cara ese nombre de lodo... ¡Margarita! ¡Ah! ¡Manuel no sabe lo que sus palabras han hecho germinar en mi corazón...! ¡Y el baile...! ¡Es preciso que Eugenia vaya al baile...! Exploraré el terreno, así tendré algo á qué atenerme.

## ESCENA IX

DAVID Y EUGENIA

EUGENIA

¡Amigo mío!

DAVID

¡Margarita... Eugenia!

EUGENIA (Con amargura)

David, ¿por qué pronuncias ese nombre? ¿Tienes algún motivo de queja contra mí?

DAVID

Yo...

EUGENIA

¿Juzgas acaso que no es suficiente lo que sufro, lo que el mundo me hará sufrir mañana para expiar una falta que...

DAVID (Como temiendo ser oído)

¡Silencio!

EUGENIA

¿Y añades tú también tu insulto...?

DAVID

Eugenia...

EUGENIA

¿Crees que sea necesario que oiga yo ese nombre para acordarme de aquel tiempo en que era la...

DAVID

¡Silencio!

EUGENIA

¡Ah! yo pensaba que jamás encontraría un tormento más espantoso que el que llevo en mí misma hace cinco años, y sin embargo...

DAVID

¡Vamos! perdóname... yo te juro que... que no tuve ningún objeto al decirte esa palabra... brotó de mis labios sin saber cómo... yo te aseguro que jamás volverá á sonar en tus oídos!... ¿Estás contenta?

EUGENIA

¡David!

DAVID

No llores... ¡es la primeza vez que cometo esa inadvertencia, y te ruego que me disculpes!... Me parece que tengo derecho para pedirte ese favor...

EUGENIA

Está bien...

DAVID

¿Y ya has arreglado todo lo necesario para ir al baile?

EUGENIA

¿El baile? No, todavía, no.

DAVID

¡Perezosa! pues apresúrate mientras yo voy á hacer lo mismo, porque á las nueve prometiste estar en la casa de María.

EUGENIA

¡Es verdad!

(David se retira volviendo la cara y deteniéndose á cada paso para mirar á Eugenia. Al llegar á la segunda puerta derecha, termina la vacilación de que ha estado poseído, y como resolviéndose, retrocede apresuradamente hasta Eugenia, cuya cabeza coge entre sus manos para besarla, soltándola bruscamente en el instante de ir á hacerle

DAVID

¡No! (Vase precipitadamente.)

EUGENIA

¡Ah! (Cae desplomada en el sillón cercano.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Salón de descanso, profusamente iluminado, con dos puertas al foro, á través de las cuales se verá un patio con una fuente en el centro, rodeada de tiestos con madreselvas y otras plantas trepadoras. En el salón, espejos, cuadros, columnas, bustos, sofás, sillones, consolas, alfombra, candil, candelabros, todo de lujo y colocado con gusto.

## ESCENA I

DON RAMIRO

¡Vaya una cuasualidad! ¡Ella aquí! Lo que yo menos me podía esperar en este baile. Después de cinco años en que casi había acabado por olvidarla, se me aparece de repente con su verdadero nombre, y casada nada menos que con el pintorcito de David, que tiene todo el descaro suficiente para traerla á una tertulia y presentarla como su esposa. ¡Y qué bien se habrán reído de mí los dos palomos!... Es claro, después de la partida que me jugaron... pero ya, ya les arreglaré las cuentas.

## ESCENA II

DON RAMIRO Y ANTONIO

ANTONIO

Querido don Ramiro.

RAMIRO

Querido Antonio, ¿cómo vamos?

ANTONIO

¿Qué diablos se hace usted por aquí tan solo!  
(Precisamente como yo lo necesitaba.)

RAMIRO

Ya lo ve usted, fastidiarme.

ANTONIO

¿Fastidiarse?

RAMIRO

Sí, descansando de la fatiga y huyendo de ese  
alegre torbellino, donde tanto se baila y se divierte.

ANTONIO

¿Ha estado usted muy contento de la fiesta?

RAMIRO

¡Hombre, sí!

ANTONIO

¿Y qué tal de muchachas? ¿Habrá hecho usted  
muchas conquistas, no es verdad?

RAMIRO

¿Conquistas?

ANTONIO

¿Y por qué no?

RAMIRO

Usted decididamente está de broma, porque de  
otra manera no puede comprenderse que quiera  
convertir en Cupido á un hombre que cuenta ya diez  
lustros bien completos.

ANTONIO

Pues, lo que soy yo, me he encontrado con una  
muchacha... ¡y qué muchacha!

RAMIRO

¿Bonita, eh?

ANTONIO

Encantadora, y sobre todo novelesca.

RAMIRO

Novelesca?

ANTONIO

Ya lo creo, si es todo un tipo, todo un personaje de comedia.

RAMIRO

¿Y esta noche es cuando usted la ha conocido?

ANTONIO

No, no, señor, hace algún tiempo; sólo que estos últimos años la había yo perdido de vista enteramente.

RAMIRO

¡Ah! ¡ah!

ANTONIO

(Es preciso que este viejo se ponga de mi parte.)

RAMIRO (Aparte).

(¿Á dónde irá á parar este muchacho?) ¡ Con que decía usted que esa chica es una historia!

ANTONIO

Puede usted juzgarlo por sí mismo por este pasaje de su vida.

RAMIRO

Á ver, oigamos.

(Se sientan).

ANTONIO

Figúrese usted que la joven á que me refiero vivía muy humildemente con su madre enferma en una casita de los arrabales, cuando un hombre, que probablemente era un gran filántropo, le propuso una de esas infamias que la generalidad de las mujeres no escuchan sin ruborizarse y sin estremecerse. La infeliz luchó por algún tiempo entre el amor de su madre y el sentimiento de la virtud; pero una noche la pobre señora se moría por falta de un mendrugo, y... ¡el cariño filial venció! El viejo vió cumplidos sus deseos.

RAMIRO

(Es Margarita, no me cabe duda.)

ANTONIO

El sacrificio fué inútil, porque la desgraciada, al acercar el pan de la deshonra á los labios de su madre, encontró que estaba muerta.

RAMIRO

¡Pobre niña!... Pero, prosiga usted, que la historia está positivamente interesante.

ANTONIO

Pues bien; al verse sola y enteramente abandonada, la joven, sin experiencia, y arrastrada por las circunstancias, se dejó engañar por su miserable protector, que en vez de esposa la hizo su querida. Ante la sociedad, pasaba por su sobrina; pero ya usted comprenderá que no todas las cosas pueden ocultarse, y que al cabo y al fin se supo de qué naturaleza eran aquellas relaciones.

RAMIRO

Era de esperarse; ya lo creo.

ANTONIO

Un pobre artista, sin embargo, tomando la ficción de buena fe, se enamoró pèrdidamente de la chica, que no habiendo amado nunca, sintió por él una atracción simpática y desconocida. Así pasaron muchos meses; él engañado y cada vez más ciego, y ella ocultando un cariño que consideraba una

locura. Á cada instancia del amante, ella contestaba que prescindiera de un amor que jamás podría pagarle, eludiendo la respuesta franca, tanto por no darle un golpe demasiado rudo, como por no tener que sonrojarse ante sus ojos. Una noche, sin embargo, se lo dijo todo, esperando de esta manera disuadirle; pero, por el contrario...

RAMIRO

El muchacho persistió en su idea.

ANTONIO

Y no sólo eso, sino que teniendo que partir para Italia en esos días, la víspera de su marcha se enlazó en secreto, y á la mañana siguiente desapareció con ella, dejando burlado al viejo, que se hallaba postrado por la gota, y al mismo tiempo á un pretendiente que tenía el capricho de arrebatársela y hacerla su querida.

RAMIRO

¡Ah! ¿Con que había otro además del afortunado?

ANTONIO

Otro, á quien ella sólo contestaba con desprecios, sospechando tal vez sus intenciones.

RAMIRO (Bruscamente y levantándose).

¿Y todo esto, en resumidas cuentas, á qué viene?

ANTONIO

¡Hombre! ¡Vaya una pregunta!

RAMIRO

¿Usted conoce á todos los personajes de su cuento?

ANTONIO

¿Y usted conoce á todos los individuos de mi historia?

RAMIRO

Yo á todos.

ANTONIO

Y yo también á todos.

RAMIRO

Ella es Margarita.

ANTONIO

Y él es David.

RAMIRO

Los otros dos...

ANTONIO

Somos usted y yo.

RAMIRO

Tenemos la venganza en nuestras manos.

ANTONIO

Eso es precisamente lo que yo deseo.

RAMIRO

La sociedad está de nuestra parte.

ANTONIO

Eso era lo que yo pensaba.

RAMIRO

David es un artista que no sueña más que con sus pinceles y su Eugenia, y...

ANTONIO

Perfectamente, comprendo el plan de usted, y es el mismo que yo me había forjado.

RAMIRO

¡Bien! pues esta misma noche es necesario que

reciba el golpe; y muy despreocupado y poco pun-  
donoso ha de ser, si no se encarga él mismo de  
vengarnos.

ANTONIO

¡Seguro! (¡Después ella será mía!)

RAMIRO

¿Qué decía usted?

ANTONIO

¡Nada! que lo demás de mi cuenta corre; yo le  
aseguro á usted que será el golpe de gracia.

RAMIRO

¿Qué es lo que piensa usted hacer?

ANTONIO

Ahorre usted preguntas, y obremos cada cual por  
nuestro lado. Cualquier medio será bueno, si el  
resultado corresponde á nuestros intereses.

RAMIRO

Creo que nos hemos entendido, y no sería malo...

ANTONIO

Poner manos á la obra, ¿no es verdad? Pues hasta  
la vista.

RAMIRO

Sí, querido Antonio, hasta la vista.

(Antonio va á salir, y al llegar á una de las puertas del foro, se  
detiene por Eugenia y Manuel que aparecen en ella.)

ANTONIO (Al verlos).

¡Ah!

### ESCENA III

DICHOS, EUGENIA Y MANUEL

MANUEL

¿Á dónde tan de prisa, Antonio? Señor don Ramiro...  
(Saludándoles.)

ANTONIO

Vine á orear mi frente bañada de sudor por el  
cansancio, y vuelvo nuevamente al baile, para atur-  
dirme en su bullicio y en sus armonías. Si ustedes  
gustan...

MANUEL

¡Gracias! Eugenia está un poco fatigada, y mientras...

ANTONIO

Entonces, ustedes dispensarán que no los acompañe; pero en cambio don Ramiro hará mis veces.

RAMIRO

Con mucho gusto.

ANTONIO (Á Eugenia).

Á los pies de usted.

(Á Manuel.) ¡Adiós!

## ESCENA IV

DICHOS, menos ANTONIO

MANUEL

Vamos, Eugenia, tome usted asiento, y permítame que la presente á don Ramiro, uno de los admiradores de David, y que hace un momento me indicaba el deseo de conocerla.

RAMIRO

¡Señora!...

EUGENIA

¡Caballero!...

RAMIRO

Usted me perdonará si cree un atrevimiento la indicación que hice á Manuel de que en la primera oportunidad me presentara con la esposa de uno de nuestros más célebres artistas; pero yo soy así: cuando me encuentro con una notabilidad, identifico con ella todo lo que se la relaciona, y me agrada conocerlo.

MANUEL

Y, más, cuando se trata de la compañera de trabajos y de estudios, como en este caso, ¿no es verdad?

RAMIRO

Seguramente, basta con que á sus ojos se haya desarrollado y tomado vuelo el genio artístico de nuestro amigo, para que sobre su frente irradie algo de la gloria que á él le corresponde.

EUGENIA

¡Señores!... (¡Qué situación tan espantosa!)

RAMIRO

Por lo demás, Manuel, convenga usted conmigo en que si la carrera del artista es un calvario, el calvario de David ha de haber sido muy dulce teniendo á su lado una esposa como Eugenia.

MANUEL

Sin duda alguna; un artista de corazón como David, necesitaba una joven virtuosa como Eugenia.

EUGENIA

(¡Dios mío!)

MANUEL

Yo lo digo por mi parte; en el caso de tomar estado, elegiría á cualquiera menos á una mujer indigna.

RAMIRO (Con intención).

¿Qué le parece á usted, Eugenia?

EUGENIA

À mí...

MANUEL

Eugenia dice lo mismo que yo; y aunque su esposo sea tan soñador que defienda la rehabilitación y

quién sabe cuántas otras utopías, yo me felicito de que ella se haya interpuesto en su camino, porque, así, le ha evitado una calaverada que le habría costado muchas lágrimas.

(Se levanta con naturalidad á recorrer los cuadros del salón).

EUGENIA

(¡Él no sabe!... ¡Qué suplicio!)

MANUEL

Yo quisiera que se hallara aquí para preguntarle si insiste todavía en sus opiniones; le pondría un paralelo para que juzgara, á ver si entonces me decía lo mismo.

(Durante la distracción de Manuel con un álbum que halla sobre una de las consolas, Eugenia y don Ramiro sostienen apresuradamente el siguiente aparte.)

RAMIRO

¿Qué respondes á eso, Margarita?

EUGENIA

¿Quién le da á usted derecho para insultarme, caballero?

RAMIRO

Nada de escenas teatrales, que pondrían tu situación en peor estado.

EUGENIA

Pero, en fin, ¿qué es lo que usted quiere?

RAMIRO

Casi nada : hablarte á solas un momento sobre ciertas materias que tenemos atrasadas.

EUGENIA

¡Imposible!

RAMIRO

¿Cómo imposible?

EUGENIA

Yo no puedo ni debo acceder á un capricho semejante.

RAMIRO

Te advierto que si no lo haces por bien, lo harás por fuerza.

EUGENIA

Sería difícil que usted lo consiguiera.

RAMIRO

Yo pienso que es muy fácil.

EUGENIA

Manuel es amigo de mi esposo... y...

RAMIRO

Manuel ignora la verdad, y tú no serás tan necia que quieras descubrísela.

EUGENIA

¡Pero usted es un infame!

RAMIRO

Tal vez; mas como esto se va haciendo demasiado largo, es preciso que termine.

EUGENIA

¡Por compasión!

RAMIRO

¿No?

EUGENIA

Pues bien, ¡no!

RAMIRO

¡Perfectamente! ¡Tú quieres que Manuel, que te ve como una mujer digna y honrada, y que te llama Eugenia, te aplique lo que acaba de decir, y que reconozca á Margarita, que fué en un tiempo mi sobrina! Muy bien; ahora verás cómo eso se arregla conforme á tu deseo

(Yendo hacia Manuel.)

EUGENIA (Déteniéndole)

¡Piedad! ¡Por última vez, piedad!

RAMIRO

¡Vamos! Inventa cualquier pretexto para alejarle, y acabemos.

EUGENIA

¡Pero, por Dios!

RAMIRO

Le suplicas que vaya á buscar á David, por ejemplo, y entretanto...

EUGENIA

Manuel.

(Á éste.)

MANUEL

Eugenia.

EUGENIA

Voy á tomarme la libertad de inferirle una molestia.

MANUEL

Me dará usted un placer si en algo puedo servirla.

EUGENIA

Desearía que se tomara usted el trabajo de buscar á David y decirle que le espero aquí.

MANUEL

Será usted complacida en el instante.

EUGENIA

Entonces...

MANUEL

Con el permiso de usted, vuelvo.

(Vase.)

## ESCENA V

EUGENIA, DON RAMIRO

EUGENIA

¡Y bien, caballero, concluyamos!

RAMIRO

Margarita, la casualidad ha hecho que nos veamos al cabo de cinco años, y es fuerza aprovecharla para poner las cosas en su verdadero punto de vista. Tú creerás tal vez que al recogerte librándote de la miseria y del infortunio, no me impulsaba otro sentimiento que comprar de esa manera tus caricias; tú creerás que un viejo respecto de una joven no puede abrigar otra cosa que un capricho, y, sin embargo, Margarita, si tú no lo adivinaste, la verdad era que yo, inconstante por naturaleza, había sentido despertar en mi interior algo que tu presencia y tus miradas hicieron conmover y estremecerse. Á fuerza de cariño, pensé hacerte olvidar mis años; confiaba en que tendrías compasión del pobre viejo, y que acabarías por amarle... y me sonreía á solas, acariciando en mi alma esa ilusión. Yo confieso que mi edad y las circunstancias en que me conociste debieron obligarme á desecharla; pero hay casos en que el hombre se empeña en una idea, y se encuentra capaz hasta de escalar el cielo. Mi alma soñaba en que llegaría á destruir la barrera interpuesta entre nosotros; y mientras, un extraño venía y me lo arrebatava todo, absolutamente todo. Tú me dirás que un hombre puede comprarlo todo en una mujer

menos el alma; tú me dirás que el oro no te constituía en la obligación de amarme; que yo no tengo derecho para quejarme contigo, ni para pedirte cuentas; más todavía, me dirás que en vez de una deuda de gratitud, abrigabas hacia mí todo el aborrecimiento de una mujer al que la ha perdido; norabuena, Margarita, pero el verdadero amor es exigente, y si tú no me has perdonado tu desgracia, de la que yo te habría salvado, amándome, yo tampoco he podido ni puedo perdonarte que de un golpe mataras todos mis delirios y mis esperanzas. Hace un instante me decías que era un infame: pues bien, sí, seré un infame, pero no es á mí á quien debes culpar de que lo sea, sino á la fatalidad que ha hecho nacer en mí esta pasión terrible y egoísta. Por lo demás, ¿crees tú que pueda yo resignarme á que un hombre me arrebate lo que yo había divinizado, lo que yo había colocado en un altar para adorarlo? ¡No, Margarita, no! Yo te he amado, te adoro todavía, y es necesario que tú me ames.

EUGENIA

¡Imposible!

RAMIRO

¿Y por qué ha de ser imposible?

EUGENIA

Porque mi alma es de David, y mis deberes...

RAMIRO

¿Tus deberes?... ¡No! No son ni tu amor ni tus deberes los que te retienen al lado de tu esposo; porque si tú le amaras, por él mismo, sin que tu propio interés tomara parte, comprenderías los sufrimientos que le torturarán mañana, cuando la sociedad te vea á su lado, no con la frente altiva y orgullosa de la mujer sin mancha, sino con la frente humillada de la mujer que ha cometido una falta; comprenderías que él se ruborizará de tu vergüenza cuando el velo de tu pasado llegue á descorrerse, y que acabará por maldecirte al ver encadenado su porvenir al poste de su deshonor. Tú quieres permanecer á su lado, no porque la obligación te lo prescriba, sino porque en la fiebre del cariño, te olvidas de un deber que exige que te apartes, que te alejes para dejarle libre y respetado.

EUGENIA (Estallando.)

¡Dios mío! Pero ¿por qué me dice usted todo eso?

RAMIRO

Porque es preciso que veas la situación tal cual ella se presenta, porque es preciso que palpés ese doble porvenir que se te aguarda : ó el remordimiento y el hastío, viviendo con tu esposo, ó el sacrificio y la satisfacción, anteponiendo á todo su felicidad. Por otra parte, si tú no puedes vivir sin sus caricias, ¿crees que tenga para ti caricias el hombre que mañana te mire constituida en su verdugo? ¡No, Margarita! ¡Aun es tiempo de salvar á David y á tu conciencia! Una separación puede hacernos dichosos á los tres... al que amas... al que te ama, y á ti misma.

EUGENIA

¡Está bien... yo...

RAMIRO

¿Accedes? ¿Te resuelves? ¡Ah! ¡Gracias, gracias!

EUGENIA

¡No, eso; nunca!

RAMIRO

¿Qué es lo que dices? Rechazas mi cariño y mis promesas?

EUGENIA  
 Sí.  
 RAMIRO  
 ¿Las rechazas?  
 EUGENIA  
 Las rechazo.  
 RAMIRO  
 Es decir que...  
 EUGENIA  
 Nada puede haber de común entre nosotros.

RAMIRO  
 Por última vez, piénsalo.  
 EUGENIA  
 Ya lo he pensado.  
 RAMIRO

Más tarde tal vez no haya remedio, mientras que ahora una sola palabra tuya puede evitar mayores resultados.

EUGENIA  
 He dicho ya que no.

RAMIRO

Enhorabuena : me retiro... ya no volveré á molestarte ni con mi presencia. ¡Hasta luego, Eugenia! ¡Hasta luego, Margarita!

## ESCENA VI

EUGENIA

¡Miserable! ¡Cómo pudo pensar que yo consentiría! ¡Ah! ¡Si sólo el recordarlo me da miedo!... (Pausa.) ¡Qué suplicio! ¡David!... ¡mis deberes!... ¡mi pasado!... No, yo no tengo derecho á esperar que la quietud y la calma vuelvan otra vez á sonreírme. Antes, yo no sufría más que en mis horas de reconcentración, cuando poniéndome frente de mí misma, encontraba en vez del semblante de la niña, un semblante que me hacía bajar los ojos de vergüenza; ¡pero llegaba David, y con sus alhagos me hacía olvidar todo! ¡Sus caricias!... ¡Ay! ¡Ya esta tarde sus labios han pronunciado el nombre de Margarita!... ¿Y... mañana...? ¡Dios santo! yo no quiero que él me acuse de su desgracia... Sufriré yo sola;

pero no mancharé su nombre con el mío; no le pagaré con un infierno el paraíso que me ha dado. Serían una vileza y una suprema ingratitud. ¡Antes la muerte!

### ESCENA VII

EUGENIA, MARÍA Y ANTONIO

ANTONIO (En la puerta.)

Manuel decía bien, aquí está Eugenia.

MARÍA

En efecto, Antonio. Gracias.

ANTONIO

(¿Qué habrá sucedido con don Ramiro?)

MARÍA

Que no sea yo causa de que usted desaproveche estos instantes. Le he distraído en medio del baile para inferirle una molestia, y si desea volver...

ANTONIO

¿Me concede usted permiso? [Así verá al viejo.]

MARÍA

¡Por supuesto, y gracias!

(Vase Antonio)

### ESCENA VIII

EUGENIA Y MARÍA

MARÍA

¡Querida Eugenia! Pero... ¿qué tienes? ¿qué te pasa? ¿por qué lloras?

EUGENIA

¡María!

MARÍA

Vamos respóndeme, ¿qué tienes? ¿acaso estás enferma?

EUGENIA

¡Nada, no tengo nada! ¡Vete, vete!

MARÍA

¡Que me vaya? ¿y por qué quieres que me vaya?  
No comprendo...

EUGENIA (Sollozando.)

¿Sabes tú quién soy yo?

MARÍA

La compañera más querida, la amiga de mi corazón.

EUGENIA

¡No, María! ¡Yo soy la mancha que se extiende,  
el pantano que lo infecta todo, y que lo mata todo...  
soy la hija del infortunio, que no puede dar más que  
infortunio... la pobre criatura que no tiene derecho  
ni al amor, ni á la amistad, ni á la compasión, que  
no tiene derecho más que á la burla y al escarnio!...  
¡Vete, María, vete!... ¡En esto momento estamos  
solas, pero si alguno te viera aquí conmigo, te  
comprendería en sus desprecios y sus risas por haber  
tenido lástima de mi dolor y de mi llanto!... ¡Dé-  
jame!... una mujer como yo, debe estar abandonada,  
proscrita de la sociedad, en medio de ella, sin amparo,  
sin refugio... ¡cuando más con el consuelo de sus

lágrimas! En otro tiempo podía yo presentarte mi  
frente para que la besaras; pero, ahora, tengo  
miedo de que hasta tú, mi hermana, me desprecies  
al leer en ella este nombre maldito que la cubre.  
¡¡Ayer!!

(Alza la cabeza cubriéndose luego la cara con las manos.)

MARÍA

¡Eugenia!

EUGENIA

¡Sí, hasta tú, María, lo único que me queda ya  
sobre la tierra!

MARÍA

¡Y David!... ¿Por qué le olvidas?

EUGENIA

¡Ah! es cierto... tú no sabes lo que esta tarde ha  
sucedido.

MARÍA

¿Qué ha sucedido? Acaba.

EUGENIA

David...

MARÍA

¡Concluye!

EUGENIA

¡Ha olvidado el nombre de su esposa para llamarla Margarita!

MARÍA

¡Margarita!

EUGENIA

Si, y después, cuando comprendió todo el mal que me había hecho, en un arrebato de pasión, cogió mis sienes entre sus manos convulsas para besarme, y cuando yo esperaba sobre mis cabellos el contacto de sus labios, le vi retroceder como horrorizado, desistiendo de su idea. ¡Ah! ¡María! Tú ni siquiera puedes figurarte lo horrible que es un desprecio que viene del que se ama; tú ni siquiera puedes figurarte cuánto se encierra en eso de desgarrador y terrible. (Llora.)

MARÍA

¡Vamos, amiga mía! Cálmate, no llores ni te desesperes; si sufres mucho, mi corazón' al menos, jamás te negará ni el cariño que te debe, ni una palabra de consuelo en tus pesares.

EUGENIA

¡Gracias, con el alma gracias!

MARÍA

Quizá no estén muy lejano el término ni el remedio...

EUGENIA

¡Sí, en la tumba!

## ESCENA X

DICHAS, DAVID, MANUEL, ANTONIO  
y después UN CRIADO

MANUEL

¡Bah! querido David, fuerza es que te convenzas. No debes tomar á pechos un asunto que en nada te concierne.

DAVID (Sombrio.)

¿Qué en nada me concierne?...

MARÍA

¿Qué sucede, Antonio?

EUGENIA

¿Manuel, de qué se trata? (Con interés.)

ANTONIO

Cualquiera cosa, señoritas; ha oído David, en un grupo, murmurar de una joven que se halla en este baile, y ha salido á su defensa.

MARÍA

¿Y qué decían?

EUGENIA

Sí, ¿y cómo se llama?

ANTONIO

Yo no oí su nombre, si es que lo dijeron. Nosotros (Señalando á Manuel) llegamos cuando refiriéndose á sus antecedentes, opinaban que su esposo hacía muy mal en traerla á tertulias como ésta, de personas honradas y de educación.

MANUEL

Eso ha sido todo; pero este David, con su genio quijotesco ha querido probarles que en algunas circunstancias la mujer es perdonable en sus debilidades y en sus extravíos, y que...

CRIADO (Entrando.)

Me han dicho que traiga esta carta.

ANTONIO

(Ha llegado la hora.)

CRIADO

Es del amo de la casa.

DAVID

¿Á quién te dijo que la dieras?

CRIADO (Señalando á Eugenia.)

¿La señora se llama Margarita?

DAVID (Reprimiéndose.)

La señora se llama Eugenia.

CRIADO

Eso es, sí, pues entonces es para la señora.  
(Se la da y se retira.)

MANUEL

(Pues, señor, no entiendo una palabra.)

EUGENIA

¡Dios mío! ¿Que contendrá esta carta? (La abre y lee aparte.)

« Señora : su nombre y su reputación corren ya  
 » de boca en boca entre los convidados; si usted  
 » quiere evitarse y evitar á su esposo una vergüenza,  
 » me atrevo á suplicarla que abandone mis salones,  
 » tal vez muy peligrosos para usted. »

(Eugenia permanece como petrificada, viendo á David que le arrebata la carta, sin que ella oponga resistencia. David recorre el papel, y se lanza sobre Eugenia, deteniéndose en el momento casi de tocarla.)

DAVID

¡Tú! ¡no!... yo... ¡la fatalidad!

(Sale precipitadamente entre los demás que le abren paso. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

(Decoración del acto primero)

### ESCENA I

MANUEL, un CRIADO

MANUEL

¿Es decir que no ha vuelto todavía?

CRIADO

No, señor, no ha vuelto. Vino con la señora, y salió inmediatamente, llevando su caja de pistolas.

MANUEL

¿Su caja de pistolas? ¿Y Eugenia?

CRIADO

Está en su habitación. Si usted quiere que la llame...

MANUEL

No, no, déjala. (¡Ni podría yo verla frente á frente! ¡Sin intención me he convertido en su verdugo! ¡Pero como había de sospecharme!... Y David... Cuánto le habrá torturado lo que esta tarde le dije en el entusiasmo de la discusión. ¡Si yo lo hubiera sabido! Hasta cierto punto yo tengo la culpa de todo esto. ¡Qué diablo! Por lo pronto lo que debo hacer es evitarle otra desgracia, ya que ésta es imposible remediarla.)

(Al criado.) Si viene tu amo, le dirás que me espere, ¡eh! que le necesito.

CRIADO

Está muy bien, yo le avisaré.

MANUEL

Apresurémonos antes que sea tarde. (Vase.)

## ESCENA II

EL CRIADO Y EUGENIA

EUGENIA

¿Quién hablaba aquí contigo?

CRIADO

El señor Romea.

EUGENIA

¿Vino á buscar á David?

CRIADO

Sí, señora; le dije que no estaba en casa.

EUGENIA

Bueno, puedes retirarte. (Vase el criado.)

## ESCENA III

EUGENIA, sola

¡Qué día tan horrible! ¡Al fin se han realizado todos mis presentimientos! Era fuerza que sucediera de ese modo; era fuerza que en la campana del destino sonara la hora de la expiación y del castigo. Ya esta noche se ha forjado el primer eslabón de la cadena que debe sujetarme á los dolores. (Pausa.) ¡Pobre David! ¡Cuánto habrá sufrido á causa de su infeliz esposa! ¡Ah! ¡todo el cariño que una mujer puede encerrar dentro de su alma no sería suficiente

para curar la herida, para cerrar la llaga que ha abierto en su corazón el puñal de mi pasado! Yo nunca debí consentir en este enlace, que á él como á mí nos condena á un martirio siempre palpitante y siempre negro. ¡La sociedad es muy severa! ¡Juzga y sentencia sin ninguna compasión para el culpable! ¡Y si se conformara nada más con eso!... Pero en sus fallos incluye hasta al inocente, al que no ha tenido otra falta que disentir de su opinión y despreciarla. Porque David, ¿qué culpa tiene David de mi desgracia? ¡Y yo no tengo ni á quién acusar!... ¡mi madre!... ¡no, no! ¡Mi santa y buena madre ni siquiera se figuraría en el instante de abandonar la tierra, que en ese mismo instante su pobre Eugenia se vendía para comprarle otras cuantas horas de existencia! ¡No, yo no tengo derecho ni á su gratitud; cuando más á su perdón... á que no me maldiga desde el cielo...

#### ESCENA IV

EUGENIA, ANTONIO

ANTONIO (Colocando su sombrero en la silla próxima á la puerta.)

¡Magnífico! Está sola; entremos. Buenas noches, Eugenia.

EUGENIA

Antonio, buenas noches. ¿Á qué debo ver á usted á estas horas por mi casa? (Antonio se sienta á la invitación muda de Eugenia.)

ANTONIO

Eugenia, después de lo que ha pasado en el baile de San Cosme, creí que no era conveniente á mi dignidad, como verdadero amigo de usted y de su esposo, permanecer en el salón un solo instante. Mi carruaje estaba á la puerta, y me resolví á venir á acompañarlos.

EUGENIA

Gracias.

ANTONIO

Usted me hará justicia en creer que he sentido como ninguno la desagradable ocurrencia de que yo mismo fui testigo á mi pesar.

EUGENIA

Antonio...

ANTONIO

Por que, en fin, usted no merecía que la hubiera abochornado con un desaire tan grosero.

EUGENIA

¡Ah!

ANTONIO

Pero usted no debía haber aceptado la invitación, considerando que...

EUGENIA

(¡Esto más!)

ANTONIO

Esas gentes sin educación y...

EUGENIA

Caballero : podía usted haberme ahorrado una visita cuyas intenciones se traslucen tan á las claras.

ANTONIO

¿Por qué dice usted eso, Eugenia?

EUGENIA

¡Porque sus palabras, aparentemente de consuelo, no son en el fondo sino un insulto cobarde y miserable!

ANTONIO

Eugenia : permítame usted que le diga que me ha

comprendido muy mal, y que ignoro qué razones pueda usted tener para justificar lo que me ha dicho.

EUGENIA

¿Sí? ¿Piensa usted que desconozco el origen de lo que hoy ha sucedido? ¿Cree usted que yo no he adivinado en qué cabezas ha nacido el pensamiento de perderme, el pensamiento de despertar y avivar la murmuración, para que arrojara sobre mi frente lo asqueroso de su insulto? ¡Ah! ¡Ustedes los hombres de mundo y del gran tono son así... infames y mezquinos!... Se figuran que con el dinero pueden alcanzarlo todo, y cuando se encuentran con una mujer que sabe resistir á sus caprichos criminales, porque no quiere convertirse en mercancía se vengan de ella, como usted, haciendo una arma de su debilidad y de sus faltas. Se llaman católicos y filántropos, y entienden la caridad á su manera, perdiendo á una desgraciada que se muere de hambre, y siendo los primeros en el cinismo para levantar la piedra y arrojárse la.

ANTONIO

No sabía yo que tenía usted este otro mérito. Sabe usted disertar perfectamente.

EUGENIA

¡Yo también ignoraba que á más de infame fuera usted cobarde!

ANTONIO

Dejémosnos de insultos, y acabemos. El incidente de esta noche ha puesto la situación de usted desesperante, su esposo la abandonará probablemente, no siendo posible seguir viviendo unidos como hasta ahora, y usted, en el último resultado, se hallará sola y sin apoyo, reducida á la mendicidad y á la miseria. Este porvenir se ve tan claro, que ni siquiera se puede poner en duda abrigando otra esperanza; lo necesario es evitarlo en cuanto quepa. Si usted quiere, mañana mismo tendrá lugar esa separación, pero al menos no le faltará con qué vivir, no digo en la comodidad, hasta en la opulencia.

EUGENIA (Indignada.)

¡Caballero!

ANTONIO

Permitame usted concluir. En otro tiempo, cuando le hubiera sido muy fácil hacer feliz á un hombre que la amaba, aceptando sus promesas, usted se mostró inflexible, inexorable; despreció sus ruegos y sus

lágrimas, porque en el horizonte de la vida, divisaba usted un mundo más risueño, un porvenir más alhagador y más querido. Pues bien, Eugenia; hoy que el amor de ese hombre vive todavía, hoy que de rodillas viene á pedirle y á suplicarle nada más que un poco de cariño; hoy que David, ese mundo y ese porvenir soñados, se ha vuelto un imposible para usted. Eugenia, ¿no tendrá derecho su pobre amante de ha cinco años para ofrecerle con su corazón y sus riquezas una tabla salvadora en su infortunio? ¿No tendrá derecho para decirle: huyamos, en Europa nadie nos conoce, buscaremos un lugar aislado, oculto entre flores, y allí, unidos los dos por el cariño, obligaremos á la fortuna á que vuelva á mostrarnos sus sonrisas?

EUGENIA

¡Basta!

ANTONIO

¿Pero que responde usted, Eugenia?

EUGENIA

Le perdono á usted este nuevo ultraje, pero puede evitar el continuarlo.

ANTONIO

Es que yo...

EUGENIA

De lo contrario me veré en la necesidad de llamar á mis criados para que le arrojen.

ANTONIO

¿Me amenaza usted entonces?...

EUGENIA

Es simplemente una advertencia.

ANTONIO

¡Ah! Sí; como la que recibió usted en la tertulia, ¿no es verdad?

EUGENIA

¡Caballero, salga usted de aquí en el acto!

ANTONIO

Una palabra nada más. Si mañana cuando usted haya comprendido que en esta casa nada tiene que esperar; que David será para usted un remordimiento y una acusación constantes; si mañana, recordando lo que hoy le he prometido, quiere usted acogerse en es brazos...

EUGENIA

¡Miserable! (Dirigiéndose á la campanilla.)

ANTONIO (Deteniéndola.)

No es preciso que usted llame, me retiro. La amo á usted demasiado para desear que la crónica escandalosa de mañana la tome por dos veces á su cuenta.

EUGENIA

En el instante salga usted de aquí.

ANTONIO

Obedezco... ¡está muy bien! (Tomando su sombrero.) Adiós, Margarita; y cuente con una invitación para mi próximo baile.

EUGENIA

¡Esto es ya demasiado, Dios mío!

ANTONIO

¡Vaya, vaya! ¡Adiós! (Vase.)

## ESCENA V

EUGENIA, después MARÍA

EUGENIA

¡Virgen santa! ¿Qué he hecho yo para que me atormente de esta manera mi destino? ¿Qué he hecho yo para no ver en mi derredor más que implacables verdugos que en su crueldad hacen una diversión de mis dolores?

MARÍA

¡Eugenia!

EUGENIA

¿Le has visto?

MARÍA

¿Á quién?

EUGENIA

Á Antonio.

MARÍA

Le vi subir á su carruaje; ¿por qué me lo preguntas?

EUGENIA

¿Sabes á qué vino?

MARÍA

No, ni pudiera sospecharme...

EUGENIA

Á cebarse en su venganza y á ofrecerme una limosna, á proponerme que abandonara á David para marchar con él á Europa.

MARÍA

Pero ese hombre es un infame...

EUGENIA

Sí, un infame que ha aprovechado la ocasión de dovolverme todo el odio que le tengo, y pagarme todo el aborrecimiento que me inspira.

MARÍA

¿Y tu esposo no ha vuelto todavía?

EUGENIA

No ha vuelto, se fué prohibiéndome que le siguiera, ó mandara seguirle, y yo me temo que le haya pasado una desgracia! Manuel vino á buscarle, y en este momento tal vez sea el único que le acompañe. Su

amigo íntimo... ¡el primero que me ha acusado de mi falta, ignorando todo el martirio que me causaban sus palabras! ¡Ah! si yo no hubiera estado convencida de lo contrario, habría creído que era intencional aquella especie de placer con que parecía gozarse en mi tormento. Yo le disculpo y le perdono.

MARÍA

¡Pobre amiga mía!

EUGENIA

¡Pobre amiga tuya!... ¡Si, soy muy desgraciada!... tienes razón para compadecerme... es tanto lo que sufro, que yo no sé lo que sería de mí si esto durara mucho tiempo. ¡Hace un momento quería llorar, y mis ojos no han tenido ni una lágrima!... la muerte... me parece como el último refugio que me concede el cielo.

MARÍA

Eugenia: no me hables de ese modo, si no quieres que llore yo también contigo. Es verdad que tus quejas son muy justas, y que no tienes más seno que el mío para depositarlas; pero no debes desesperarte, ni pensar en esas cosas. Tú no me harás el agravio de creerme indiferente á tus pesares, soy tu hermana, y tengo derecho á compartirlos y á sufrir con ellos.

EUGENIA

¡Perdóname! pero tú lo has dicho, no tengo más amiga que tú para decirle mis quejas y llorar con ella, tú, mi buena María, que me hablas de tu corazón y de tu cariño, en medio de los insultos con que los demás me agobian; tú, que vienes á mi lado en estos momentos de lucha y agonía á enjugar el llanto de maldición que corre de mis ojos. (Dan las tres.) Una, dos, tres, qué noche es ya.

MARÍA

Las tres.

EUGENIA

Y David que no viene todavía.

MARÍA

Ya no debe tardar, lo esperaremos.

EUGENIA

No, María, tú te vas á descansar en mi habitación mientras él vuelve. Después, yo te prometo ir á hacerte compañía.

MARÍA

Le aguardaremos las dos, Eugenia, yo no quiero dejarte sola.

EUGENIA

¡Vamos! dentro de un minuto estaré á tu lado; entre tanto rezaré mis oraciones, y le pediré á mi madre que me dé lágrimas y valor para seguir sufriendo.

MARÍA

Y cuando acabes...

EUGENIA

Inmediatamente iré contigo.

MARÍA

Con esa condición, acepto. Hasta luego, Eugenia.  
(Besándola.)

EUGENIA

Adiós, María. Reza tú también por mí.

MARÍA

(¡Pobre Eugenia!) (Vase.)

## ESCENA VI

EUGENIA, sola

¡Aprovechemos los instantes; no hay tiempo que perder! Es necesario que todo haya concluído para

cuando él llegue. Ya que en un arrebato de cariño tuve la debilidad de dejarme vencer por sus alhagos y sus ruegos, accediendo al enlace de dos almas separadas por el abismo de la deshonra, yo tengo la obligación de remediar, en cuanto sea posible, los efectos de aquel momento de locura. Sí, sí, Eugenia, ¡valor! No tiembles ni vaciles para cumplir con tu deber.

(Toma un álbum, entre cuyas fotografías se supone que está la de David.)

¡El que amas, el que adoras, éste, éste que te ha acariciado tantas veces, te deberá á lo menos el sacrificio de tu vida por su libertad y por su dicha! ¡Te lo ordena tu pasado!... ¡mi pasado!... ¡Sí, acabemos! (Toma un pliego de papel y escribe.)

Ahora sí.

(Cierra la carta, extrae el retrato y lo besa repetidas veces.)

¡Adiós! ¡Adiós! ¡Amado de mis sueños!

(Toca la campanilla y aparece un criado).

## ESCENA VII

EUGENIA Y UN CRIADO

CRIADO

¿Llamaba usted, señorita?

EUGENIA

Sí, acércate. David ha de volver dentro de poco, no le digas que he salido. Cuando te llame le entregas esta carta.

CRIADO

Está muy bien. Así lo haré.

EUGENIA

No agregues ni una sola palabra más. Si María, la joven que está en mi habitación, sale y te pregunta adonde he ido, le dirás que no me has visto, que no lo sabes, ¿entiendes? que no lo sabes. Toma.

(Le da un bolsillo.)

CRIADO

Gracias, señorita.

EUGENIA

No olvides nada de lo que acabo de decirte.

CRIADO

Pierda usted cuidado, no lo olvidaré.

(Vase el criado y vuelve al mutis de Eugenia. Ésta toma su abrigo, que estará sobre una silla, se arrebujá en él y sale apresuradamente sin volver la cara. Al llegar á la puerta del fondo, se detiene como vacilando, y resolviéndose al cabo dice :)

¡Adiós! ¡Adiós!

## ESCENA VIII

EL CRIADO solo

Pues, señor, yo no sé qué cosas suceden esta noche en casa : el portón abierto hasta las tres de la mañana ; visitas y carruajes ; el amo que entra por un lado y la señora que sale por otro... Aquí debe haber algo, y algo grave necesariamente. ¡Nada! Yo voy á seguirla y á acompañarla, aunque sea de lejos, siquiera para que no vaya á pasarle una desgracia. Pero ¿y la carta? Cuando ella me hizo tantas recomendaciones, debe ser de mucha importancia que la entregue. (Suena dentro un campanillazo.) Á propósito : parece que el amo llega. Tentaciones me están dando de decírselo todo, y de... pero no, más vale hacer lo que se me ha ordenado.

(Se coloca tras de la puerta para que no le vean David y Manuel que llegan. Después de un momento se va).

## ESCENA IX

DAVID Y MANUEL

MANUEL

Gracias á Dios que hemos llegado. Entra y des-

cansa para que te acuestes en seguida á ver si el sueño y la reflexión consiguen de ti lo que yo me he empeñado vanamente en alcanzar.

DAVID

Es por demás que insistas; lo he pensado mucho, y mi resolución es invariable. Mañana, ó yo, ó ese hombre, quedaremos en el campo. Si él ha querido tener el gusto de insultarme en plena sociedad, insultando á mi esposa, yo se lo amargaré matándole, sí, matándole!

MANUEL

¿Y quién te ha asegurado que don Ramiro fué el que...?

DAVID

Ninguno otro puede haber sido más que ese viejo ridículo y cobarde.

MANUEL

Suponiendo que él sea : ¿según tu manera de ver te ha deshonrado!

DAVID

Sí.

MANUEL

Y hablando razonablemente, ¿qué provecho creés tú que resulte de ese duelo!

DAVID

Ya te lo he dicho : vengarme.

MANUEL

Eso si tú quedas vencedor en la partida, ¿pero sí, por el contrario, á él le favorece la casualidad?

DAVID

No seré la befa y el baldón de todos, y además habré hecho cuanto pudiera exigirme mi conciencia de hombre honrado.

MANUEL

No, no; en vez de lavar esa deshonra, lo único que alcanzarás será prestarle mayores proporciones y darle más publicidad; tu conciencia no puede ordenarte eso.

DAVID

¿Es decir que yo debo sufrir con los brazos cruzados este ultraje? Ó me aconsejarás que lleve este negocio á los tribunales... ¿no es así, Manuel?

MANUEL (Impaciente.)

¡Vamos!

DAVID

¡Para que mañana todos me señalen con el dedo, como un hombre sin dignidad y sin honor! Para que mañana mi satisfacción sea imposible, porque para la murmuración y la calumnia no hay espada.

MANUEL

Todo esto se habría evitado, si en vez de dejarte arrastrar por tus ideas, hubieras reflexionado un poco en las terribles consecuencias á que habían de conducirte.

DAVID

¡Manuel!

MANUEL

Una amistad de veintiún años, que tú no puedes poner en duda, me da derecho para decirte esto. Sí, David: si tú hubieras meditado entonces seriamente; si tú hubieras sofocado el amor de Eugenia en sus principios; si no hubieras unido tu nombre con el suyo, en este instante no estaría destruído el edificio de gloria en que has trabajado tanto tiempo, ni verías muerto en tu alma hasta el cariño de esa misma mujer por quien hiciste el sacrificio de tu porvenir, olvidándote de que un hombre como tú, un artista,

pertenece á la sociedad antes que todo... á ese terrible juez, que ya lo has visto, no perdona. Enhorabuena los principios filantrópicos, los principios de caridad y de perdón; pero eso se deja para Cristo. Un soñador, un obrero de la gloria, que tiene necesidad del mundo para realizar sus ensueños, debe apartar á un lado esas ideas, que en el siglo diez y nueve no son más que utopías. La naturaleza de la sociedad es esa: intransigible y exigente. Es una llaga que no admite en su derredor á los leprosos: es un mendigo que no consiente en su derredor á los harapos... no le hagas ver sus formas, y estará contenta. Permite que lo seas todo, menos miseria. Es preciso que te conformes por haber cumplido tus caprichos.

DAVID

¿Y Eugenia?

MANUEL

La abandonas, asegurando su porvenir, para que mañana no tenga que pedir una limosna.

DAVID

No, yo no puedo ni debo cometer con ella semejante crimen, mi corazón se resiste á una infamia semejante.

MANUEL

¡Entonces déjala á tu lado, eso es lo más sencillo!... Si tú quieres ver repetidos día por día, hora por hora y minuto por minuto, el infierno y el sonrojo de esta noche, déjala á tu lado y resuélvete á...

DAVID

María llega : silencio.

## ESCENA X

DICHOS, MARÍA, luego un CRIADO

MARÍA

¿Y Eugenia?

DAVID

¿Cómo? Pues qué, ¿no está en su habitación?

MARÍA

Ahí he estado yo esperándola... Me obligó á retirarme con la promesa de que pronto iría á descansar conmigo, pero...

DAVID

¿Entonces?...

MARÍA

Yo me sospecho que, en la inquietud de ver á usted, haya salido acompañada de algún criado para buscarle.

MANUEL

Pronto nos convenceremos de lo cierto. (Toca la campanilla.)

MARÍA

(Yo no sé qué presentimiento horrible me acomete).

CRIADO

Señor...

DAVID

¿Has visto tú salir á Eugenia?

CRIADO

Sí, señor, salió como á las tres de la mañana. Me encargó que le diera á usted esta carta. (Se la da y vase.)

DAVID

¡Una carta! ¡Su letra!

(Rasga violentamente el sobre y lee con marcada agitación.)

« David : ¡perdóname si no te doy el beso de esta  
 » despedida eterna! Creíste ser feliz con el amor de  
 » una mujer manchada ; ¡te engañaste! ¡Adiós! ¡para  
 » siempre!... El mundo y tu felicidad exigen que te  
 » deje libre. ¡Yo no debo arrastrarte en mi desgracia,  
 » haciéndote víctima y solidario de mi *Ayer!* Dios  
 » tendrá misericordia de mí, ya que los hombres me  
 » la niegan. ¡David! ¡perdón! ¡olvida á tu infeliz  
 » Eugenia, y adiós, adiós!» (Declamando.) ¡Pero esto  
 es imposible! (Vuelve á leer.) « ¡Adiós para siempre!...  
 » ¡Olvida á tu infeliz Eugenia!... y »... (Declamando.)  
 ¡No, no, Eugenia... espérame, perdóname... ya voy,  
 ya voy! *Yo te adoro á pesar de tu pasado!*

(Se encamina vacilante hacia la puerta como para correr, y al hacerlo se desploma.)

MARÍA (Acercándose.)

¡Pobre mujer!

MANUEL (Señalando á David)

¡Sí, y pobre mártir!

TELÓN RÁPIDO.

FIN DEL DRAMA

## ÍNDICE

PRÓLOGO. . . . .	vii
En la instalación de la Sociedad Filoiátrica . . . . .	1
La Brisa. . . . .	7
Ya sé por qué es . . . . .	9
Ya verás. . . . .	13
La Ausencia y el Olvido . . . . .	16
Mentiras de la existencia . . . . .	18
La Ramera . . . . .	22
El Hombre. . . . .	27
En la apoteosis del actor Merced Morales. . . . .	39
Ocampo. . . . .	45
Uno y quinientos . . . . .	52
La Soñadora. . . . .	54
Oblación. . . . .	59
Rasgo de buen humor . . . . .	65
En el tercer aniversario de la Sociedad Filoiátrica y de Beneficencia . . . . .	69
Lágrimas. . . . .	72
Á Laura. . . . .	82
Salve. . . . .	89
Gracias . . . . .	91

ÍNDICE

Por eso . . . . .	94
Misterio . . . . .	96
Esperanza . . . . .	99
Resignación . . . . .	103
Epitalamio . . . . .	107
Dos víctimas . . . . .	110
Entonces y hoy . . . . .	114
El poeta mártir . . . . .	118
Soneto . . . . .	122
Himno . . . . .	123
Ante un cadáver . . . . .	126
La felicidad . . . . .	132
Oda ante el cadáver del Sr. Dr. D. J. B. Villagrán . . . . .	134
Al Ruiseñor mejicano . . . . .	138
La vida del campo . . . . .	142
Oda á la memoria del Dr. Leonardo Oliva . . . . .	154
Soneto . . . . .	159
Adiós . . . . .	160
Á una flor . . . . .	165
Esta hoja . . . . .	166
Nada sobre nada . . . . .	167
Cinco de Mayo . . . . .	175
Soneto . . . . .	181
Oda leída en el Liceo Hidalgo . . . . .	182
Á la Luna . . . . .	188
El reo de muerte . . . . .	196
Á Josefina Pérez . . . . .	199
Á la eminente actriz Salvadora Cairón . . . . .	201
Adiós á Méjico . . . . .	202
Á Asunción . . . . .	206
El Giro . . . . .	208

ÍNDICE

Cineraria . . . . .	217
Á la Patria . . . . .	220
Hidalgo . . . . .	222
15 de Setiembre . . . . .	223
Al moño de Merced . . . . .	229
Nocturno . . . . .	231
Las ruinas . . . . .	237
Á un arroyo . . . . .	240
Letrilla . . . . .	241
Hojas secas . . . . .	247
La gloria, <i>pequeño poema en dos cantos</i> . . . . .	261

I  
C  
I  
C  
S  
A  
A  
E  
N  
C  
S  
C  
A  
E  
A  
A  
A  
E

---

Paris. — Imprenta de Garnier hermanos.

---

EQ7297

.A37

1899

30746

CAP.

AUTOR

TITULO

Recursos de Manuel Acuña

2007



